

Asentarse en Ciudad Bolívar.
Una historia de sociabilidad y solidaridad en
la construcción de la ciudad popular

Autores

Andersson Hernando Lizarazo Guerrero
John Fredy Sánchez Mojica



Presidente del Consejo de Fundadores

P. Diego Jaramillo Cuartas, cjm

Rector General Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

P. Harold de Jesús Castilla Davoz, cjm

Vicerrectora General Académica

Marelen Castillo Torres

Vicerrectora Regional Bogotá Sur

Amparo Cubillos Flórez

Directora General de Investigación

Amparo Vélez Rámirez

Directora General de Publicaciones

Rocío del Pilar Montoya Chacón

Director Académico Bogotá Sur

Freddy Caraballo Urrego

Director Académico Programas Vicerrectoría Bogotá Sur

César Augusto Herrera

Director de Investigaciones Vicerrectoría Bogotá Sur

César Augusto Aguirre León

Asentarse en Ciudad Bolívar.
Una historia de sociabilidad y solidaridad en
la construcción de la ciudad popular

Lizarazo Guerrero, Andersson Hernando

Asentarse en Ciudad Bolívar : una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular / Andersson Hernando Lizarazo Guerrero, John Fredy Sánchez Mojica. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios. UNIMINUTO, 2019.

ISBN: 978-958-763-349-8

124p. il.

1.Sociología -- Ciudad Bolívar (Bogotá, Colombia) -- 1956-2000 2.Violencia -- Estudio de casos -- Ciudad Bolívar (Bogotá, Colombia) 3.Ciudad Bolívar (Bogotá, Colombia) -- Condiciones sociales 4.Ciudad Bolívar (Bogotá, Colombia) -- Historia 5.Ciudad Bolívar (Bogotá, Colombia) -- Investigaciones 6.Ciudad Bolívar (Bogotá, Colombia) -- Población

i.Sánchez Mojica, John Fredy

CDD: 307.7609861 L49a BRGH

Registro Catalogo Uniminuto No. 96761

Archivo descargable en MARC a través del link: <https://tinyurl.com/bib96761>

Título: Asentarse en ciudad Bolívar. Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

© Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO, Bogotá, 2019

Autores

Andersson Hernando Lizarazo Guerrero

John Fredy Sánchez Mojica

Editado por:

Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Corrección de estilo:

Carvalita

Diseño, Diagramación e ilustración

Andrea Sarmiento Bohórquez

Fotografía de portada:

Fernando Cardona Sánchez

Impreso por:

Xpress

Primera edición:

200 ejemplares

Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Centro Editorial UNIMINUTO, calle 81 B #72B-70 edificio B, Bogotá, D.C.

Teléfono: (571) 291 6520, extensión 6012

Esta publicación es el resultado de la investigación "Establecidos y marginados. Una historia de los conflictos internos de los habitantes en los barrios Jerusalén-Naciones Unidas en Ciudad Bolívar 1956-2000", financiado por la VII Convocatoria para el desarrollo y fortalecimiento de la investigación en UNIMINUTO, de la Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO. Dirección General de Investigaciones.

Contenido

Autores	7
Agradecimientos	9
Introducción.....	11
Capítulo 1	
Surgimiento y urbanización de Ciudad Bolívar.....	27
Una instantánea de Ciudad Bolívar	28
Primeros habitantes	32
Hacienda La María.....	38
Hacienda Casablanca.....	43
La herencia de la violencia	50
Tras la ilusión de progreso	55
Capítulo 2	
Inseguridad y acción colectiva	57
Delincuencia y criminalidad: un punto de quiebre	58
Segundos habitantes	62
Naciones Unidas	63
Jerusalén	68
Los asentamientos informales	74
Luchas sociales	80
Capítulo 3	
Las formas de sociabilidad	85
Establecidos y marginados	86
Los primeros años.....	90

De tierreros y ocupaciones.....	91
El otro como amenaza	94
Cohesión y mantenimiento del poder	98
Hacia otras formas de relacionamiento.....	100
Tierreros y organización social.....	101
Fortalecimiento social.....	102
Los límites del territorio.....	103
Naciones Unidas y Jerusalén, dos casos representativos. A modo de conclusión.....	108
 Bibliografía.....	 113

Índice de figuras

Figura 1. Primera casa del barrio Naciones Unidas, 2018.....	40
Figura 2. Primeras casas de paroi (1984).....	47
Figura 3. Municipios afectados por la violencia 1948-1953	53
Figura 4. Barrio La Cumbre. Quebrada El Infierno (2018).....	65
Figura 5. Jerusalén visto desde Sierra Morena, 2011.....	71
Figura 6. Querrela interpuesta por perturbación, año 1984.	106
Figura 7. Querrela interpuesta por perturbación (1986).	107
Figura 8. Querrela interpuesta por perturbación (1986).	108
Figura 9. Cartel de emplazamiento en el sector de Jerusalén, barrio Paraíso (2018).....	110

Autores

Andersson Hernando Lizarazo Guerrero

Investigador principal

Sociólogo de la Universidad Santo Tomás. Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Docente investigador UNIMINUTO.

John Fredy Sánchez Mojica

Coinvestigador

Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Magíster en Estudios Sociales de la Universidad Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario. Docente investigador UNIMINUTO.



Agradecimientos

Este libro no sería posible sin los aportes de aquellos habitantes de Naciones Unidas, La Cumbre y Jerusalén, quienes nos recibieron en sus hogares, en sus mesas y en sus memorias, para acercarnos a aquellos relatos que no están en los libros, en prensa o en archivos y que nos abrieron nuevos rumbos y posibilidades.

Al profesor Carlos Daniel Pérez quien concibió la idea inicial de este proceso.



Introducción

El presente libro configura el producto principal de un proyecto de investigación que tuvo como fin dar cuenta de las formas históricas de sociabilidad acontecidas en los sectores de Jerusalén y Naciones Unidas, en la localidad de Ciudad Bolívar en Bogotá, a partir de indagar, en un primer momento, por los modos en que los primeros habitantes se instalaron en los sectores y generaron acciones colectivas para la consecución de condiciones que posibilitaran la habitabilidad de los espacios (como el préstamo de servicios públicos, la construcción de vías de acceso y, en general, la presencia de un Estado que garantizara el desarrollo de una vida digna).

En un segundo momento, por los pobladores que llegaron posteriormente a los mismos sectores, que ya se encontraban habitados por comunidades organizadas, aquellas que, a partir de la exigencia de condiciones de vida, habían conseguido establecer dinámicas de cohesión lo suficientemente sólidas como para ver a los nuevos habitantes como sujetos ajenos a su construcción social y, por ende, amenazas potenciales para su consolidación y desarrollo.

Por último, se analizó la forma en que, producto de la situación descrita, ambos grupos de pobladores establecieron formas particulares de socialización. Dicho análisis se realizó por medio de la identificación de una serie de elementos que dinamizaron los procesos de relacionamiento y que son visibles, incluso en la actualidad.

El proceso de análisis de las acciones de socialización se complementa con el abordaje de un contexto general que engloba la situación central, reconociendo que los modos de relacionamiento, si bien responden a formas específicas de interacción entre habitantes, se encuentran directamente ligados a una serie de aspectos propios de la realidad nacional y distrital que, para las épocas de poblamiento, se caracterizaron por el abandono estatal, así como por la existencia tanto de oleadas de violencia, que dieron paso a modalidades de desplazamiento y de migración interna, que fueron a su vez consolidando las zonas periféricas de ciudades como Bogotá, como espacios de acogida de habitantes de todo el país.

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

En dicho marco hace presencia también el fenómeno distrital de criminalidad (en línea con el auge del narcotráfico), que para los años ochenta tenía fuerte presencia en la ciudad, y que en el caso de las zonas marginadas caracterizaba algunas formas de supervivencia que lograron captar a habitantes de los sectores, incidiendo directamente en la cotidianidad de los territorios y dando paso a fracturas profundas en los encuentros habituales.

La presente introducción busca dar cuenta de las reflexiones que dan surgimiento a la propuesta; así mismo, contiene una serie de puntos que permiten aproximarse a una comprensión del orden conceptual, metodológico y de antecedentes del libro, estableciendo el contexto general en el que se ubica.

Entre 1951 y 1968, el poblamiento en Bogotá comenzó a cambiar. Debido a los procesos acentuados de violencia partidista tras el Bogotazo y a nuevas dinámicas de urbanización, la población que habitaba la ciudad creció de forma acelerada: en esos años el número de habitantes en la ciudad pasó de 806.640 a 1'812.290; el crecimiento más grande a lo largo del siglo XX (Misas, 2009, p. 33; Segovia, 1994). Como epifenómeno de dicho incremento, en el sur de la ciudad se construyeron barrios populares a partir de la acción de hombres y mujeres que llegaron buscando un sitio para vivir; al mismo tiempo, empresas ilegales de urbanización, así como estafadores conocidos como "tierreros" comenzaron a especular con los precios de las tierras aledañas a los nuevos pobladores (Rodríguez, 2016; Cabrera, 1985). La corrupción sobre la asignación de servicios públicos en zonas que favorecían a ciertos sectores y urbanizaciones también fue constante (Rubio, 2003).

En estas condiciones sociales, la vida de los primeros habitantes en los barrios del sur estuvo regida por dos condiciones: un relativo abandono por parte de las autoridades centrales –evidenciada en el limitado acceso a servicios públicos y transporte– así como un ambiente de engaño por parte de los especuladores y las urbanizaciones ilegales. Los primeros habitantes tuvieron que afrontar por sí mismos, y según su experiencia propia, las dificultades que acarrearía el desarraigo de vivir en un espacio desconocido, con necesidades constantes y nula asistencia social.

En el panorama descrito, la movilización social por parte de la comunidad fue el único recurso con el cual contaron los primeros habitantes para mejorar las condiciones de vida (Archila, 2003; Archila & Pardo, 2001). A su vez, en esta lucha se establecieron experiencias definitivas para lograr una relativa cohesión e identidad por parte de aquellos hombres y mujeres que habitaban estos lugares (Torres, 2009), lo cual, junto con la construcción colectiva de las

casas y los barrios, dio paso a que lugares como Jerusalén, Naciones Unidas y sus alrededores, se constituyeran en dos de los ejes en donde se desarrolló un proceso fuerte de cohesión social entre sus habitantes, que posteriormente sirvió para la movilización social.

A medida que se constituía el proceso de cohesión en los núcleos poblacionales originales, nuevas oleadas de migrantes llegaron a la ciudad desde los años ochenta; una población numerosa y variada se asentó en las tierras aledañas a los barrios de las comunidades establecidas; los inmigrantes llegaban a la ciudad debido a la creciente violencia en el sector rural, causada por las guerrillas y posteriormente por los paramilitares, al tiempo que trataban de mejorar sus condiciones de vida. A esta población se le denomina “segundos habitantes” en el presente libro.

A pesar de su condición de inmigrantes—que debía unirlos—existía una diferencia entre ambos grupos poblacionales: en contraste con los primeros asentamientos que habían ganado una alta cohesión social gracias a sus experiencias en la constitución de los barrios y en la cotidianidad, los nuevos pobladores no habían compartido tiempo suficiente para que pudiera construirse una identidad común que catalizara su cohesión; a su vez, el desarraigo y la pobreza que en un principio caracterizó a la población de segundos habitantes fue identificada como una amenaza para la población establecida.

En estas condiciones, una particular forma de interacción comenzó a producirse para los dos grupos: un proceso de segregación por parte de los pobladores establecidos en relación con los nuevos pobladores. En esta configuración social, los pobladores originales, con un grado de cohesión más alto, comenzaron a generar conductas condicionantes frente a los nuevos pobladores que llegaban a la zona; las pautas de comportamiento del primer grupo—que habían sido ganadas en las experiencias compartidas previamente en la mejora de las condiciones de vida y en su cotidianidad—pudieron servir como un medio de diferenciación, así como de consolidación de la imagen propia frente a los nuevos pobladores; éstos, en su condición de desarraigados, no contaban con los mismos recursos para generar elementos de cohesión, al tiempo que entidades criminales comenzaron cada vez más a organizarlos con respecto a intereses particulares (Prada & Quintero, 1993; Escobar, 1990), lo que llevó a que, además, algunos de los nuevos habitantes se establecieran como amenazas para la convivencia que existía hasta el momento.

En este contexto se ubica el fenómeno que aborda el libro frente al proceso de distanciamiento y segregación descrito: el entramado social en los sectores de Jerusalén y Naciones Unidas hizo muy difícil que pudieran surgir patrones

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

de conducta en los cuales los habitantes establecidos –quienes tenían mayores elementos de cohesión– pudieran incluir a los hombres y mujeres que en su condición de desarraigo se ubicaron en las zonas aledañas a los primeros asentamientos; por el contrario, las conductas de segregación y la generación de conflictos fueron constantes. Más tarde, en los años ochenta-noventa, ante la creciente presencia de entidades criminales que comenzaban a tener una fuerte influencia en la zona, la identificación de los grupos de marginados con dichas entidades no se hizo esperar (Quiñones & Yecid, 2008).

Dadas las características del entramado social; el desarrollo de acciones que integraran a los habitantes de un grupo con el otro, así como la creación de un frente común ante el fuerte embate de las entidades criminales y del abandono institucional no pudo acontecer; al tiempo, las posibilidades para coordinarse en movilizaciones sociales que propiciaran la mejoría en las condiciones de vida de todos los pobladores de la zona se hacían escasas, ante todo debido a las fuertes barreras sociales que se levantaron entre los grupos.

La confluencia entre los aspectos descritos en el marco de los procesos de interacción entre los habitantes se desarrolla en el libro partiendo de indagar: ¿De qué manera se configuraron los procesos históricos de sociabilidad realizados entre los primeros y segundos habitantes de los sectores Naciones Unidas y Jerusalén? A dicha indagación central la acompaña una serie de cuestiones que, atendidas individualmente, aportan en el camino para una problematización del fenómeno trabajado. ¿Cuál es el papel del Estado en el asentamiento y la población de la periferia de Ciudad Bolívar? ¿Qué relación guarda el fenómeno de criminalidad presente en la localidad para finales de los años ochenta con las oleadas de migración que llegan al lugar? ¿Qué papel jugó la acción colectiva en la construcción de los barrios y la adquisición de servicios?

La identificación de elementos conceptuales que permitan un abordaje de la situación descrita parte por reconocer que la particularidad de la relación entre pobladores no resalta tanto por su carácter conflictivo como por el hecho de que éstos no tenían, aparte de la fecha en la que llegaron al lugar, patrones o elementos marcados que permitieran establecer una diferenciación clara entre unos y otros, ya que en términos económicos y culturales tenían algunas similitudes, en cuanto no contaban con gran cantidad de recursos económicos, y junto con ello, no tenían pertenencias étnicas profundas, ni costumbres diferenciadoras muy arraigadas. Dicha situación supone una dificultad al querer analizar los conflictos a partir de los enfoques acostumbrados, en los que las condiciones materiales o culturales se establecen como elemento dinamizador de relaciones entre sujetos; al contrario: se requiere un marco que permita ahondar en aquello que posibilita las dinámicas de confrontación descritas.

Por el límite del enfoque tradicional para abordar estos problemas, el análisis sociológico desarrollado por Norbert Elías (1990a) proporciona un sustento teórico para entender las relaciones sociales que se cristalizaron en los barrios mencionados. En este estudio se muestra cómo las actitudes más conflictivas entre los habitantes más antiguos del poblado Wiston Parva en relación con los nuevos moradores se fundamentaron en las costumbres y comportamientos que surgieron en las interacciones sociales continuas que los primeros habitantes mantuvieron a lo largo de dos décadas.

Cuando un nuevo grupo de personas llegó al poblado, estas experiencias funcionaron como elementos de diferenciación de los antiguos moradores frente a la población nueva que no contaba con el sentido de identidad del grupo mencionado; los moradores que llegaron más tarde fueron paulatinamente marginados de la vida social del grupo de pobladores más antiguos, así como de las posiciones de poder que ellos monopolizaban, lo que acrecentó las tensiones sociales entre ambos grupos. La principal diferencia social de ellos correspondía al tiempo de interacción social compartida que configuró comportamientos y costumbres determinados; este ethos fundamenta la identidad del grupo cuando cierran filas hacia los nuevos pobladores, creando más conflictos y tensiones.

Entre los grupos humanos que integran los sectores de Jerusalén y Naciones Unidas se tejió una serie de relaciones conflictivas que guardan similitudes con las estudiadas por Elías en el poblado de Wiston Parva: las experiencias de los primeros habitantes como conjunto social, tanto en la autogestión de su barrio como en la movilización social para conseguir mayor acceso a servicios públicos constituyó uno de los fundamentos de la construcción identitaria del grupo; estas experiencias permitieron una organización eficiente y la mejora de sus condiciones de vida.

Con la migración de los años ochenta, llegó un conjunto de nuevos habitantes que no habían compartido las experiencias en la lucha por el barrio ni tampoco formaban parte del grupo original. Paulatinamente, estos hombres y mujeres fueron vistos como un agente de desorden por los primeros moradores, quienes sintieron amenazada la lucha que habían desarrollado por mejorar sus condiciones de vida. Ante este desafío, el grupo de primeros habitantes cerró filas e impidió una integración total para los nuevos moradores. Dadas las pocas posibilidades para que los nuevos inmigrantes cambiaran su condición de pobreza, esta configuración social representó una ventaja para la criminalidad que pudo integrar a parte de esta población en dinámicas ilegales.

Así las cosas, el presente libro se inserta en una línea de la sociología en particular: la teoría de Norbert Elías y su relación con la reconstrucción de procesos

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

históricos a largo plazo (Elías, 1993). A lo largo de su obra, este autor buscó esclarecer la posición del individuo como el agente constructor de la sociedad, utilizando la estrategia de reconstruir el proceso en el cual los individuos han integrado distintas formas de organización social y las consecuencias en su configuración parcial (Elías & Dunning, 1992; Elías, 1998a).

Entender tanto al individuo como a las sociedades que integra en un proceso histórico, es decir, como entidades interdependientes que se construyen a lo largo del tiempo, ha sido uno de los avances alcanzados por esta perspectiva teórica, en particular porque con este procedimiento se conceptualizó un hecho que no había sido entendido en su totalidad: se pudo reunir en un solo marco conceptual a los individuos y a las sociedades sin contraponerlas como unidades dicotómicas cerradas (Elías, 1998b; Elías, 1990). El proceso en el cual los individuos integran relaciones humanas determinadas, que a su vez se transforman en el tiempo, es lo que se aclara con el enfoque eliasiano (Elías, 2006).

A lo largo de la historia de la especie humana han sido frecuentes las relaciones dispares entre grupos que por contingencia debieron interactuar: grupos que han compartido una historia y han construido una identidad común en las interacciones sociales se han enfrentado eventualmente con otros que no han tenido oportunidad de desarrollar tales parámetros de sociabilidad; en esta configuración, debido a las experiencias ganadas en común, la competencia por oportunidades casi siempre se resuelve en favor de los grupos establecidos que comienzan a ejercer control y poder sobre el grupo marginal. Así, por ejemplo, dado el índice de cohesión más alto entre los establecidos, es más fácil para ellos monopolizar posiciones de poder en la estructura social, que les permite perpetuar la satisfacción de sus intereses mientras mantienen privilegios.

Con las sociedades más diferenciadas, las tensiones que se viven entre los grupos que integran la organización social aumentó considerablemente si se compara con sociedades anteriores: cuando los privilegios de aquella parte de la población que tradicionalmente ocupó una alta posición de poder se ponen en cuestión ante el ascenso de otro grupo, las tensiones dentro de la sociedad crecieron presentándose nuevos desequilibrios; a su vez, cuando se amplió la red de interdependencias humanas, nuevos grupos en ascenso social adoptaron conductas de marginalización frente a los grupos que se encontraban abajo. Ante la mayor división funcional de las sociedades modernas, los conflictos entre establecidos y marginados se hacen más frecuentes al tiempo que van disminuyendo las posibilidades de monopolizar posiciones de poder (Elías & Dunning, 1992, p. 35).

Hay un segundo elemento que acompaña las relaciones de establecidos y marginados: existe un fuerte componente emotivo en la identidad construida por cada uno de los grupos. Este elemento no solo determina la conducta de unos para con los otros, sino que también determina la manera en que se piensa al otro, su imagen (Elias & Dunning, 1992). Las posibilidades de asociación e integración de nuevos individuos a grupos de establecidos se ven limitadas, en parte debido a las barreras sociales cada vez más grandes que se establecen en virtud de esta imagen.

Al parecer, en el caso de los conflictos vecinales en los barrios Jerusalén y Naciones Unidas la posibilidad de los primeros habitantes de monopolizar cargos de poder permitió que el proceso de estigmatización dado al grupo de los nuevos migrantes se mantuviera, al tiempo que dio un nuevo impulso al fortalecimiento de su identidad. Ante las barreras sociales impuestas por parte del grupo establecido, la integración de los nuevos inmigrantes se encontró profundamente limitada, al tiempo que otro tipo de actores, en particular pertenecientes a la ascendente criminalidad producto del narcotráfico, comenzaron a organizar a esta población para su provecho.

Avanzar en un análisis como el planteado requiere que, además de una aproximación teórica, se dé paso a la revisión y reconocimiento de una serie de investigaciones realizadas en el marco de las reflexiones sobre el surgimiento y la organización de la ciudad en relación con condiciones de desigualdad económica y precariedad de la población. Para ello, se retoma una serie de trabajos que constituyen un punto de partida valioso en dos sentidos: en un primer momento, tienen puntos de contacto con elementos centrales que se busca desarrollar, contando con información y reflexiones que aportan al análisis, y junto con ello, en un segundo momento, permiten identificar una serie de aspectos en los que no ahondan, pero que a la luz de lo planteado hasta aquí, son elementos relevantes de deben ser complejizados.

En la investigación liderada por Serna y Gómez (2010) se presenta un panorama histórico que abarca todo el siglo XX. El estudio describe los procesos en los que se configuró una sociedad fuertemente dividida dentro de Bogotá. En relación con el tema que se trabaja aquí, estos autores muestran claramente cómo la migración de ingentes cantidades de población –la primera en los años cincuenta y la segunda en los ochenta– sumadas a un relativo abandono por parte de las entidades gubernamentales, fueron las condiciones en las cuales se estructuró la ciudad, particularmente al sur.

A su vez, en el estudio se describe específicamente la organización social de las comunidades y las posibilidades de cambio en las condiciones de quienes habitaban este sector a partir de ella. En esta misma línea de análisis histórico

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

de largo plazo, el libro de Torres Tovar (2010) describe para distintas ciudades de Colombia el proceso por el cual barrios autogestionados comenzaron a formar parte del proceso de configuración de la vida urbana.

A pesar de estos aportes, tanto en el estudio de Serna y Gómez (2010) como en el de Torres Tovar (2010) se ordena toda la población del sur de Bogotá en un solo grupo, homogeneizándolo a partir de las condiciones de vida de la mayoría. Esta estrategia llevó a los autores a dejar de lado las tensiones entre el grupo establecido—que comparte una experiencia común de interacción social a partir de un largo tiempo de convivencia— con un grupo marginado. Las tensiones que se busca enfatizar entre ambos grupos, así como la estructura misma en la cual tienen lugar las formas de marginalización social, serán un aporte a la perspectiva de larga data que desarrollaron los autores mencionados.

Por otro lado, en obra de Suárez (1990) se hace una caracterización bastante amplia de la vida en la ciudad desde los años ochenta. En su análisis se abordan distintas problemáticas de Bogotá que van desde la forma en que se han prestado los servicios públicos en zonas diferenciadas de la ciudad, hasta la educación, pasando por las pautas de urbanización, organización popular y sistemas de transporte.

Uno de los capítulos más relevantes es el que describe las formas de organización popular de la ciudad en el nivel histórico: la importancia de las juntas de acción comunal creadas desde 1958 en la organización de barrios y organizaciones barriales en la primera década de crecimiento poblacional; el surgimiento de una federación comunal en Bogotá—a partir de 1985 en Kennedy— que propició un movimiento social más consolidado y de mayor alcance, la caracterización de diversas formas de movilización (organizaciones de vivienda popular, organizaciones populares de autoconstrucción, organizaciones cooperativas) así como los límites de la acción popular, se describen brevemente en este capítulo.

De igual forma, el estudio hace una descripción muy pormenorizada de la situación de Ciudad Bolívar en los distintos barrios que la integran: define en términos muy generales la distribución económica, el acceso a servicios públicos y el tipo de infraestructura de la zona. Esta caracterización se presenta, sin lugar, a dudas como una herramienta indispensable para entender la localidad durante los años ochenta y noventa; sin embargo, el estudio no se ocupa de las tensiones que se vivieron en los barrios, ni tampoco de las posibilidades de una mejoría social que generaron para el grupo de establecidos la convivencia y la organización previas.

Por su parte, Misas (2009) muestra un panorama histórico sobre los cambios estructurales de Bogotá en seguridad, acceso a servicios públicos, transporte,

panorama empresarial, así como la política educativa. En particular, la primera parte del capítulo dos logra sintetizar la historia de los servicios públicos en la ciudad desde mediados del siglo XX.

Sin embargo, en este libro no se integra la movilización como punto determinante para entender la mejoría en la prestación de servicios públicos en los sectores más excluidos de la ciudad, ni tampoco la importancia de las experiencias ganadas en la organización social para los primeros habitantes de los barrios periféricos, que serán utilizadas como elementos de diferenciación frente a los nuevos migrantes.

Con un conocimiento pormenorizado de la situación de la ciudad desde los años setenta, Gilbert (1987) identificó las principales problemáticas de la urbanización en el tercer mundo, ante todo para la población en mayor condición de pobreza. Posteriormente, él, junto con María Teresa Garcés, desarrollaron una investigación autónoma en la cual trataban de establecer la incidencia del gobierno local en el mejoramiento de la calidad de vida de la gente en condición de desigualdad en Bogotá. En su libro, Gilbert y Garcés (2008) tratan dicho tema desde distintos aspectos, evaluando si la autonomía relativa de las alcaldías menores ha posibilitado el desarrollo de nuevos elementos de participación ciudadana que cambiaran las condiciones de vida para los sectores más desiguales de la ciudad.

En este sentido, Gilbert y Garcés (2008) determinan que hubo una mejoría en relación con la gobernabilidad desde finales de los años noventa hasta la fecha, que se ve relativamente reflejada en un mayor acceso a servicios básicos, transportes, seguridad y convivencia. Sin embargo, también advierten que el proceso no ha cobijado a todos los sectores poblacionales de la ciudad: en particular, el acceso a los mecanismos de participación ciudadana para las personas en mayor condición de vulnerabilidad, así como un cambio en sus condiciones de vida, ha sido limitado.

Dentro de los temas trabajados en los siguientes capítulos se buscó clarificar si uno de los límites para el acceso a estos mecanismos de atención ciudadana está determinado por las particulares relaciones entre los grupos marginados y los establecidos que caracterizaron la población del sur de la ciudad: si los cargos de decisión mayor se encuentran monopolizados por los primeros habitantes, la posibilidad de que se den vínculos entre la institucionalidad y la ciudadanía en mayor condición de vulnerabilidad (que en su mayoría se encuentra integrada por segundos migrantes) estaría seriamente restringida. Se pretende esclarecer este hecho a partir de la información que se va a recopilar.

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

La investigación desarrollada por Rodríguez (2016) es un importante análisis de la situación de Bogotá a finales de los años ochenta y mediados de los noventa: allí se vislumbra cómo la criminalidad fue una salida a la pobreza para la población de segundos migrantes que habían llegado a partir de los setenta del sector rural colombiano y para quienes las oportunidades de inserción social eran limitadas debido a los pocos recursos con los que contaban. El estudio también muestra que la otra posibilidad para los sectores marginados del sur de Bogotá fue la movilización social, a la que podían sumarse buscando una reivindicación por la vida digna ante el abandono gubernamental.

Si bien el estudio logra integrar varios de los aspectos que han sido planteados aquí, su objetivo no son las relaciones entre un grupo de pobladores establecidos y un grupo de habitantes marginados por el primer grupo; ante todo describe las condiciones en las cuales llegaron los segundos habitantes, esto es, sus necesidades de servicios básicos—transporte y vivienda digna—y las posibilidades de lograr una mejoría en su situación a través del crimen o la movilización social, pero no centra su atención en los conflictos internos de los barrios.

En el capítulo dedicado a Bogotá, “Robar, pero no matar. Crimen, homicidio y violencia en Bogotá” (Perea & Rincón, 2014), Carlos Mario Perea y Andrés Rincón hacen una caracterización detallada de la violencia que se ha vivido en Bogotá. No sólo enfatizan en que la disminución de los niveles de homicidios en Bogotá no corresponde con la disminución de otras formas de violencia y criminalidad que han aumentado en la ciudad, sino busca integrar las condiciones de fragmentación social que propician un acenso de la criminalidad, así como de la justicia por propia mano.

Dentro de los elementos más importantes del análisis aparece la estructura poco jerarquizada de la criminalidad ligada a los componentes locales. Una de las condiciones para que esta ilegalidad pueda surgir en los términos presentados radica en el grupo poblacional marginal que presenta la vulnerabilidad más grande. Como ha sido enunciado, se buscó caracterizar el desarrollo histórico de larga data de un grupo con estas características; por tal motivo, se amplió el análisis de Perea y Rincón frente a las relaciones de criminalidad de la zona.

En relación con la criminalidad y su enlace con la población marginada, el informe de Forero y Molano (2015) muestra una perspectiva que se suma a la descrita por Perea y Rincón (2014): el vínculo entre redes criminales de largo alcance con las personas que presentan mayores elementos de marginalidad. Al igual que en el caso anterior, las condiciones en las cuales se desarrolló una población marginal, como la descrita en este proyecto, contribuirían a clarificar las condiciones en las cuales pudo surgir una red de criminalidad de este tipo.

De este modo se pretendió aclarar algunos de los puntos que en los estudios macro citados se han dejado de lado: las relaciones sociales dentro de las comunidades que integran los barrios Jerusalén y Naciones Unidas. El libro plantea una perspectiva que le permite al lector identificar posibilidades de acción frente a un fenómeno que no ha sido muy trabajado hasta la fecha, pero que se torna determinante ya que forma parte de las relaciones de sociabilidad de los habitantes del sur de la ciudad.

Se ha mencionado hasta este punto la manera en que los planteamientos de Elias buscan entender tanto al individuo como a las sociedades que éstos integran en un proceso histórico, es decir, como entidades interdependientes que se construyen a lo largo del tiempo. Esto sienta una postura epistemológica que a su vez estableció una hoja de ruta en la implementación metodológica, lo que requiere procesos de recolección de información que den cuenta del entramado histórico y no sólo de particularidades.

Los recursos utilizados para el desarrollo del proceso provinieron de tres fuentes: obras especializadas, querellas y entrevistas a pobladores históricos. A continuación, se da cuenta de cada uno de los momentos.

En un primer momento se realizó la consulta de las principales obras especializadas (seis) sobre la localidad de Ciudad Bolívar para poder detallar las formas de socialización en los primeros asentamientos, así como las pautas de cohesión social que permitieron cierto tipo de movilización. Dichas obras consisten en su mayoría (cuatro) en crónicas barriales y locales que cuentan cómo fueron los procesos de surgimientos de sectores específicos o que toman historias de vida para mostrar la llegada de sujetos al territorio.

Posteriormente, se buscó identificar algunas de las prácticas de marginalización presentes en los comportamientos de las comunidades establecidas con respecto a los pobladores marginados que paulatinamente se asentaron en las zonas aledañas a los centros cohesionados. Para esto se consultaron querellas y contravenciones consignadas en el Archivo Distrital, que fueron interpuestas por los habitantes de Jerusalén y Naciones Unidas, en la década de los años ochenta, ante conflictos vecinales producto de las tensiones generadas entre los pobladores establecidos y marginados¹.

Habiendo elaborado un contexto y una aproximación a las dinámicas de conflictividad, se dio paso a la recopilación de testimonios de habitantes

¹ El tratamiento de las querellas consistió en un primer momento en una matriz de registro que permitió identificar los principales elementos de cada una. Los temas que componen la matriz son: número de registro descriptivo, código de referencia, título, fecha inicial, fecha final, alcance y contenido, onomásticos, toponímicos, temáticas y signatura. Luego

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

tanto del sector de Naciones Unidas como de Jerusalén, que vivieron o tienen conocimiento de procesos de poblamiento de cada lugar, para establecer de primera mano las formas de interacción social, y así mismo los ejercicios de consolidación y los medios que permitieron fortalecer la cohesión. Junto con ello, se tuvo contacto con habitantes llegados en los años ochenta, quienes a su vez brindaron elementos para comprender las formas de relacionamiento a partir de diferentes puntos de vista, de los primeros y los segundos habitantes; en total, se dialogó con once personas. La recolección de testimonios buscó entender qué vínculos de sentido pudieron estar detrás de los pobladores para desencadenar procesos de marginalización entre grupos con características muy similares en el sur de Bogotá.

En línea con lo planteado, es importante precisar que el análisis del surgimiento y la consolidación, así como de los procesos asociativos y relacionales de un espacio como Ciudad Bolívar, lejos de estar cerrado y ligado únicamente al espacio geográfico y social estudiado, tiene la posibilidad de leerse como marco metodológico, de análisis y comprensivo de diversos acontecimientos existentes en Bogotá, Colombia y Latinoamérica. De manera que, teniendo en cuenta los modos de conformación de los territorios, y el espectro amplio de comprensión que contiene el estudio de Norbert Elias, se evidencia cómo el presente libro constituye un proceso local con alcances globales.

En un primer momento es posible destacar la forma en que, si bien hay una serie de elementos y determinantes que hacen que el asentamiento de poblaciones en Ciudad Bolívar acontezca de un modo específico, también es importante reconocer que las dinámicas de movilización social y ocupación de espacios son factores que atraviesan de forma transversal la construcción de localidades y sectores periféricos de ciudades como Cali, Medellín, Lima, Montevideo, Ciudad de México, Santiago de Chile y Buenos Aires, entre muchas otras. Es importante hacer esta claridad, pues en la medida en que se apropia el presente texto es posible generar marcos comprensivos para los procesos de relacionamiento entre sujetos y de modificación del territorio acontecidos en otros entornos, y así mismo, retomar elementos metodológicos y teóricos que permitan ahondar en realidades similares.

Al igual que el crecimiento demográfico de Bogotá entre 1951 y 1968 tuvo un aumento irregular y bastante amplio, en las primeras décadas del siglo XX fue un fenómeno que hizo presencia a lo largo de todo el continente (Romero, 1976,

se utilizaron dos matrices idénticas de procesamiento, una para las querellas interpuestas por acontecimientos que tuvieron lugar en Jerusalén, y otra para aquellas acontecidas en Naciones Unidas. En total se registraron 77 querellas. Una vez registradas en la matriz, se establecieron los principales motivos que llevaban a la denuncia en los sectores trabajados, y se procedió a digitalizar las muestras de los diferentes casos.

en Torres, 2014) a raíz de los procesos de movilización que ocurrían desde las zonas rurales hacia los espacios más urbanizados. Esto generó de forma directa el aumento de las poblaciones populares en espacios que estaban pensados anteriormente para sujetos originarios de la ciudad, quienes contaban con una serie de propiedades, conocimientos y comportamientos que los alejaban de las poblaciones rurales y sus configuraciones sociales.

Dicha situación trajo consigo, entre otros, la ampliación de los límites de las ciudades, pues ante carencias económicas para poder vivir en sus áreas centrales, las poblaciones que llegaban se asentaban en la periferia, reconfigurando espacial y culturalmente los lugares que habitaban, incluso generando que los países que se entendían históricamente como mayoritariamente rurales, pasaran a constituirse en urbanos, fortaleciendo el crecimiento financiero que potenciaba las ideas de progreso fundadas a partir de una noción en la que se entendía al desarrollo, esencialmente, como un bienestar económico.

La mayor parte de los nuevos ciudadanos eran campesinos que huían de la pobreza y las malas condiciones de la vida rural, cuando no de la violencia política y económica. Así, por ejemplo, en 1956 Lima poseía 1.200.000 habitantes, de los cuales 460.000 eran inmigrantes (Tovar, 1995: 119); en Colombia, Bogotá también fue la ciudad que más inmigrantes recibió: de sus 660.000 habitantes en 1951, el 56 % había nacido fuera de ella, y para 1964 su cantidad total llegó a 850.433 (Torres, 1993, p. 45). Por otro lado, durante la década del cuarenta, 612.000 personas migraron hacia la Ciudad de México (Torres, 2014, p. 114).

La consolidación de procesos industriales y construcción de fábricas en las ciudades fortaleció la dinámica de ocupación en las urbes latinoamericanas, que no ocurrían de forma premeditada, por lo cual muchos de los procesos de asentamiento se realizaban sin planificación alguna, dando paso a la llegada de grandes cantidades de habitantes de sectores rurales que tomaban espacios vacíos en los que potencialmente se podían realizar ejercicios de habitabilidad (Torres, 2014; Uribe, Ayala & Holguín, 2017). Llegar a la ciudad y ser partícipe de las dinámicas industriales y de producción se convirtió en uno de los propósitos del proyecto de vida de la población rural latinoamericana.

En el marco de esas labores de asentamiento y habitabilidad de sectores urbanos, se fueron estableciendo asentamientos populares en diversas ciudades. Dichos asentamientos, también conocidos como invasiones, favelas o comunas, entre otros, generalmente entendidos como focos que generan afectaciones negativas para la urbanización, han sido fundamentales en la consolidación de las grandes ciudades, ya que constituyen gran parte de la ciudad habitada. Si bien los sujetos llegaron en un inicio a las urbes en busca de

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

una adscripción a procesos industriales, no siempre cuentan con la posibilidad de hacerlo, por lo que tienen que actuar de forma contingente, creando modos alternos de subsistencia y adscribiéndose a otras lógicas sociales y productivas; esto da paso a la dinamización de una serie de procesos como la economía popular, la consolidación de bases de partidos políticos y el surgimiento de una cultura de base (Torres, 2014).

Dentro de los aspectos mencionados, la economía popular constituye uno de los elementos que han sido explorados para dar cuenta del modo en que los procesos de asentamiento en diversas ciudades da paso a procesos similares de organización social. La economía popular, también conocida como solidaria, comunal, entre otros, constituye un proceso de asociación comunitaria de base en la que, a partir de iniciativas locales, se da paso a actividades productivas que generan acciones propias de comercialización que eventualmente se conectan con redes formales de mercado, le dan relevancia a los circuitos informales y se constituyen en un sector competitivo (Melo, 2000). Si bien dichos fenómenos requieren periodos largos de estructuración y funcionamiento, encuentran en los procesos de asentamiento en zonas periféricas y marginales su génesis a partir de necesidades sentidas en torno a la ausencia de medios y formas de subsistencia en la medida en que fortalecen las dinámicas locales, gestionan posibilidades de desarrollo social que impactan positivamente lo urbano y brindan una explicación parcial frente a la permanencia de dichos sectores sociales a lo largo del tiempo en las ciudades latinoamericanas.

A partir de lo anterior, es posible evidenciar de qué manera Latinoamérica contó en el siglo XX con una serie de tendencias regionales, en relación con los procesos de asentamiento de las ciudades, que hizo presencia en diferentes países. En línea con ello y teniendo en cuenta que los procesos de industrialización, crecimiento económico, índices de pobreza, inequidad y otros factores hacían presencia de forma similar (en la medida en que brotaban formas alternativas para la sobrevivencia) en diferentes espacios, el presente libro brinda nuevos elementos para la interpretación de dichas situaciones evidenciando la relevancia de los procesos de relacionamiento y transformación de territorialidades en el marco del surgimiento de los territorios.

Para dar cuenta tanto de los hallazgos hechos como de los análisis desarrollados en línea con los elementos mencionados hasta este punto, el libro se encuentra estructurado en tres capítulos:

El primer capítulo da cuenta de la situación actual de la localidad de Ciudad Bolívar, en línea con una serie de carencias y potencialidades, para dar paso a la reconstrucción de los acontecimientos que dieron paso al surgimiento

y consolidación del lugar como espacio habitable, que se constituiría posteriormente en una localidad del Distrito Capital. En el marco de dicha reconstrucción se hace énfasis en la llegada de los primeros habitantes y el papel que cumplieron en la consolidación de los territorios por medio de la consecución colectiva de condiciones de habitabilidad. Centrándose en los sectores de Naciones Unidas y Jerusalén, se brinda un acercamiento a la forma en que la violencia presente en el país, herencia de acontecimientos como el Bogotazo, las migraciones voluntarias desde municipios aledaños hacia la ciudad en búsqueda de progreso y la reubicación de habitantes en las zonas periféricas de Bogotá establecen el panorama dentro del cual surge el fenómeno de poblamiento de la localidad.

Dando continuidad a los temas abordados en el capítulo anterior, el segundo capítulo brinda una visión amplia sobre el modo en que se fue poblando Ciudad Bolívar. De esa manera aborda la llegada de una segunda oleada de pobladores que configuran un gran crecimiento demográfico en la localidad. Dichos pobladores han sido caracterizados en relación con los motivos por los cuales llegan al territorio y la forma en que se establecen en él; junto con ello, se da cuenta del carácter de la violencia presente en los niveles distrital y nacional, en línea con fenómenos de narcotráfico, y el auge y fortalecimiento de diversos grupos armados ilegales. Así mismo, se establecen elementos que permiten un acercamiento a los fenómenos de asentamiento informal y luchas sociales, constitutivos del proceso de consolidación de la localidad.

Finalmente, se da paso a un análisis sobre las formas de relacionamiento entre los primeros y los segundos habitantes, en el que se establecen los elementos que en cada sector delimitaron de modo concreto las dinámicas de sociabilidad y el encuentro con el otro. Junto con ello, se reflexiona en torno a las modalidades de cohesión social presentes para la época, y se precisa el modo en que los elementos concluidos permiten realizar un acercamiento crítico a la realidad social de la localidad.



Capítulo 1

Surgimiento y urbanización de Ciudad Bolívar

Todos estos barrios se han hecho por la gente, y la gente llega más que todo por la codicia. Si usted pregunta por Bogotá, Bogotá ya no existe, todos somos de la provincia, todos somos de afuera.

(Don Gilberto, habitante de Jerusalén)

La pregunta por el proceso de poblamiento de Ciudad Bolívar ocupa un lugar privilegiado en la reflexión inicial sobre los modos de relacionamiento entre los habitantes que llegaron en diversas épocas a la localidad, no sólo porque sea pertinente la elaboración de un marco contextual de Ciudad Bolívar, y específicamente de Naciones Unidas y Jerusalén, como espacios en los que se sitúa el análisis, sino porque el mismo proceso de transición de un espacio que estaba compuesto principalmente por haciendas, hacia un lugar habitado por comunidades consolidadas, constituye la puerta de entrada para la comprensión de elementos que determinaron las dinámicas de establecimiento y expansión del territorio, las cuales, a su vez, dieron forma a los posteriores encuentros entre sujetos.

En línea con ello, el presente capítulo brinda un panorama en el que es posible acercarse al modo en que diversos sujetos llegaron a la localidad y se asentaron en espacios que no contaban con elementos mínimos para ser habitados, y que, por medio del trabajo mancomunado, fueron constituyéndose en lugares aptos para la vida en sociedad. Esto se elabora, principalmente, a partir de relatos de los denominados “primeros habitantes” (por medio de entrevistas y revisión de textos históricos en los que se retoman crónicas barriales e historias de vida), categoría utilizada para hacer referencia a aquellos sujetos que llegaron en un primer momento a vivir en un territorio que antes no era escenario de habitación humana.

Partir de los relatos de los habitantes como elemento principal para dar cuenta del primer proceso de poblamiento no es un punto que se deba perder de vista, pues trae consigo una serie de implicaciones para tener presente al acercarse

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

a las siguientes páginas. En un primer momento, parece evidente que no se busca hacer una reconstrucción que cuente con la rigurosidad profunda de un documento histórico, precisando las fechas y acontecimientos exactos que dieron paso a la conformación de cada espacio, sino que se busca, a partir de los relatos, retomar el modo en que los sujetos vivieron la llegada al lugar como primeros habitantes, lo cual brinda un marco experimental y elementos que permiten una elaboración, por medio de la comprensión, de las configuraciones construidas para la época abordada.

En segundo lugar, al no constituir una mirada totalizante, deja abierto un espectro en el que pueden inscribirse diversas voces que robustecen, a partir de vivencias, la versión que aquí se elabora, la cual, sin embargo, no por estar alejada de métodos verificables y medibles deja de ser un ejercicio legítimo que aporte a las dinámicas de conocimiento y procesos de descubrimiento (Elias, 2016).

A modo de hoja de ruta, es posible mencionar que el abordaje que se realiza de los primeros habitantes está compuesto por cinco momentos, iniciando por uno centrado en una contextualización de puntos relevantes de la localidad de Ciudad Bolívar en la actualidad, en donde se permite elaborar una perspectiva del lugar, para así tener elementos de contraste en relación con sus condiciones de surgimiento. Posteriormente, se brinda una imagen breve sobre cómo era la localidad antes de tener los primeros habitantes, para dar paso al tercer momento, en el que se da cuenta del proceso de llegada de pobladores, primero con mención a varias zonas de la localidad, y luego con énfasis en los sectores de Naciones Unidas y Jerusalén.

Una vez aclarado el panorama de asentamiento, se brinda una perspectiva general de la situación sociopolítica que vivía Colombia para los momentos en que fueron llegando habitantes a Ciudad Bolívar, buscando establecer conexiones entre las dinámicas locales-nacionales. Finalmente, y ahondando en asuntos abordados en el punto anterior, se realiza una reflexión en línea con la idea de progreso como principal motivación para ir a vivir a la localidad.

Una instantánea de Ciudad Bolívar

La localidad de Ciudad Bolívar, número 19 de las 20 que componen el Distrito Capital de Bogotá (Colombia), con una población aproximada de 748.012 habitantes en 2018 (SDP, 2014), desde hace más de dos décadas se ha ido constituyendo como un referente de lo vulnerable en Bogotá. Con 13.000,3 hectáreas (9,608,4 de suelo rural) y una división en ocho (8) unidades de planeación zonal (UPZ) (SMD, 2016; SDP, 2017) es un espacio que, además de albergar una amplia gama de problemáticas sociales, económicas y culturales

(Jácome, 1993), se ha consolidado como escenario de sobreoferta institucional, la cual en ocasiones centra sus acciones y estrategias en procesos efímeros y perecederos que cambian según el programa de gobierno, otra veces está a cargo de organizaciones no gubernamentales que lleguen al territorio, o en cabeza de los intereses de investigadores de diferentes universidades.

La situación genera que las comunidades se replieguen en sí mismas y establezcan límites de desconfianza frente a sujetos y representantes que, con una serie de dispositivos burocráticos de registro de datos, se desplazan a lo largo de la comunidad sin generar impacto real en problemáticas que histórica y estructuralmente se han ido instalando en la localidad, sino actuando según la coyuntura (Jácome, 2013; Alape, 1995). Dichas instituciones son, por una parte, de carácter gubernamental; desde el gobierno distrital hacen presencia secretarías e instituciones sectoriales (Institución Distrital de la Participación y Acción Comunal, Instituto para la Economía Social, Secretaría Distrital de Salud, Secretaría Distrital de Integración Social, Instituto para la Protección de la Niñez y la Juventud, Secretaría Distrital de la Mujer, entre otras), las cuales tienen como fin hacer llegar a los diferentes espacios de la localidad las políticas y acciones enmarcadas en un plan de gobierno.

Por medio de gestores y diversos profesionales, por medio del trabajo en las casas de los habitantes, de eventos multitudinarios en parques, colegios y plazas, del otorgamiento de bonos y subsidios, se generan acciones en las que la comunidad constituye el elemento legitimador para la elaboración de actas, formatos, diagnósticos e informes, en donde se establece el estado de dicho grupo humano, sus problemas y posibles soluciones. Lo anterior se suma a un sector de ONG que, a partir de financiación proveniente de países principalmente europeos, generan dinámicas asistencialistas por medio de medidas paliativas y momentáneas.

El despliegue institucional y las representaciones que se crean sobre Ciudad Bolívar, evidenciadas en acciones de estigmatización y exclusión frente a sus habitantes, están ligadas a una serie de situaciones adversas que, en el marco histórico de abandono estatal, se han situado en la localidad como elementos propios del paisaje, siendo tan autóctonas como sus lugares y estructuras más representativas. Lo anterior, a través de su difusión por parte de los medios de comunicación (Kessler, 2012), y en línea con la idea presente en el espacio social de que las zonas periféricas de las grandes ciudades (no sólo en Bogotá, sino a lo largo de Latinoamérica) son aquellas que experimentan inseguridad y miseria (Wacquant, Slater & Borges, 2014; Kessler & Dimarco, 2013).

Dentro de las situaciones adversas que hacen presencia en la localidad, es posible identificar algunos ejes articuladores que dan paso tanto a la sobreoferta

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

institucional como a la estigmatización, lo cual hace que encuentren criminalidad y delincuencia común, y reciban permanentemente población desplazada y migrante, además de la carencia de servicios, como posibles aspectos por resaltar para dimensionar las condiciones sociales del entorno del cual nacen los análisis aquí desarrollados. Éstos, a su vez, dan paso a acciones que surgen desde los barrios y sus habitantes, y constituyen apuestas de desarrollo social para hacer frente tanto a las problemáticas mencionadas, como a las dinámicas que las reproducen y profundizan.

Con referencia a la criminalidad, la llegada a la localidad de prácticas de expendio y consumo de sustancias psicoactivas ha traído consigo un complejo entramado de situaciones que, al entrar en contacto con vulnerabilidades económicas y sociales, se ha establecido como un medio de subsistencia para algunos sujetos, instaurándose de forma sistemática en múltiples sectores y barrios. En este contexto, es posible mencionar parcialmente el modo en que este fenómeno (en línea con lógicas de apropiación de territorios para el expendio) trae consigo la violencia como mecanismo para establecer liderazgos y delimitar espacios de actuación.

Junto con ello, dicha situación ha interactuado históricamente con la existencia de amenazas y asesinatos selectivos de sujetos, integrantes de la comunidad que, al interferir en las dinámicas de criminalidad existentes en el entorno, por medio de la denuncia o exigencia de derechos, o al ser jóvenes agrupados, considerados como alteradores del orden, son asesinados con el fin de mantener el orden establecido, y así, en la medida en que generan miedo frente al exterminio, se convierten en casos ejemplarizantes para el resto de la comunidad. Este fenómeno se denomina cotidianamente “limpieza social” (*Contagio Radio*, 2018; *El Espectador*, 2018; *Gómez*, 2014).

De forma más reciente, Ciudad Bolívar se ha consolidado como escenario de acción de diversos grupos armados, en donde luego de 2010 se generaron confrontaciones entre diferentes estructuras por el territorio (Águilas Negras, Erpac, antiguas Autodefensas Campesinas del Casanare, Oficina de Envigado), pues algunos sectores de la localidad constituyen el acceso a la ciudad de Bogotá, lo cual permite que desde allí se dinamicen los procesos que a lo largo de los barrios acontecen en relación con el microtráfico y la extorsión (Hernández, 2014).

Frente al ingreso de población y su relación con los actores armados, zonas como el sector de Caracolí se han definido como espacios receptores de familias víctimas de desplazamiento forzado; en algunos casos, los actores que los desplazan de sus lugares de origen los remiten a esas zonas, indicando que tendrán un lugar en el cual vivir. Sin embargo, una vez allí se encuentran

de nuevo con estructuras de los mismos grupos armados, con sus prácticas de extorsión para que la población acceda a servicios básicos; dichas estructuras evidencian su capacidad de actuación por medio de amenazas y asesinatos selectivos (Pérez & Montoya, 2013).

La llegada permanente de sujetos de diversos sectores del país (y recientemente de países como Venezuela (*ELTiempo*, 2018a)), genera una creación frecuente de asentamientos informales en los bordes de la localidad, espacios sin planeación ni autorización, los cuales se ubican cerca de barrios y sectores de vivienda consolidada. Tales sectores informales carecen de todo tipo de servicios, por lo cual la subsistencia depende de ejercicios de construcción colectiva y la realización de exigencias al Estado ante la existencia de grupos de personas que se encuentran ubicadas, pero no cuentan con las condiciones para vivir dignamente. Dichas dinámicas han dado paso a que luego de varios años, y una vez que han obtenido por medios propios los servicios públicos, tales espacios sean reconocidos como barrios, en un proceso de legalización (Ramírez, 2014), aunque sin tener todas las garantías de calidad.

La carencia de servicios, si bien se ve de forma más clara en los asentamientos irregulares, es una situación presente en la localidad, ya que en muchos sectores existen problemáticas en relación con el alcantarillado y la frecuencia del agua, como en las zonas rurales de la localidad (Mochuelos bajo y alto, Pasquilla, entre otros), a lo cual se suman dificultades en relación con la carencia en la frecuencia del servicio de transporte y las afectaciones ambientales que se generan a partir del relleno sanitario Doña Juana y el Parque Minero Industrial (Subred Sur, 2017).

En el marco de lo mencionado hasta aquí, y con menos visibilidad para los sectores externos, desde la misma localidad ha surgido un sinnúmero de procesos de base que constituyen ejercicios de desarrollo social que, a partir de un reconocimiento de la posibilidad de ejercer la ciudadanía para una restitución de condiciones de vida digna, han dado paso a acciones centradas en el fortalecimiento del encuentro con los otros como punto de partida para procesos transformadores, trabajando desde hace varias décadas con el fin de evidenciar las potencialidades de la localidad, y así mismo ejercer procesos reivindicatorios en relación con una serie de exclusiones de las que han sido objeto habitantes y grupos sociales que al situarse en el marco de la diferencia, no son reconocidos como sujetos de derecho, y en línea con ello, como actores con incidencia política.

Es amplia la cantidad de vindicaciones y acciones realizadas desde las diversas organizaciones, fundaciones, colectivos, agrupaciones, entre otras formas de organización, que surgen como respuesta a dinámicas de clientelismo y

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

asistencialismo que en un momento llegaron a homogenizar las necesidades de la población a partir de reconocer sólo las realidades de unos pocos, limitando las posibilidades de representabilidad política de todos los habitantes desde sus particularidades (Torres, 2006). De manera que surgen procesos que visibilizan realidades de etnias indígenas, comunidades afrocolombianas, víctimas del conflicto armado, agrupaciones LGBTI; pero también de grupos poblacionales que, sin constituir agrupaciones particulares en el marco de costumbres, orientaciones, orígenes y demás factores diferenciales, son excluidos por ser mujeres, jóvenes, niños o personas mayores.

Las acciones realizadas por tales procesos, si bien cuentan con una amplia variedad en relación con preferencias metodológicas, situaciones abordadas y ubicación geográfica dentro de la localidad, tienen unos lugares de encuentro en los que la pedagogía popular, la participación comunitaria y la mirada crítica sobre el territorio constituyen la base para pensar en ejercicios centrados en la reivindicación de construcciones étnicas, procesos centrados en una deconstrucción del papel que históricamente ha jugado la mujer en el marco de lo social, acciones realizadas sobre el proceso formativo de los niños y el uso del tiempo libre en entornos adversos, la consolidación de espacios culturales para jóvenes, la generación de prácticas de agricultura urbana para hacer frente a ejercicios de afectación ambiental, entre otros.

Primeros habitantes

Habiendo establecido un panorama general frente a Ciudad Bolívar, que permite un acercamiento a la forma en que la localidad se encuentra conformada en relación con sus afectaciones y posibilidades sociales, se inicia un ejercicio de retorno a aquellas épocas en donde el espacio geográfico no era conocido como localidad, y no se encontraba habitado por un porcentaje significativo de habitantes de la ciudad. Este acercamiento brinda un marco inicial para aproximarse momentáneamente al modo en que se conformaba el territorio antes de ser parte de lo urbano.

Como en varias de las zonas periféricas que hoy conforman a Bogotá, antes de la Colonia en Ciudad Bolívar se encontraba el pueblo indígena muisca, del cual se tiene conocimiento por los rezagos de pinturas y grabados rupestres presentes en las zonas de borde rural de la localidad. Perteneció concretamente en dicha época a la confederación muisca, la cual integraba la localidad de Bosa, al mando del cacique Techotiba (Gómez, 2014). Esto establece en un primer momento la necesidad de reconocer que antes de los “primeros habitantes”, ya existían colectividades que habían apropiado el territorio y lo habían consolidado como espacio destinado para la vivienda.

En esas tierras, como en otras que configuran lo que hoy es territorio bogotano, durante el tiempo de la Conquista se realizaron divisiones y reparticiones por parte de españoles, quienes habían participado en procesos de desplazamiento de los habitantes originarios de esa región para posteriormente asumir la propiedad de ellos. Los terrenos que fueron repartidos principalmente componen lo que hoy se conoce como la sabana de Bogotá (Suárez, 2009); sin embargo, también ocupaban territorios menos relacionados con espacios en los que solía haber haciendas, como Usme y Ciudad Bolívar. En estos lugares, especialmente en Ciudad Bolívar, se dio paso a la construcción de extensas haciendas como Casa Blanca, Meissen, La Camelia (Gómez, 2014) y La María (Entrevista 1; Peggaso, 1997). Con el paso del tiempo, las grandes haciendas que rodeaban la ciudad fueron siendo deshabitadas por sus propietarios y quedaron a cargo de cuidadores que se encargaban de hacer presencia en los predios, además de mantener, en los casos en los que había, cultivos de diferentes alimentos y algunos animales.

El proceso de poblamiento de Ciudad Bolívar se dio a partir de la llegada de sujetos entre los años cincuenta y setenta a varios lugares, haciendas que con el paso del tiempo se iban consolidando como sectores y barrios que, aunque estaban alejados entre sí dentro de lo que hoy es la localidad, compartieron dinámicas similares en la consolidación de sus territorios. El surgimiento de la localidad, desde la llegada de los primeros habitantes, se dio por una heterogeneidad de causas, y así mismo, la obtención de lotes y viviendas variaba dependiendo de los marcos de legalidad y ubicación en los que se realizara cada proceso.

A continuación se menciona este proceso de consolidación de lo que hoy es la localidad, en un primer momento de manera general, a partir de un sustento bibliográfico que desde diversas fuentes y experiencias ha documentado el fenómeno de surgimiento de la localidad de Ciudad Bolívar, para posteriormente hacer énfasis en Naciones Unidas y Jerusalén, a partir de los relatos de sus habitantes.

Una vez que las haciendas se dejaron a cargo de cuidadores y fueron perdiendo su carácter de espacios para la práctica de la agricultura, se compraron varios terrenos por parte de empresas que veían en el espacio (con una cercanía relativa a la parte poblada de la ciudad) la posibilidad de consolidar sectores industriales. Junto con ello, hacían presencia procesos de extracción de piedra, arena, carbón, así como la constitución de chircales. De esta forma, la segunda gran transformación que afronta la localidad (luego del paso de un territorio indígena hacia otro colmado por haciendas) consiste en su constitución como sector industrial y de extracción (Gómez, 2014).

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

Frente a la explotación minera, es importante mencionar de qué manera las dinámicas de extracción de la época en cuestión tienen consecuencias hoy en día, especialmente en los barrios informales o asentamientos irregulares que se encuentran ubicados en zonas de riesgo de remoción en masa o deslizamientos, debido a que anteriormente se generaron allí procesos de extracción que debilitaron la tierra y las bases de los hogares que hoy tienen una situación crítica respecto de la posibilidad de enfrentar afectaciones físicas (Ramírez, 2014).

Iniciando los años sesenta, en el marco de estas acciones y a partir de la identificación, por parte de los trabajadores del sector industrial, del territorio aledaño como un potencial espacio de vivienda cercana a su trabajo, se comenzaron a generar procesos de habitabilidad del espacio. En un primer momento esto ocurrió en la parte más plana del lugar, y por parte de pocos sujetos; sin embargo, con el paso del tiempo se fue identificando como un espacio en el que era posible establecer dinámicas más amplias de habitabilidad, de manera que aquellos que migraban a Bogotá identificaban en el sur del río Tunjuelo un entorno apropiado para instalarse (Gómez, 2014; Pecgasó, 1997; Blanco, 1988).

Además de los trabajadores que llegaban a la zona para estar cerca de sus lugares de trabajo y aprovechar las ventajas que puede tener una zona en crecimiento y con poca densidad demográfica, confluían sujetos y familias que habían abandonado sus lugares de origen a raíz de acciones de violencia propias de la confrontación bipartidista que se vivía en el país y que comenzó a tomar forma con la muerte de Jorge Eliecer Gaitán. De esa manera, a raíz de amenazas y persecuciones, muchos llegaron al lugar en busca de un nuevo entorno para vivir.

Junto con ello, ante la posibilidad de contar con un lugar propio y alejarse del pago de arriendos que solían venir acompañados por muestras de discriminación y empobrecimiento, llegaron nuevos habitantes provenientes de otros departamentos y de partes más centrales de Bogotá, lo que constituyó a Ciudad Bolívar como un espacio de encuentro en donde era (y es) posible la interacción entre sujetos provenientes de Boyacá, Cundinamarca, Tolima, Antioquia, Huila, Caldas, entre otros (Pecgasó, 1997; Alape, 1995).

Desde 1962 el fenómeno de asentamiento en un lugar que no estaba pensado para procesos de urbanización se fue consolidando en los sectores más planos de lo que hoy es la localidad, de manera que los barrios San Francisco, Perdomo, Meissen y México, la parte baja del Lucero, Candelaria y otros, fueron los primeros barrios consolidados. Con esto se dio paso al surgimiento de asentamientos cada vez más arriba en las montañas que, una vez que se alejaban de los barrios ya constituidos, empezaban desde cero el proceso de consolidación (Blanco, 1988).

Es importante tener en cuenta que, aparte de las dinámicas esporádicas de población aislada que llegaba de forma frecuente a la localidad, también es posible encontrar fenómenos como el narrado por Juan Alejandro Osorio (2007) y retomado por Camilo Ramírez (2014), en el que por una crisis ambiental ocurrida en 1979, en relación con el desbordamiento del río Bogotá, se dió paso al traslado de habitantes de barrios como Patio Bonito y Bosa hacia la localidad de Ciudad Bolívar, que aún no se encontraba reconocida legalmente como localidad independiente, pues hasta 1983 fue jurisdicción de Bosa. En dicho suceso se reubicó a cinco mil personas, lo que ayudó en la densificación del lugar. Para 1983 se expidió por parte del Concejo de Bogotá una serie de actos administrativos que, ante el evidente proceso de crecimiento poblacional, consolidaron geográfica y administrativamente a Ciudad Bolívar como alcaldía menor (Ramírez, 2014; Cabrera, 1985).

Si bien se evidencian algunas motivaciones y formas en las que fue llegando la población a la localidad, resulta importante en el marco de lo trabajado aquí ahondar en el modo en que acontecía la apropiación de los terrenos, pues al igual que en los aspectos anteriores, fueron varias las dinámicas ocurridas que, a su vez, dan cuenta de formas determinadas de relacionamiento y brindan elementos para una comprensión de las configuraciones que se iban construyendo en el lugar.

Por cuanto los habitantes llegaban a espacios que no se encontraban en el marco de la planificación urbana, las formas de adquisición de los espacios también se alejaban, por lo menos en un inicio, de los modos formales de otorgamiento de escrituras que dieran una posesión sobre los predios. Gómez (2014, p. 22) clasifica seis procesos por medio de los cuales se realizó de forma concreta la adquisición y poblamiento de la localidad:

...el primero, la parcelación de las zonas planas cercanas del sector industrial, en un ejercicio regular aunque no planificado de mercado de tierras que hicieron directamente los dueños del terreno; el segundo, el loteo de fincas de forma ilegal y el intercambio por bienes de diversa índole a cargo de urbanizadores piratas; el tercero, por la invasión y toma de tierras; el cuarto, la compra colectiva de terrenos y su posterior división entre socios; como quinto proceso, la venta por intermediación de las agencias del Estado en programas como el de lotes con servicios de la Caja de Vivienda Popular o unidades residenciales básicas, y el sexto y último proceso, la compra a firmas constructoras bajo el nuevo paradigma de ciudad.

Como elemento particular y diferenciador en el poblamiento de las zonas altas de la localidad, se resalta la figura de los tierreros como sujetos que, por medio de procesos de urbanización pirata, realizaban la gestión y acompañaban

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

la venta de terrenos que no eran de su propiedad, pero que se encontraban durante mucho tiempo sin habitantes ni presencia de un aparente dueño legítimo. Dicha situación daba paso a dinámicas de conflictividad en la medida en que un mismo terreno podía ser vendido varias veces por el mismo o por varios tierreros, y ante la carencia de evidencias legales, los espacios debían defenderse por medio de la imposición y la fuerza (Alape, 1995; Cabrera, 1985).

Los compradores de este tipo de espacios eran generalmente personas que llegaban con la urgencia de un lugar donde vivir, y ante el desconocimiento de otros modos de adquisición, se aferraban a la lógica de los tierreros y aseguraban su lugar, el cual debían habitar de manera inmediata para hacer efectivo el negocio realizado, de manera contraria a lo que acontecía desde los procesos de venta legal de lotes, que se hicieron mayoritariamente en la parte más baja de la localidad. La venta legal fue posible en un inicio ante la sensación de miedo de aquellos poseedores de espacios que al ver la llegada permanente de diferentes personas cada día, prefirieron vender sus terrenos, lo cual hacían por medio de procesos de urbanización, como ocurrió con el sector de La Alameda, la Urbanización Alameda (Gómez, 2014).

Este ejercicio de venta legal y legalización de lotes se llevó a cabo con éxito a finales de los ochenta en los lugares aledaños a la avenida Villavicencio, en donde a partir de la acción conjunta se avanza en la construcción de infraestructura organizada y pensada para la vivienda, donde si bien algunos servicios eran precarios, lograban responder a las necesidades básicas de los habitantes.

La diferencia primordial entre los procesos de compra legal de terrenos y las invasiones o compra a tierreros, además del soporte de compra, consiste en las condiciones en las que se encontraban los predios. Para el caso de las urbanizaciones legalizadas, se contaba con servicios públicos, al contrario de los terrenos que quedaban arriba de la parte plana. Al inicio, años antes de que se legalizara Ciudad Bolívar como alcaldía menor, y antes del proceso de ventas legales, los espacios de la localidad conservaban su carácter rural, por lo que era posible tomar algunos para la agricultura y la cría de animales, y así mismo estaban presentes varias lagunas en algunos sectores, y en general se contaba con zona verde y un modo de vida muy semejante al rural (Pecgasó, 1997).

El estado en que se encontraban los lotes para la vivienda generaba una serie de esfuerzos y exigencias a sus nuevos habitantes, pues en general los lotes comprados únicamente contaban con una delimitación escueta del terreno, pero no tenían bases para la construcción de una estructura, ni mucho menos servicios públicos. A raíz de dicha situación, comenzaron a generarse dinámicas de construcción, en el marco de las cuales se construyeron ranchos

principalmente elaborados de paroi (un tipo de tela asfáltica) y en ocasiones alternado con latas, materiales que constituyen el insumo primordial para la elaboración de paredes.

El suelo normalmente era de tierra y los techos podían ser de latas. Servicios como la electricidad eran suplidos con velas. Las construcciones, al no tener una arquitectura fundamentada, eran de una planta o piso para evitar ser destruidas por el viento. Para suplir la ausencia de agua, una de las carencias más sentidas por la comunidad, y ante la necesidad de lavar ropa y recolectar para tener en el hogar, se organizaban espacios colectivos en quebradas. También, ocasionalmente, en algunos sectores se lograba la presencia temporal de carrotanques con agua potable (Gómez, 2014; Alape, 1995; Cabrera, 1985).

Los esfuerzos para la mejora de condiciones de vida de espacios que se habían ido constituyendo a la luz de la ilegalidad, fueron aconteciendo de la mano de sus propios pobladores, quienes ante la ausencia del Estado, comenzaron a gestionar de diferentes formas el acceso a recursos. En un primer momento se generaron redes por medio de mangueras desde las zonas altas en las que había lagunas, como el caso de Quiba, para poder surtir de agua a la localidad. En el marco de estos procesos se gestaron grandes esfuerzos organizativos por parte de los habitantes para dotar las viviendas de servicios y condiciones mínimas de habitabilidad, en lo que se refiere a la planeación, mano de obra y posterior coordinación del ejercicio que requería acompañamiento permanente para que sucediera de forma exitosa (Pecgaso, 1997; Alape, 1995).

Posteriormente, en varios espacios se elaboraron tanques de agua para grupos más reducidos y así mismo se generaban llaves comunitarias a las cuales acudían los vecinos de los barrios para abastecerse. En contraste con el esfuerzo colectivo por la consecución de los servicios, surgían conflictos que normalmente se traducían en violencia, en momentos de escasez de servicios.

Para suplir el servicio de electricidad también se generaron medios de consecución colectiva: con la construcción artesanal de postes, se tomaba el servicio desde los transformadores de la parte baja y se llevaba por medio de cables hasta los lugares más altos, lo cual suplía parcialmente la necesidad, que sin embargo no era estable ni permanente (Gómez, 2014).

Se ha brindado hasta este punto un panorama que permite un acercamiento general a las dinámicas de llegada y asentamiento, y a las condiciones de vida de la población de Ciudad Bolívar, con el fin de crear un marco de contextualización que ubique cada vez más el entorno en el cual se desarrollan los procesos de relacionamiento en el marco de establecidos y marginados. A continuación, se

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

hará énfasis en la constitución de los sectores de Naciones Unidas y Jerusalén, todo en relación con los primeros habitantes, donde si bien se retoman algunos elementos ya mencionados, se precisan en el entorno específico de cada sector, lo cual permite un acercamiento más claro a los determinantes de relacionamiento que se abordan en el capítulo 2.

Hacienda La María

El surgimiento y la consolidación de los barrios que componen Ciudad Bolívar no fue un proceso ocurrido de forma simultánea. Cuando los primeros habitantes de lo que hoy se conoce como Naciones Unidas y sus sectores aledaños (La Cumbre, Ocho de diciembre, entre otros) llegaron al lugar, barrios de la parte plana de la localidad como Meissen, México y Lucero Bajo ya habían avanzado en su consolidación como espacios residenciales, pues varios habían sido poblados en las décadas del cincuenta y del sesenta. Por esto contaban con avances tanto en infraestructura como en procesos organizativos. Sin embargo, aún existían terrenos que conformaban haciendas en la parte alta de las montañas, una de esas, La María.

Esta hacienda, herencia de los procesos de conquista y colonización ocurridos en el lugar, era propiedad de la familia Reyes Patria. A finales de los sesenta se encontraba a nombre de varios hermanos, quienes adelantaron procesos de parcelación y venta del terreno. La venta, para la época, se realizaba por fanegadas, de manera que los terrenos que adquirirían los compradores consistían en largas extensiones de tierra.

Dentro de dichos compradores se encontraba Alberto Chaparro, nacido en el departamento de Boyacá, quien adquirió cerca de 20 fanegadas. Alberto compró las tierras porque como maestro de construcción conocía distintas obras y ventas que se realizaban en la ciudad y sus alrededores. De esa manera se enteró de la venta de tierras de la hacienda y adquirió algunas con el fin de venderlas en un futuro.

Ante la necesidad de cubrir los gastos que generaba la elaboración de planos para construir de una forma organizada en el terreno, decidió tomar una parte de la tierra, fragmentarla en lotes y venderla a diferentes personas para obtener medios de financiación. De forma paralela, para la época comenzaron a llegar a la ciudad personas de varios municipios. Algunos eran desplazados por la violencia, otros buscaban oportunidades y, ante la imposibilidad de hacerse a un lugar para vivir en las zonas más centrales, se asentaban en la periferia, tomando por su cuenta espacios deshabitados o comprándoles a vendedores piratas ("t ierreros"), quienes vendían tierras deshabitadas sin escrituras ni documentos.

En el marco de invasión en un entorno que comenzaba a expandirse y en el cual ya había familias habitando, surgió para Alberto Chaparro la amenaza de perder su propiedad a manos de invasores, por lo cual se fue a vivir con su familia al terreno que había comprado y dejó su vivienda en el barrio Centenario. Dicho terreno no contaba con ningún tipo de construcción para ser habitado o servicio básico; así mismo, los lotes que se vendían en el lugar consistían en un espacio plano sin ningún tipo de adecuación o elemento adicional, simplemente era una medida de tierra adjudicada a cada comprador.

Retomando las reflexiones realizadas por Abramo (2003), quien plantea que existe una tendencia en las ciudades latinoamericanas en torno al acceso al suelo urbano por medio de la informalidad inmobiliaria y urbanística, y expone tres lógicas de acción social que acontecen en dicha informalidad (de Estado, de mercado y de la necesidad), es posible establecer el modo en que el proceso de llegada y asentamiento de los primeros habitantes de Naciones Unidas respondió primordialmente a una lógica de mercado, en la cual hay un mecanismo social que posibilita que aquellos que desean acceder (consumir) al suelo urbano y los que tienen la disponibilidad de ofrecerlo puedan contar con un lugar de encuentro. Dado que las transacciones que se evidencian en Naciones Unidas no responden directamente a los marcos normativos y jurídicos de venta y adquisición de bienes, se constituye un “mercado informal de suelo urbano” (Abramo, 2003) en el que éste se negocia directamente y así mismo da paso a procesos de habitación.

En el marco de dichas dinámicas de compra, venta y asentamiento, y buscando un lugar para habitar con su esposa y sus cinco hijos, Alberto Chaparro procedió a la construcción de la primera casa del barrio (fotografía 1), la cual construyó con piedras y ladrillos que compraba en los chircales situados en la parte baja. El sector que se había comprado desde un inicio, conocido como “Sector Chaparro” limitaba con otro terreno también extenso llamado Santa Rosa, que no estaba habitado; sin embargo, había sido comprado por otra persona, y ya contaba con la división de algunos lotes. Aproximadamente en 1970 los dueños de ambos sectores se pusieron de acuerdo para que ambos espacios conformaran el barrio Naciones Unidas, nombre que se adjudicó como símbolo de la unión de los dos terrenos (Y. Chaparro, comunicación personal, 16 de junio de 2018).

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular



Figura 1. Primera casa del barrio Naciones Unidas, 2018.

Fuente: Andersson Lizarazo

Los Chaparro, junto con otras cuatro familias que habitaban el lugar en las mismas condiciones, comenzaron la construcción del barrio. Por medio del trabajo colectivo le dieron forma a las casas con diversos materiales; así, con otros habitantes que vivían en el terreno se fue constituyendo una pequeña comunidad. Para la fecha en que comenzó a levantarse el barrio, entre los dos sectores, Chaparro y Santa Rosa, vivían cerca de cien personas que no contaban con servicios públicos básicos, por lo cual gran parte de su cotidianidad se centraba en el abastecimiento de agua en tanques y canales, y el uso de velas para suplir la falta de energía eléctrica.

Cuando escaseaba el agua que se recolectaba en las casas se valían de los campesinos de la zona de Quiba, quienes alquilaban burros para llevarla en galones desde lagunas que se ubicaban en la parte más alta de la montaña. Otra opción era conseguir el agua en la parte baja, en el Lucero, en un aljibe, y cargarla hasta Naciones Unidas. Ambos eran procesos demorados que requerían fuerza física para su realización. A esta situación se sumaba la carencia de transporte público cercano. Eventualmente, se contaba con la flota de la empresa Tequendama que transitaba en terrenos aledaños, aunque generalmente se llegaba caminando desde el sector de San Carlos, Tunjuelito.

Las condiciones de vida caracterizaban el barrio como un entorno en el que se daba un modo de vida muy cercano al rural, en donde, si bien tenían una serie de carencias en cuanto al agua y la luz, y una distancia considerable para acceder a servicios de salud y educación, cocinar con leña, poder cultivar productos para el autoconsumo y la tenencia de animales como ovejas y vacas, configuraban el sector como un espacio tranquilo, con una comunidad constituida en la que se habían consolidado fuertes vínculos de solidaridad, fortaleciendo la seguridad en la zona y la tranquilidad de contar con redes de apoyo estables (N. Chaparro, comunicación personal, 16 de junio de 2018).

Además de los encuentros cotidianos para el diálogo y el tránsito hacia la parte urbana, se establecieron diversos espacios para la reunión y el esparcimiento, como la celebración de fiestas y fechas especiales (festividades religiosas y especialmente la Navidad y el fin de año), el ejercicio de la agricultura y el cuidado de animales, así como la asistencia a la iglesia cercana, en la que habían configurado un grupo juvenil con el que se practicaban deportes y se realizaban varias actividades al finalizar la eucaristía. Sin embargo, el proceso que más aportaba a la consolidación de los lazos comunitarios estaba relacionado con la mejora de las condiciones de vida del barrio, por medio de la gestión para la consecución de servicios, vías y transporte.

En el marco de dicha situación, se dio paso en un primer momento a acciones mancomunadas para la consecución del servicio de luz. Al no contar con presencia estatal, ni de la empresa de energía que garantizara la prestación del servicio, se generaron estrategias para obtener electricidad a partir de las conexiones y los transformadores existentes en la parte baja, llegando a Tunjuelito. Para ello, varias familias se organizaron y elaboraron postes de madera, los cuales ubicaron a lo largo de un camino creado entre Tunjuelito y el sector de Naciones Unidas; por medio de dichos postes, y utilizando cables de cobre, hacían llegar el servicio a sus familias y vecinos:

Aquí en el sector la gente normalmente lo que hacía era que se conectaba al poste y éste al otro poste y estire cables. Así empezó a surgir la luz y el agua, ya con el tiempo, más o menos en el año 1973, empezaron a llegar los carrotaques a este sector. (Y. Chaparro, comunicación personal, 16 de junio de 2018).

Para suplir el servicio de agua se procedió de igual manera en el marco de la informalidad, realizando conexiones con mangueras, las cuales iniciaban en las lagunas de Quiba y se ubicaban de forma subterránea hasta llegar a las casas para abastecer a los habitantes del barrio. Dichos servicios, dado su origen artesanal, no eran del todo estables, por lo cual no existía una garantía permanente de acceso a los servicios de agua y luz; sin embargo, era suficiente para suplir las necesidades básicas.

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

Ante la evidencia de que grupos humanos habitaban formalmente en la zona, y frente a la llegada paulatina de nuevos pobladores en esa misma época, se contaba con la posibilidad de visibilizar las carencias que existían en el sector, y en línea con ello, comenzar a exigir mejoras en las condiciones de vida. Uno de los primeros procesos realizados en dicha dirección fue el gestado por el Comité de Usuarios de Cocinol. La cocción de alimentos con leña se vio desplazada por la utilización de estufas que funcionaban con cocinol, o sea gasolina que se comercializaba para la utilización en las cocinas de los hogares. Este combustible, al ser manipulado habitualmente sin ningún tipo de protección, constituía una amenaza por el riesgo de incendios, explosiones y quemaduras (*El Tiempo*, 1993).

El cocinol se almacenaba para todos los habitantes en un espacio pequeño al lado del colegio; allí se ubicaban los tanques que eventualmente eran recargados. Frente a los riesgos existentes, se generaban movilizaciones y acciones desde el comité, se protestaba para hacer visible la existencia de una problemática con precedentes en varias partes de la ciudad. Dichas acciones se dirigían tanto a las autoridades como a la empresa de gas, a la que se le exigía el préstamo del servicio ante los riesgos inminentes que generaba el cocinol para la vida de los habitantes (Y. Chaparro, comunicación personal, 16 de junio de 2018).

Frente a dicha situación, en un primer momento la empresa de gas les facilitó a los habitantes estufas de gas con cilindros que llevaba un camión con una periodicidad semanal o quincenal, y posteriormente se elaboró la infraestructura para poder prestar el servicio de forma directa en las viviendas. Esto constituyó un logro para las movilizaciones históricas que se habían dado desde varios años atrás sobre el tema. En este punto, el panorama y las condiciones de vida habían tenido cambios significativos, pues a partir del trabajo mancomunado y los procesos de exigencia, el terreno extenso de tierra había pasado a constituirse en un espacio habitable y con una cantidad considerable de población. Allí era posible la tenencia de terrenos amplios y el establecimiento de relaciones de convivencia con los integrantes de la comunidad.

Al evidenciar los logros del trabajo colectivo se consolidó la junta de acción comunal, que surgió con el fin de avanzar en la consecución de vías pavimentadas para el sector, buscando asesoría para la planificación de ellas y generando presión para la consecución de apoyos por parte del Gobierno. Como acto fundador de la junta se procedió a construir el salón comunal, para el cual contaron con el apoyo de la alcaldía, que donó material para la obra.

En línea con estas acciones, y al contar con un sector cada vez más consolidado, fue más sencillo gestionar por medio de movilizaciones, protestas y acciones legales la constitución de acuerdos para recibir el préstamo oficial de servicios

de agua y de luz, por medio de las empresas distritales, que en el inicio no instalaron contadores sino que mejoraron las redes por las cuales llegaban los servicios y cobraban una cuota moderadora mensual.

La construcción y consolidación del colegio constituye uno de los hechos más recordados en el sector, pues era de los primeros que funcionaban en toda la zona. En un primer momento, cerca del año 1978, se contó con un colegio pequeño. Era una casa prefabricada con paredes de tableta y dos habitaciones en las cuales se impartían las clases; posteriormente se realizó una construcción más amplia en ladrillo en la que daban clases, en un inicio, de primero a tercero de primaria y luego, cuando crecieron los estudiantes que conformaban grupos de entre 15 y 20 personas, hasta el grado quinto. Dado el buen funcionamiento del colegio, con apoyo de materiales brindados por la Secretaría de Educación los habitantes del sector mejoraron la construcción y las instalaciones, de manera que para 1978 se consolidó un centro educativo al que podían asistir todos los niños del sector y de lugares cercanos.

Al principio de la década de los ochenta, Naciones Unidas y sus barrios aledaños eran espacios consolidados, luego de años de trabajo colectivo para la generación de avances en el mejoramiento de las condiciones de vida. Evidentemente, aunque los logros obtenidos eran significativos, aún había carencias en relación con la posibilidad de mejorar el préstamo de servicios públicos, la consecución de vías de transporte en buen estado y de rutas que los llevaran hasta los barrios; junto con ello, la presencia del Estado aún era inexistente y la llegada de nuevos habitantes era cada vez más frecuente, lo que limitaba las posibilidades de crecimiento económico.

Hacienda Casablanca

Jerusalén, al igual que Naciones Unidas, es en la actualidad uno de los barrios oficiales que conforman la localidad de Ciudad Bolívar; sin embargo, es importante precisar que tiempo después de su surgimiento, el espacio conocido con ese nombre era un territorio bastante amplio que posteriormente fue dividido en varios barrios (Potosí La Isla, Santa Rosita-Las Vegas, Manuela Beltrán, Plan Canteras y Media Loma, Bellavista la "Y", Pradera y Esperanza, Paraíso, Nueva Argentina y Tanque Laguna) que, si bien son reconocidos de forma particular en la actualidad, se relacionan coloquialmente como sectores de Jerusalén, pues se conectan entre sí al contar con la misma historia de surgimiento y conformación (Cardona, 2016).

Acercarse a las dinámicas de poblamiento del sector, requiere necesariamente mencionar a dos personas que abrieron la venta de lotes, pues de esa manera

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

establecieron y determinaron el proceso de crecimiento demográfico en el sector: Nohemí Ríos Figueroa y María Luisa Cholo de Cortés (N. Agudelo, comunicación personal, 24 de julio de 2018; Cardona, 2016; Cabrera, 1985). Ambas tenían el papel de cuidar la Hacienda Casablanca, un espacio dedicado a la cría de ovejas y diversos animales. Era una de las varias haciendas que conformaban lo que hoy es Ciudad Bolívar. Sus dueños, la familia Gaviria, no habitaba el lugar desde hacía más de una década.

Para esta época (inicio de los años ochenta) surgieron en la localidad rumores que precisaban que desde el Gobierno y el Banco Interamericano de Desarrollo se iba a comenzar la construcción de un proyecto urbanístico en la zona, llamado "Plan Ciudad Bolívar", por medio del cual se prometía para varias zonas de Ciudad Bolívar, Kennedy y Usme, la cobertura de servicios públicos y políticas sociales, así como acciones gubernamentales que aseguraran el progreso en todas las zonas. Tal como se planteaba, vislumbraba intervenciones que generarían mejoras evidentes en el estado de las vías, la infraestructura y, en general, en las condiciones de vida de la población (Cabrera, 1985).

Dicha iniciativa se enmarcó en una forma de planeación que se impulsaba desde los años setenta en Bogotá, y que buscaba financiar soluciones urbanas para las áreas vulnerables, dando inicio a una serie de estudios para analizar la realidad de la ciudad y avanzar en la construcción de planes de desarrollo urbano. En el marco de relaciones de dependencia (centro-periferia), este proceso responde a lógicas impuestas de desarrollo económico y urbano, en las que instituciones como el Banco Interamericano de Desarrollo brinda financiación a las ciudades para su crecimiento económico, estableciendo estudios, metodologías de uso y metas. Dicha intervención se realiza en seis ámbitos "Asentamientos humanos, crecimiento urbano, cooperación técnica, financiamiento, programas de acción y programas integrales de desarrollo urbano (PIDU)" (Campo, 2012). Un ejemplo de ello es el Programa Integral para el Desarrollo Urbano de la Zona Oriental de Bogotá 1071-1978 (Piduzob), que se centró en formular subprogramas sectoriales para la construcción física de equipamientos e infraestructura en la zona oriental de la ciudad.

A partir de este tipo de propuestas de intervención se hizo evidente el carácter político del suelo urbano, el cual, una vez habitado, configuró un recurso de producción que debía ser controlado, y que así mismo lo ambicionaban distintas fuerzas, y dio paso a que, en la época, producto de los rumores sobre el "Plan Ciudad Bolívar" se comenzara a reconocer en los terrenos de las haciendas Sierra Morena, Arborizadora Alta y Casablanca, la posibilidad de realizar procesos de habitabilidad. Fue precisamente en el marco de aquella coyuntura que el terreno de la familia Gaviria comenzó a dividirse en varias partes a manos de los

integrantes de un grupo de urbanizadores piratas llamados Los Socios, quienes, en asocio con las cuidadoras del lugar, comenzaron a ofrecer para la venta lotes a precios bajos, asegurando que una vez llegara el proyecto de urbanización, contarían con todos los elementos necesarios para la vida (Cardona, 2016; Cabrera, 1985).

El 24 de diciembre de 1980 anocheció el terreno limpio y al otro día amanecieron más de cien ranchos, sí, como quien dice, el 24 en la noche invadieron a Jerusalén, el 25 había ranchos en el terreno... invasión, esto fue invasión, se llamaban unos tipos que cuidaban estos terrenos, eran Noemí Ríos y la otra era de apellido Cholo, María Cholo, a ellas las engañaron unos profesionales, que supuestamente las convencieron de que era mejor asociarse con ellos para lotear todos estos terrenos que pertenecen a la familia Gaviria Restrepo y así empezaron a lotear. Todo esto era zona de matorrales, esto no tenía señas de que iba a ser un barrio, lo que es hoy en día. Esto fue una invasión, después de esta invasión a Jerusalén, vino la toma de terrenos en Paraíso, porque los mismos que invadieron en Jerusalén, lo hicieron allí. (Lloreda, 2014, en Gómez, 2014, p. 30).

Los lotes que se ofrecían en el sector no contaban con nada más, aparte del terreno acordado. En algunos casos se aseguraba la existencia del servicio de agua, para lo que se utilizaban mangueras provisionales que se traían desde lagunas. Sin embargo, dicho servicio no formaba parte de los lotes vendidos, se mostraba de forma provisional, mientras se aseguraba la compra. Los primeros lotes se vendieron por muy poco dinero, lo que ayudó a que se difundiera la información en la ciudad y diversos municipios, en la que se mencionaba que en Bogotá estaban vendiendo lotes baratos para vivienda en una zona de expansión urbana.

De esa forma, el sector se convirtió en un espacio al que iban familias y curiosos para conocer los lotes y los costos de los mismos; muchos compraban y otros seguían difundiendo la información. Fue entre los años 1980 y 1983 en los que aconteció de manera más significativa la llegada de primeros habitantes a la zona, las modalidades de compra y venta se multiplicaron y, dependiendo del sector, se recibían documentos de propiedad del terreno; algunos compraban varios lotes para vivir en uno y vender los otros con precios más altos (Elias. C, comunicación personal, 24 de julio de 2018).

Los nuevos habitantes llegaban a la zona ante la posibilidad de contar con un espacio propio para vivir, muchos de estos provenían de municipios cercanos a la capital e incluso de otras ciudades del país, pues se enteraban de la venta de lotes y querían probar suerte en la ciudad; otros llegaban porque vivían en Bogotá, en lugares arrendados, y al tener pocos recursos preferían hacerse a un

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

lote que, aunque no tuviera servicios, les permitiera vivir sin deudas (Álvarez, M., comunicación personal, 24 de julio de 2018); otros pocos venían desplazados a raíz de la violencia que vivía el país. Sin embargo, el sector no se formó a partir de procesos de invasión de quienes no tenían nada, sino por medio de transacciones en las que, con dinero o bienes, se aseguraba un espacio para vivir.

Una vez llegaban a los lotes comprados, los habitantes comenzaban a construir casas de forma artesanal con latas de zinc, madera, y de forma predilecta con paroi, el material más popular para este tipo de construcciones, dada su versatilidad y resistencia. La utilización del material respondía, en un primer momento, a la urgencia con que algunos llegaban a habitar los lotes luego de comprarlos, pues al no tener documentos o escrituras que legitimaran la compra, corrían el riesgo de que su lote fuera vendido de nuevo y habitado por otras personas; y en un segundo momento, existía el riesgo de que, de repente, se generaran acciones legales que los hicieran salir del lote a raíz del carácter informal del proceso de población (pues se sabía de los hechos de venta ilegal que habían ocurrido), de manera que el paroi era un aliado para la construcción en poco tiempo, y así mismo era un material que, en caso de perder sus casas, no constituiría una pérdida tan grande como las rocas o el ladrillo (N. Agudelo, comunicación personal, 24 de julio de 2018).

Es posible mencionar en este punto la forma en que si, por una parte, en Naciones Unidas el acceso al suelo urbano se dio por medio de una lógica de mercado, para el caso de Jerusalén, en línea con los motivos de transformación del suelo, a partir de las necesidades de los nuevos habitantes y ante la ausencia de acciones estatales para la asignación de vivienda a las familias, se constituye una "lógica de necesidad" (Abramo, 2003). En ésta, el acceso al suelo está motivada primordialmente por la carencia de recursos, la cual impide el acceso al mercado formal de vivienda, frente a lo que la carencia institucional (ausencia de programas públicos, subsidios, etc.) es un tema que agudiza la situación, y da paso a ocupaciones urbanas colectivas que acontecen de forma masiva.

En cuanto al cubrimiento de servicios públicos, ya que el espacio consistía previamente en extensos pastales para el tránsito de animales, no contaba con conexiones, cableados, postes, ni ninguna infraestructura pensada para el préstamo de servicios. Dicha situación llevaba a que se realizaran acciones contingentes para suplir las necesidades. En el caso de la cocción de alimentos, se suplía la ausencia del servicio de gas con la utilización del ya descrito cocinol, que se compraba en la zona de Candelaria y se llevaba en galones hasta las casas. La utilización de cocinol dio como fruto que, al estar muchas casas construidas en paroi, ocurrieran incendios en los que los habitantes perdían sus pertenencias, e incluso es muy recordada y documentada la tragedia en

que murieron tres niños que, al estar encerrados en una casa (pues su mamá se había ido a trabajar), intentaron utilizar el cocinol para preparar algo, lo que originó un incendio (N. Agudelo, comunicación personal, 24 de julio de 2018; Gómez, 2014; Cabrera 1985).



Figura 2. Primeras casas de paroi (1984)

Fuente: Cardona (2016). Archivo concurso foto-historia

El servicio de agua contó con dos dinámicas de consecución, en un primer momento, los habitantes lograron hacer acuerdos con los campesinos de la zona rural de Quiba, quienes permitían la extracción de agua de las lagunas a cambio de unos lotes que les entregaron, de manera que prestaban el servicio transporte en burro para poder bajar los galones con el líquido; sin embargo, la distancia era amplia y el número de personas rebasaba la cantidad de agua que se podía llevar a la zona. Otros habitantes llevaban el agua del sector de Candelaria, en donde sí contaban con el servicio y les vendían el recurso, por lo que tenían que subir baldes y galones hasta las casas. Posteriormente, algunos habitantes gestionaron la visita de carrotanques que vendían canecas de agua, y la gente hacía largas filas desde la madrugada.

En esos primeros años, otro elemento ausente era la electricidad, lo cual generaba en un primer momento la necesidad de llegar temprano a la zona, pues no se contaba con iluminación ni en el interior de las casas, ni fuera.

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

Esto era sólo monte y nada más, teníamos que bajar y subir a oscuras. A lo último sí llegaban los carritos, pero ya habíamos pasado por muchas cosas, nos alumbrábamos a punta de velas, nos compramos unas caperuzas de gasolina que ahí están todavía. (Álvarez, M., comunicación personal, 24 de julio de 2018).

Además de los servicios públicos propios de los hogares, la ausencia de vías de acceso generaba inconvenientes, no sólo por que no llegaran medios de transporte y se debiera bajar necesariamente a Candelaria para poder tomar algún servicio (pues pocos tenían carro), sino porque caminar por el sector cuando llovía contaba con un alto grado de dificultad, ya que los espacios afuera de las casas eran en su mayoría de tierra, que con la lluvia se transformaba en lodo.

La generación de mejoras en el entorno, en relación con la infraestructura, la consecución de servicios públicos, la exigencia de construcción de vías, fueron aspectos que se dejaron de lado en un inicio, pues primaba la incertidumbre frente a la posibilidad de continuar en el territorio, ya que, una vez que se conocía que la venta de lotes se había realizado por parte de sujetos que no eran dueños del espacio, y que la ocupación de los mismos se realizaba de forma ilegal, se tomaban precauciones tanto en las mejoras que se podían hacer en las diversas viviendas, como en los esfuerzos que podían realizar para la consecución de mejores condiciones de vida, ya que podían ser acciones que se realizaran en vano y que a su vez visibilizaran la situación ante las autoridades y posibles propietarios (N. Agudelo, comunicación personal, 24 de julio de 2018).

En línea con dicho panorama, por parte de externos se comenzaron a instaurar denuncias frente a la ocupación irregular de la zona, por lo cual las autoridades policiales dieron paso a procesos de desalojo forzado, que consistían en destrozarse las viviendas de diferentes lotes. Junto con ello, muchas de las casas eran quemadas con las pertenencias adentro; sin embargo, la cantidad de lotes era tan alta, que no lograban acabar en una sola acción con todo. Producto de dicha situación, primaba la solidaridad que se había ido construyendo a lo largo del proceso de población, lo que llevó a que entre los vecinos se ayudaran para reconstruir de forma rápida las viviendas destruidas (Álvarez, M., comunicación personal, 24 de julio de 2018).

Una fuerte unión entre los habitantes, fundamentada en las condiciones compartidas en relación con la llegada al sector, la compra de los terrenos y las dinámicas de convivencia que se habían realizado en los primeros años, habían llevado a que, más allá de las carencias existentes, se contara con acciones en las que la interacción entre vecinos brindaba tranquilidad en relación con la seguridad del sector, posibilitando dejar sus pertenencias en las casas al irse al trabajar y llegar en la oscuridad sabiendo que había un cuidado mutuo;

Nos cuidábamos como hermanos, como familia. Nos colaborábamos muchísimo cuando era lo del agua, pues nos guardábamos los turnos; con ellos nos acompañábamos, porque a esa hora, tres de la mañana, nosotros cogiendo agua pues era también peligroso, entonces los vecinos eran de gran ayuda y nos colaborábamos muchísimo, en fin, por ejemplo, esa gente que no tenía nada que comer pasaban pidiendo que una librita de arroz y uno les colaboraba (N. Agudelo, comunicación personal, 24 de julio de 2018).

Los vínculos establecidos mutaron hacia acciones centradas en la defensa y el progreso del territorio en el momento en que vieron amenazado aquello por lo que habían estado trabajando no solamente sus últimos años sino a lo largo de su vida. Un primer proceso de organización formal lo relata Cardona (2016), y consiste en la conformación del grupo llamado Los Chigüiros, quienes establecieron una red de comunicación por medio de radioteléfonos que utilizaban para mantenerse informados desde distintos puntos (que abordaban toda la zona), sobre los momentos en que llegaban las autoridades policiales u otros actores para realizar desalojos por la fuerza.

Al identificar la zona a la que se dirigían las autoridades, se utilizaba pólvora para indicar el lugar del barrio (el cual era cada vez más extenso) en el que se iba a realizar un desalojo, de manera que se congregaba una multitud que hacía frente a las acciones e impedía la destrucción de las casas y la expulsión de sus habitantes. Estas acciones fueron afianzando a los pobladores, fortaleciendo, por una parte, los lazos de convivencia y evidenciando la efectividad del trabajo mancomunado; y por otra, se comenzaba a ver que los procesos de desalojo al ser esporádicos y con poca repercusión no iban a lograr desmontar el territorio que se estaba construyendo.

Producto de la situación, se empezaron a generar acciones colectivas con el fin de obtener atención del gobierno distrital y sus empresas operadoras de servicios. Un primer ejemplo de dicho proceso está relacionado con el servicio de agua. Por medio de contacto con la empresa del acueducto, fue posible llegar a un acuerdo en el cual la comunidad daría una cantidad de dinero a cambio de la instalación de un tanque grande en el cual se almacenaría agua para la comunidad. El dinero se recolectó y se pudo contar con el tanque al que cada madrugada acudían los vecinos del barrio para almacenar lo que utilizarían en el día. Esta agua provenía aún de Quiba, pero facilitaba el proceso de recolección; sin embargo, debía recogerse en horas de la noche y la madrugada, pues en el día, el agua en Quiba era prioridad para el ganado (Elias. C, comunicación personal, 24 de julio de 2018).

En la medida en que se gestionaba la obtención de servicios, se iba avanzando en la mejora de varias viviendas, construyendo con materiales más resistentes y

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

duraderos, y se continuaban acciones para solucionar la situación de ilegalidad en la que se encontraba el sector. En línea con esto, es recordado el caso del abogado Mario Alberto Carvajal, quien realizó diversas gestiones legales para demostrar que los lotes en los que residían los habitantes habían sido comprados y no eran únicamente invasiones; sin embargo, antes de lograr resultados concretos, Carvajal fue asesinado en la localidad (Elias. C, comunicación personal, 24 de julio de 2018; Agudelo. N., comunicación personal, 24 de julio de 2018; Cabrera, 1985).

El servicio de luz fue autogestionado de manera informal en un inicio, por medio de la construcción de postes y cableado artesanal, donde se generaban conexiones que partían de transformadores ubicados en la zona baja, desde ahí subía el servicio hasta la comunidad y, una vez allí, cada quien generaba su propio cableado. Tiempo después la empresa de energía realizó la instalación e inició la prestación formal del servicio. Para suplir la ausencia de transporte, se fundó una ruta informal que traía a las personas desde la parte baja de Candelaria; funcionaba a partir de cuatro Jeep Willys, un campero y una camioneta, pues eran los tipos de vehículo que resistían el terreno por el cual debían transitar, y los manejaban los habitantes del lugar (Elias. C, comunicación personal, 24 de julio de 2018).

De esa forma, para la primera mitad de la década de los ochenta, Jerusalén se iba constituyendo como sector habitable. Luego de un proceso intenso de conformación con habitantes de todo el país y con dinámicas de venta informal se gestionaron los procesos iniciales para consecución de condiciones básicas de vida.

La herencia de la violencia

Luego del recorrido por los aspectos principales que permiten construir una idea frente a los procesos de asentamiento de los primeros habitantes para los sectores de Naciones Unidas y Jerusalén, es posible identificar algunos puntos de confluencia en relación con las dinámicas de llegada y consolidación de los territorios. Así mismo, se evidencian diferencias importantes en cada uno de los procesos que responden tanto a una época como a las modalidades de acceso a la tierra. Dentro de la variedad de temas que se abordan, resalta uno que hace presencia en ambos casos y que podría brindar elementos que complementen una comprensión de lo mencionado hasta aquí, este es el referente a los motivos que llevaron a las personas a habitar esas zonas.

Cuestionarse por los motivos que llevan a que grupos amplios de sujetos lleguen a habitar espacios que no cuentan con los elementos básicos para la vida y aceptan adquirir lotes de tierra para iniciar el proceso de construcción de una vivienda. Es algo que debe ser complejizado para tener claridad del carácter de

conformación de los territorios que se han venido abordando (a saber, Jerusalén y Naciones Unidas). A continuación, se espera realizar un acercamiento al tema a partir de explorar los hallazgos obtenidos por medio del contacto con los primeros habitantes y la revisión documental.

Debido a la representación que existe sobre Ciudad Bolívar como localidad receptora de población desplazada por hechos de violencia (Bohórquez et al., 2015), se tiende a suponer que su constitución como punto de llegada para diversos grupos poblacionales ha ocurrido desde siempre. En línea con ello, se suele pensar que su proceso de conformación se limitó a dicha dinámica y que los periodos de violencia que desde los años cuarenta hasta la actualidad han acontecido en Colombia, fueron conformando dicho territorio.

Sin embargo, el acercamiento a la constitución histórica de Naciones Unidas y Jerusalén brindó la posibilidad de evidenciar que en lo que se refiere a los primeros habitantes, muy pocos llegaron a las zonas a raíz de una condición de desplazamiento forzado; al contrario, llegaban a la ciudad desde una multiplicidad de municipios y ciudades de forma voluntaria, con la idea de que las posibilidades de surgir en la capital serían mayores que en sus lugares de origen. En el marco de dicha situación se retoma inicialmente la violencia, no como elemento que determine de forma directa las dinámicas de desplazamiento hacia Ciudad Bolívar en las épocas abordadas hasta este punto, sino como fenómeno que brinda pistas sobre un contexto histórico nacional y sirve como insumo para abordar los procesos de migración interna en el país.

La primer gran ola migratoria que generó un desbordamiento demográfico en las ciudades colombianas, en especial en Bogotá, fue producto directo del desplazamiento que se dio durante la época de la violencia, desde 1948 y a lo largo de los años cincuenta. A partir del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán se gestaron diversos procesos de confrontación entre los partidos políticos liberal y conservador a escala nacional, los cuales venían estableciendo dinámicas de rechazo mutuo desde los años veinte y treinta y tomaron forma en los cincuenta en las zonas rurales, con una intensidad considerable. En esa época, campesinos armados y grupos de autodefensas generaban enfrentamientos por diversas razones, como el apoyo estatal para un sector, en el marco de acciones encaminadas a acabar con el comunismo (CNMH, 2015).

Las dimensiones de la confrontación dieron paso a masacres y asesinatos violentos a lo largo del país, y así mismo, la exclusión del liberalismo del poder, a partir del establecimiento de condiciones para la continuidad de los conservadores, así como la persecución por parte de las fuerzas policiales a quienes se opusieran al Gobierno, recrudeció las situaciones que se habían presentado, dando paso a

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

grupos armados ilegales y estructurados (Guzmán, Fals & Umaña, 2006). Se calcula para la época, hubo mínimo de 200.000 personas muertas, y junto con ello, dado que la violencia se presentó con más fuerza en municipios que tenían como centro común la capital (mapa), se dio paso a la llegada a Bogotá de aproximadamente 60.000 personas desplazadas hasta 1953. Esta cifra creció con el paso de los años y la continuidad de la violencia, lo cual constituyó un aumento sin precedentes en el número de habitantes de la ciudad, y determinó desde esa época los modos de ocupación de la misma (CNMH, 2015; Guzmán, Fals & Umaña, 2006).

Junto con la llegada a las principales ciudades de población desplazada por la violencia, que para la época se entendía como exiliada o migrante, se vivió un periodo de fuerte despojo de tierras, y se llegó a 393.648 parcelas tomadas a la fuerza, lo que dio como resultado que muchos campesinos resolvieran abandonar sus propiedades y buscaran suerte en la ciudad. Así se inició una reconfiguración de la estructura predominantemente rural con la que contaba el país para el siglo XX (CNMH, 2015).

El periodo de violencia descrito sufre una transformación a partir del acuerdo realizado entre el partido liberal y el conservador y que dio paso al Frente Nacional en 1958, pacto que se mantuvo hasta 1974. El acuerdo estuvo centrado en la alternancia en la presidencia del país y la repartición equitativa de los demás puestos gubernamentales. Sin embargo, las muestras de violencia permanecieron en los departamentos (Sánchez, 1988), y así mismo, la concentración del poder en los dos partidos tradicionales dio paso a una reacción por parte de los movimientos políticos más pequeños que hacían presencia en el país y dieron paso a la conformación de grupos subversivos, lo cual configuró un nuevo escenario violento (GNMH, 2015; Ayala, 1996).

El surgimiento de fuerzas resistentes al modelo de gobernabilidad instaurada se veía apoyado por sectores de la población que veían el modo en que el establecimiento del Frente Nacional no daba respuesta a las problemáticas de propiedad y tenencia de la tierra que habían surgido en la violencia; incluso se crearon mecanismos como la Comisión especial de Rehabilitación, que perpetró dicha problemática al no reconocer que muchos de los terrenos que se encontraban habitados para la época se los habían quitado a sus dueños legítimos por medio de actos violentos, y se había legitimado la apropiación por parte de sus nuevos dueños (Sánchez, 1988).

Debido al crecimiento y fortalecimiento de las nuevas fuerzas armadas en el marco de la insurgencia, se estableció desde el gobierno un proyecto de pacificación que buscaba aplacar por medio de acciones militares las acciones de los grupos subversivos en el marco de una doctrina anticomunista. Dicha situación dio paso

a la consolidación del conflicto armado por medio del surgimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) (CNMH, 2015; Ayala, 1996).

El fortalecimiento y expansión de las guerrillas de izquierda en zonas en las que se habían asentado campesinos desplazados y en varios espacios desolados del país hizo que, en el marco de la Doctrina de Seguridad Nacional (estrategia amparada por Estados Unidos y centrada en acciones anticomunistas en línea con los sucesos de la Guerra Fría) se crearan asociaciones de civiles armados. Éstos se convirtieron en los primeros grupos de autodefensa del país, precursores de los grupos paramilitares que aparecerían años después. En ese contexto surgió también el Ejército Popular de Liberación (EPL) como una tercera guerrilla con presencia y relevancia en varios departamentos del país.

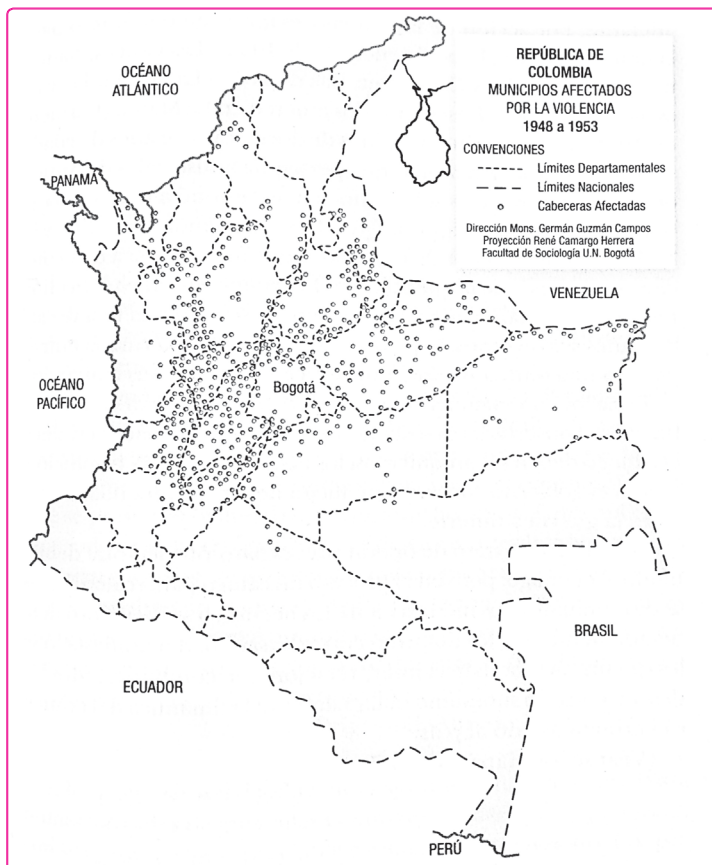


Figura 3. Municipios afectados por la violencia 1948-1953

Fuente: Guzmán, Fals & Umaña (2016, p. 115)

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

Llegando al final del periodo de existencia del Frente Nacional y como respuesta al gobierno ilegítimo de Misael Pastrana (a raíz de la creencia popular en un fraude electoral), para el año 1970 se creó el Movimiento 19 de abril (M-19), que luego de intentar constituirse como movimiento político, devino en grupo armado con presencia en varias ciudades. Las dinámicas de enfrentamiento de las guerrillas y grupos insurgentes dio paso a que, de forma colateral en cada territorio atacado por las fuerzas militares y los grupos de autodefensas, se vieran afectados integrantes de la sociedad civil, quienes utilizaron el desplazamiento como estrategia para sobrevivir, y se instalaron primordialmente en sectores como San Vicente del Caguán y el Magdalena Medio (CNMH, 2015).

Una vez finalizado el Frente Nacional a principios de los setenta, el país se encontraba en una crisis institucional, con presencia de diversos grupos guerrilleros por el territorio y problemas en torno a la tenencia de la tierra y carencia de políticas agrarias que permitieran procesos de restitución a los dueños legítimos y reconocimiento del despojo y el desplazamiento. En el marco de dicha situación surgieron los cultivos ilícitos y junto con ellos el narcotráfico, como fenómeno que irrumpió y dinamizó un panorama de por sí complejo que llevó a una modificación en el uso de la tierra, las estrategias económicas y un recrudecimiento en el conflicto armado existente, que además del carácter primordialmente político se complejizó con la configuración de intereses socioeconómicos.

A lo largo de los años setenta, todos estos factores hicieron que diversos territorios se establecieran como espacios estratégicos en relación con procesos de producción y distribución de narcóticos, lo que causó nuevas oleadas de desplazamiento forzado en las zonas rurales. Sin embargo, en los años ochenta el desplazamiento forzado como expresión del conflicto armado interno llegó a su cúspide:

A pesar de las devastadoras experiencias de los procesos de éxodo, despojo y reconfiguración del campo durante la época de la violencia y el Frente Nacional, el desplazamiento forzado adquiriría dimensiones nunca antes registradas y se convertiría en un mecanismo cotidiano en la “dinámica general de la violencia” (Sánchez, 2012). Sin duda alguna, la huida forzada de miles de familias y comunidades constituye la principal crisis humanitaria en Colombia, que evidencia la degradación de las violencias, la intolerancia y la incapacidad de resolver los conflictos por vía pacífica (CNMH, 2015, p. 56).

Es posible evidenciar el modo en que los procesos de desplazamiento forzado han sido una de las consecuencias permanentes en las violencias acontecidas en el país, llevando recurrentemente a ejercicios de ordenamiento territorial,

a partir del surgimiento de nuevos latifundistas que se apropian de tierras que quedan vacías luego de que sus habitantes huyen para salvaguardar sus vidas; y así mismo, del crecimiento demográfico de diferentes espacios, principalmente las ciudades, que albergan sin ningún tipo de previsión a habitantes que llegan sin pertenencias ni opciones de subsistencia.

Como se mencionó anteriormente, este panorama histórico sirve como marco de contextualización que permite un acercamiento a las prácticas de migración acontecidas en las primeras épocas de poblamiento de Naciones Unidas y Jerusalén, donde si bien sus primeros habitantes no responden, por lo menos la mayoría, a procesos de desplazamiento forzado, sí provienen de otras ciudades y municipios del país en los que históricamente la transición hacia la ciudad ha constituido un elemento cotidiano fruto de las dinámicas expuestas, perpetrando la idea de que en la metrópoli existen más garantías y posibilidades de surgir y tener un buen vivir, frente a las condiciones adversas que puedan surgir en sus entornos próximos.

Esta herencia de la violencia, en la que los procesos de migración se ven como normales, se complementa con los avances de industrialización y las ideas de desarrollo, en las que además de verse la ciudad como un entorno seguro, se reconoce como un centro productivo y en crecimiento económico, por lo cual constituye una puerta para la estabilidad económica que no se garantiza en las zonas rurales, de manera que muchos sujetos inician el recorrido a la ciudad tras la ilusión de progreso.

Tras la ilusión de progreso

De forma paralela a las dinámicas de violencia experimentadas en el país, acontecían diversos sucesos económicos y sociales que, sumados al desplazamiento y la muerte, determinaron la migración interna en Colombia. Esto se equipara con los discursos que hicieron eco a lo largo de Latinoamérica en torno a los beneficios de formar parte de la industrialización y el crecimiento económico de los países, que para el caso de Colombia se concentraba en las principales ciudades, y para el siglo XX, con gran énfasis en Bogotá, de manera que a mediados de los años sesenta se inició un proceso de colonización urbana (Torres, 2014) que se vio impulsado por mejoras en servicios como la salud y la educación, concentrados en áreas urbanas y pocas regiones. Así mismo, el crecimiento demográfico que se presentaba en el país en relación con el poco descenso en la fecundidad desde hace más de una década. Esto generó políticas de poblamiento que, sin esperarse, desembocaron en movimientos de invasión y apropiación territorial (Martínez, 2003).

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

Junto con ello, en la misma época ocurrió un crecimiento inusitado de los sectores económicos del país, lo cual incrementó el empleo y el requerimiento de mano de obra en sectores urbanos para la manufactura, la construcción y diversos servicios; de manera que la población migrante se veía favorecida al tener posibilidad de ejercer labores que le permitían vincularse a los sistemas productivos, y en línea con ello, a diversos servicios propios de la vida en la ciudad (Castañeda, 2014).

Es relevante establecer de qué modo el mejoramiento en los servicios sociales como la educación y la salud, así como las posibilidades de vinculación en procesos laborales por parte de sujetos inmigrantes en Bogotá, gracias a la expansión de sectores de actividad económica, acontecieron de manera más fuerte en la década de los sesenta, lo que hizo que la ciudad se fuera consolidando como espacio de interacción de sujetos de diversas partes del país; sin embargo, para la época aún no se iniciaban los procesos de asentamiento en los lugares que aquí se abordan, a saber, Naciones Unidas y Jerusalén.

Por lo anterior, es importante tener presente que si bien existían procesos de migración interna a la ciudad con un nivel relativo de éxito, ya que un porcentaje de los sujetos que llegaban contaban con condiciones que les permitían subsistir, eso no brinda explicaciones directas frente al poblamiento de la periferia desde los años setenta a los noventa, pues las dinámicas en torno a la recepción de migrantes afrontaron cambios y, dado el vasto crecimiento de la población para los años sesenta, las posibilidades de vinculación laboral y los servicios sociales se vieron reducidos, de manera que si bien los fenómenos de migración seguían ocurriendo, incluso con más fuerza, producto de lo acontecido en los sesenta, los nuevos habitantes se veían relegados a ubicarse en las zonas periféricas y vivir en condiciones adversas. Incluso muchos de los habitantes que poblaron los sectores aquí estudiados, provenían de otras partes de Bogotá, pero al no tener acceso a los beneficios mencionados, se instalaron en los extremos de la ciudad.

El traslado hacia la ciudad con una idea de progreso no siempre logró concretarse y en muchos casos consistió en iniciar de cero la consolidación de un lugar habitable, la creación de redes de apoyo y el establecimiento de nuevas rutinas y expectativas. En el marco de esa misma idea de progreso y ante la imposibilidad de surgir económicamente en sectores centrales de la ciudad, muchos prefirieron trasladarse a las periferias para contar con espacios propios y disminuir los gastos económicos que debían realizar. En este marco, otros encontraron en las organizaciones criminales y las bandas delincuenciales una posibilidad para sobrevivir, y sus acciones marcaron un cambio en los procesos de sociabilidad y consolidación de lugares como Ciudad Bolívar.

Capítulo 2: Inseguridad y acción colectiva

Según los relatos de los abuelos muiscas de Cota y Suba, el territorio que hoy día abarca Ciudad Bolívar en la época de nuestros ancestros, antes de la invasión española, era una de las zonas a donde se expulsaba a aquél que se portaba mal; su comunidad lo mandaba a las montañas a purgar su castigo. Por eso creen que cuanto más arriba de las montañas de Ciudad Bolívar se viva, la vida les ...tendrá a sus habitantes pruebas más duras (Suárez Obando Citada por Mendoza Chadid, 2009).

En el primer capítulo se hizo un acercamiento a los modos en que se asentaron los primeros habitantes de Ciudad Bolívar en la localidad; se expuso un panorama general de elementos compartidos, como la existencia histórica de haciendas que componían el territorio, y los procesos organizativos para la consecución de elementos básicos para la vida, entre otros. A su vez, se especificó el modo en que esto ocurrió para los sectores de Naciones Unidas y Jerusalén, evidenciando que cada espacio cuenta con dinámicas particulares en lo que refiere a momentos y modos de llegada, así como a las modalidades de asentamiento, organización y formas de acción social para el acceso al suelo urbano.

Junto con ello, se elaboraron marcos comprensivos en los que, por medio de un recuento de las olas históricas de violencia acontecidas en el país, los ejercicios de desplazamiento forzado y migraciones internas, así como el crecimiento industrial ocurrido en las zonas urbanas, es posible acercarse a las motivaciones y configuraciones generales que llevan a que sujetos provenientes de diversas regiones del país lleguen a la periferia de Bogotá tras una idea de progreso en términos económicos.

Para los primeros años de la década de los ochenta, en ambos sectores, si bien se vivía con una serie de necesidades en lo que refiere a la prestación de servicios y algunas carencias sociales, se evidencia que, en general, las condiciones de seguridad y convivencia permitían que la experiencia de vida en la localidad fuera agradable, en la medida en que los esfuerzos de construcción

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

de los espacios permitieron establecer vínculos que fueron dando forma a la consolidación de comunidades organizadas que, además de una historia común, contaban con expectativas compartidas y la posibilidad de concretarlas a partir del trabajo mancomunado.

La llegada de una segunda ola de habitantes a la localidad, y específicamente a los sectores mencionados, constituye un punto de quiebre en los modos de sociabilidad y el ejercicio de consolidación de los territorios; por una parte, debido a la irrupción de nuevos sujetos en entornos que ya contaban con marcos sociales establecidos, y por otra, a raíz de que la ciudad se iba convirtiendo en un escenario de actuación de grupos de delincuencia común y crimen organizado, los cuales encontraron en las periferias, en un primer momento, un resguardo, y posteriormente en varios casos, centros de operación. A continuación, se amplía el panorama de los procesos de criminalidad que se presentaron en la localidad para la época, y se relaciona con el relato de los segundos habitantes, para finalmente generar aproximaciones sobre el papel de los tierreros en la constitución de los territorios y las acciones colectivas llevadas a cabo desde las comunidades para la exigencia de derechos.

Delincuencia y criminalidad: un punto de quiebre

Bogotá ha sido escenario de múltiples hechos que componen la historia de la violencia en Colombia, los cuales han estado mediados por el crimen organizado, entendido como lugar de expresión de los conflictos sociales, políticos y económicos del país, que encuentran otro lugar de expresión en la ciudad, en la que los límites entre dicho crimen y la delincuencia común, se fragmentan y funden, haciendo de la criminalidad urbana un producto de la mixtura entre la violencia histórica y la irrupción de nuevas formas de violencia y nuevos actores que la dinamizan:

(...) son dos los factores que modifican el escenario de la criminalidad y la delincuencia en Bogotá: las migraciones y desplazamientos de los años cuarenta y cincuenta como consecuencia de la violencia política; y más adelante, en los años sesenta y setenta, la llegada de personajes vinculados con la guerra esmeraldífera en el país (Fundación Ideaspaz (FIP), 2013, p. 8).

Para los años setenta, la ciudad empezó a crecer urbanísticamente, dada la cantidad cada vez más grande, densa y precipitada de población que desplazó las lógicas de una ciudad pequeña y en crecimiento paulatino en lo que se entendía el territorio. “La situación y problemática social de los nuevos habitantes urbanos se convirtió en sueño y frustración para muchos, pero también en amor y perversión, desigualdad y oportunidad” (Jiménez,

2009, p. 40). Este crecimiento urbanístico se dio sin planeación por parte de la administración distrital, en medio de un encuentro de pobladores iniciales caracterizados por un gran lugar de tradición rural, con una ciudad urbanizada de manera incipiente y unos pobladores nuevos para quienes la urbanización era sinónimo de progreso y mejoramiento de la calidad de vida, pero que llegaron a construirla en un marco de desconocimiento del otro:

En este proceso de “hibridación cultural”, entre lo tradicional y lo moderno, los nuevos pobladores de las urbes tuvieron que adaptarse, y se originó con el tiempo un nuevo tipo de cultura urbana que tomó cuerpo en la generación de jóvenes de los años ochenta y noventa. Esta generación sería la principal afectada por el fenómeno de la violencia y la criminalidad, situaciones que comenzarían a caracterizar parte de la cotidianidad de las grandes ciudades colombianas, desde ese periodo, y que se expresaría en la tendencia a aumentar la tasa de homicidios (Jiménez, 2009, p. 40).

Apareció también el lugar de los esmeralderos, como mafias que surgieron en las décadas de los sesenta y setenta consolidando formas de organización jerárquica y de guerra interna por el control del negocio, promoviendo el uso de armas de fuego y, más adelante, prácticas como el sicariato ligado a los ajustes de cuentas; esto también sucedió con monopolios que se conformaron en la Central de Abastos en torno a productos agrícolas (Rodríguez, 2016).

Para la década de los ochenta, el narcotráfico llegó a la ciudad dada la expansión de Cartel de Medellín, y con esto se empezaron a dar enfrentamientos entre éste y los comerciantes esmeralderos, y de manera paralela, entre el Estado y las maquinarias del narcotráfico, que se tradujeron en diversas formas de criminalidad en el contexto de lo público, como los atentados con bombas, homicidios selectivos y magnicidios.

Lo anterior contribuyó a la formalización y extensión de prácticas como el contrabando, el lavado de dinero y el expendio de sustancias psicoactivas al menudeo. Esto se tradujo en un aumento de homicidios en la ciudad para los primeros años de la década de los noventa, lo que se puede relacionar de manera directa con la expansión del Cartel de Medellín (FIP, 2013). Rodríguez (2016) hace referencia a diversas formas de organización del crimen. Las más sofisticadas estaban relacionadas con el comercio que cuentan con grupos armados para garantizar su seguridad, y las “bandas de residencia” que, aunque no eran tan sofisticadas, sí tenían cierta jerarquía y sus acciones estaban más relacionadas con el expendio de drogas, la extorsión y el hurto.

Por otra parte, y aunque más difícil de caracterizar desde su lugar en la ciudad, también aparecieron guerrillas de izquierda como el M-19, las FARC y ELN en

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

Bogotá, asentadas principalmente en las periferias de la ciudad, pero desarrollando acciones que tenían impacto y sucedían en el centro de la capital. El proceder de estos grupos fue visible de manera considerable hasta los años noventa, principalmente, cuando los homicidios en Bogotá se incrementaron (Rodríguez, 2016) en barrios de la periferia, de manera más evidente en el sur, donde persisten focos de violencia y acciones delictivas, en barrios de las localidades de Ciudad Bolívar, San Cristóbal, Usme, Rafael Uribe, Kennedy, Engativá y Suba, en los que para esa época también aparecieron grupos paramilitares que empezaron a hacer frente a las milicias urbanas de las FARC, desde la ejecución de masacres, asesinatos selectivos y acciones de limpieza social (CNMH, 2013).

Teniendo en cuenta que en los barrios de la periferia era común la presencia de sujetos armados, dada la posesión de hecho de los terrenos y las ventas de éstos de manera ilegal, en los años noventa empezaron conformarse grupos dedicados a la limpieza social que se visibilizaban como pactos entre las redes delincuenciales de Bogotá y los paramilitares de los Llanos Orientales, y fueron producto de los vínculos entre el narcotráfico y los esmeralderos (Rodríguez, 2016; FIP, 2013).

Los grupos paramilitares, también hicieron presencia en sectores comerciales como los de San Andresito, Corabastos y los mataderos; zonas de talleres y bodegas en los barrios Siete de Agosto, Las Ferias y Patio Bonito; y sectores de comercio como El Restrepo y la Plaza España, donde se instaló una maquinaria de delincuencia organizada, cuya operación incluyó la extorsión, el hurto de automotores, residencias y personas, y el comercio de sustancias psicoactivas (FIP, 2013).

En este orden de ideas, se puede entrever que la acción de los esmeralderos en Bogotá, influyó en gran medida, en la conformación y transformación de las bandas criminales de la ciudad, así como en la exclusión social que llevan a que la pobreza esté concertada geográficamente en la periferia, pero actúe hacia el centro, que es donde está concentrada la riqueza. Esto facilita y caracteriza las formas de delincuencia urbana en Bogotá (Jiménez, 2009).

Jiménez (2009), hace referencia al caso de Ciudad Bolívar, donde la presencia del Estado se vio acompañada de experiencias que contemplaban la limpieza social, y las víctimas y victimarios terminaban siendo principalmente jóvenes que, dados los cambios culturales derivados de la llegada del nuevo milenio, empezaban a abandonar el nicho de la familia tradicional y a organizarse en "parches" que en algunas ocasiones terminaron migrando a la conformación de bandas delincuenciales, atravesadas por el ya recorrido camino de la acción de milicias paramilitares, militares y subversivas. Este autor retoma el dato de

casi medio millón de jóvenes asesinados violentamente en esta localidad entre 1990 y 1993, que quedaron sin respuesta judicial por parte del Estado.

La gota que rebasó el vaso fue la masacre de 12 personas, con revólver y armas automáticas, ocurrida el 25 de julio de 1992 en el barrio Juan Pablo II. El “delito” que estaban cometiendo era estar sentados en una esquina del barrio cercana a sus respectivas casas. Todo por reunirse con el “parche”, todo por “parchar”- (Jiménez, 2009, p. 47).

Retomando un estudio sobre la delincuencia juvenil en Bogotá, que realizó la Fiscalía General de la Nación (FGN) en 1994, Becerra (2009) explica la diferencia entre una gallada, un parche y una banda, sustentada en la organización interna desde la intencionalidad delictiva que implica la acción de estas formas organizativas. La gallada se caracteriza por la agrupación sustentada en formas básicas de supervivencia, en las que aparece la figura del “ñero” y del habitante de la calle; el “parche” tiene unas intencionalidades de agrupación más definidas que pueden desarrollar actividades delictivas circunstanciales, pero también otras de carácter cultural y de ocio productivo; en cambio la banda es una organización con fines delincuenciales claros, relacionados con el lucro y con una organización jerárquica definida (FGN, 1992 en Becerra, 2009). Jiménez (2009) afirma que en Ciudad Bolívar se dio un tránsito de algunos parches que terminaron convirtiéndose a bandas delincuenciales.

Como se describió anteriormente, la organización de jóvenes en parches y pandillas también fue eje de estigmatización y blanco de gran número de homicidios por parte de estructuras criminales al servicio de grupos paramilitares, como parte de limpiezas sociales o ajustes de cuentas entre estructuras criminales. Esto fue algo común en localidades de la periferia bogotana, principalmente en Ciudad Bolívar (Jiménez, 2009; FIP, 2013). De igual modo aparece el expendio y consumo de estupefacientes, como lugar de encuentro de las acciones delictivas desarrolladas por las pandillas y parches, así como por redes y estructuras criminales más organizadas, y como explicación para las grandes tasas de homicidios de la década de los noventa en la ciudad, principalmente en barrios de la periferia.

En este sentido, se puede entrever que las formas de criminalidad en Bogotá, tienen un lugar de expresión y complejidad en Ciudad Bolívar, donde se entrecruzan lugares históricos en los que aparecen la exclusión y la segregación social desde la división geográfica de sectores localizadores de miseria, la falta de presencia del Estado y, con todo esto, la construcción de estigmas sociales hacia la pobreza, con los que se ha valorado esta localidad como nicho de delincuencia (Rodríguez, 2016).

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

De acuerdo con esta lógica y en ese contexto de violencia urbana, compuestos por la relación entre el crimen organizado y la delincuencia común, que tuvieron un crecimiento leve en los años sesenta y setenta, además de la expansión y aumento en su intensidad y consolidación desde los ochenta, es posible realizar un acercamiento a la experiencia de los que aquí se denominan “segundos habitantes”, entendidos como aquellos sujetos que llegaron a las zonas de Naciones Unidas y Jerusalén después de los grupos que le dieron forma al territorio y lo dotaron de servicios, infraestructura, lógicas de poder y convivencia.

Se liga a dichos segundos habitantes con las dinámicas, no necesariamente porque sean actores que posibiliten las prácticas de violencia y criminalidad, sino porque su llegada a los sectores trabajados se ve determinada por ese tipo de contextos y contrastes. Una vez que los primeros habitantes generaron procesos para hacer habitables los espacios, en donde paralelamente hubo un crecimiento regulado de familias tanto en Naciones Unidas como en Jerusalén, ambos lugares comenzaron a ser cada vez más visibles para diversos actores. Entre ellos se encontraban sujetos que integraban las diversas formas de delincuencia y crimen, quienes hallaron en los sectores refugios que contaban con una ubicación estratégica en la periferia de la ciudad, a lo que se sumó una presencia nula del Estado, lo cual ampliaba las posibilidades organizativas y de acción. La llegada de segundos habitantes dentro de ese contexto se aborda a continuación.

Segundos habitantes

Debido a la gran extensión de la localidad de Ciudad Bolívar (13.000,3 hectáreas), hay dificultad para definir una fecha concreta de asentamiento, tanto de los primeros habitantes, como de los grupos que llegaron posteriormente. Como se ha mencionado, los primeros espacios en poblarse fueron aquellos más cercanos al río Tunjuelo, pues constituyen las zonas más planas de la localidad, que cuentan con facilidades para el acceso en términos de distancia y movilidad. Sin embargo, los espacios que nacieron desde ese punto hacia los límites más altos del lugar tuvieron surgimientos esporádicos.

La situación mencionada es evidente al observar que mientras los procesos de división de la tierra en la Hacienda La María ocurrían en los primeros años de la década del setenta, en las haciendas Casa Blanca, Arborizadora Alta y Sierra Morena ocurrían iniciando los años ochenta. Esto generó que al hablar de primeros y segundos habitantes se debiera tener la claridad de que, debido al contexto nacional y distrital que se ha venido elaborando, las dinámicas en cada espacio acontecieron de modos distintos, lo cual, si bien se pudo ver en el capítulo anterior (y se ahondará en el tercero), será más evidente al abordar el modo en que llegaron los segundos habitantes.

A continuación, se retoma la llegada de los segundos habitantes para Naciones Unidas y Jerusalén, y se muestra un panorama general en torno a su arribo, las condiciones de vida en las que habitaron los primeros años, caracterizadas en general por situaciones adversas en torno a intentos por ser despojados de sus viviendas, y una atmósfera de violencia e inseguridad. Junto con ello, se hará énfasis en los fenómenos particulares que acontecieron en los territorios y que permiten generar una comprensión más profunda de las prácticas acontecidas en línea con el avance en los procesos de poblamiento que venían ocurriendo años atrás.

Naciones Unidas

A lo largo del libro se ha entendido a Naciones Unidas y a Jerusalén como sectores y no únicamente como barrios. En el caso de Jerusalén, se mencionó que entre el primer sector, conocido como Jerusalén (nombrado luego de los años ochenta), y el barrio homónimo constituido en la actualidad, existe una gran diferencia, por lo cual Jerusalén hace referencia a esa congregación de sectores que en la primera época de asentamiento se agrupaban como un solo espacio. Así mismo, el caso de Naciones Unidas es entendido como sector no porque los límites del barrio hayan tenido modificaciones significativas en el tiempo, sino porque su proceso de surgimiento y expansión no estuvo focalizado únicamente en un barrio, sino que los sectores aledaños fueron surgiendo posteriormente, a raíz de la llegada de las primeras familias al lugar.

Dentro de los sectores habitados en los ochenta se encuentra lo que hoy se conoce como el barrio La Cumbre, que aún formaba parte de las propiedades de la familia Reyes Patria (Hacienda La María). En dicho sector no se habían desarrollado adelantos en relación con la constitución de vivienda en los setenta, tal como aconteció en los sectores Chaparro y Santa Rosa, que conformaron Naciones Unidas y que para la época ya tenían espacios consolidados para vivir. Al contrario, al barrio La Cumbre, ubicado aproximadamente a 200 metros de distancia, llegaban sujetos que iniciaban desde cero la consolidación de los espacios, pero con condiciones muy diferentes a las primeras personas que habitaron el sector.

Al constituirse como un lugar habitado, con algunos servicios públicos y una comunidad establecida, el sector de Naciones Unidas comenzó a ser reconocido como un nuevo barrio de la localidad, lo que dio paso a que los sectores aledaños comenzaran a ser vistos como espacios que también podían ser habitados, pero que no se habían vendido y aún conformaban la antigua Hacienda La María, propiedad de la familia Reyes Patria, que no tenía presencia en la zona. En el marco de dicha situación, fueron los tierreros quienes se encargaron del proceso de urbanización, por medio de acuerdos con los cuidadores del lugar en el marco de la ilegalidad.

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

...nosotros nos reuníamos a relacionar con el hombre, que camine, que bajito de precio. Él mantenía con un tipo que llamaba Salvador Benítez, finado, y un tal Leonidas Buitrago; ellos hicieron un chanchullo con otro que se llamaba Manuel Moreno. Esos tres tipos son lo que llamamos hoy en día “abejas”, los tales tierreros, que cogen a un grupo de personas, las meten a un terreno y les hacen una promesa de venta (Novoa, R. Comunicación personal, 19 de junio de 2018).

Con ese accionar se comenzaron a poblar los sectores aledaños como La Cumbre, donde, al igual que los primeros habitantes, llegaban en un inicio personas en busca de progreso, con el objetivo de contar con una vivienda propia y además, aprovechando los precios bajos que ofrecían los urbanizadores piratas. No fue sino hasta mediados de los ochenta cuando comenzaron a llegar con gran intensidad al sector personas desplazadas por la violencia, e integrantes de organizaciones criminales, lo que dinamizó el fenómeno de delincuencia común.

En un inicio se ubicaron cerca de treinta familias en la zona. Todas les habían comprado sus lotes a los tierreros, y habían construido viviendas en paroi, latas y tejas. Dichas construcciones serían reorganizadas años después, en los procesos implementados en la construcción de vías para el barrio, pues la repartición de lotes en un inicio se realizó sin ningún tipo de planificación, tomando como único margen el borde de una quebrada que pasaba en la zona, la cual se bautizó posteriormente como “El Infierno”.

El panorama de llegada al sector no distaba mucho de los descritos para otros espacios y momentos en la localidad: lotes vacíos, sin servicios básicos, con un entorno que tendía más a una conformación rural que urbana, no apto para la habitabilidad humana, por lo menos de forma inmediata. De esta forma, para realizar actividades como el lavado de ropa, debían llevar las prendas adonde conocidos, en la parte más baja o más alta de la localidad, y allá limpiarla para regresarla con mayor peso, a secar en sus viviendas. Así mismo, en ocasiones llegaban particulares con carrotanques, lo que ocasionaba multitudes de habitantes con diferentes envases en los cuales llevar el recurso.

Frente a la ausencia de agua, alcantarillado, luz, gas y transporte, las experiencias previas para la consecución de servicios por parte de los primeros habitantes de Naciones Unidas fue un precedente que permitió que el primer paso fuera la organización de una junta de vecinos en la cual, sin saber de procesos comunitarios, comenzaron a gestarse las acciones para hacer surgir el barrio (Novoa, R. Comunicación personal, 19 de junio de 2018).

El ejercicio organizativo se constituyó en un lugar de encuentro poco estructurado en el que se hablaba sobre las necesidades del lugar y las posibilidades de suplirlas.

Al reconocer la ausencia del Estado y la falta de recursos de los habitantes, el contrabando se estableció como la posibilidad más inmediata por medio de la cual era posible tener condiciones básicas para la vida: “Por ahí tengo unas constancias de un sacerdote que nos regaló los primeros metros de manguera y los primeros metros de aluminio; para nosotros ese era un personaje, eso valió (mucho) plata” (Novoa, R. Comunicación personal, 19 de junio de 2018). Así mismo, para suplir el sistema de alcantarillado llevaron tubos desde fábricas, los fijaban en un lugar específico y desembocaban en la quebrada. Varios habitantes conseguían ladrillos en chircales cercanos, o bloques de cemento y mejoraban las estructuras de sus casas.

En medio del proceso de mejoramiento de las viviendas, y la gestión de los servicios, en el barrio La Cumbre hicieron presencia los propietarios legales del lugar, quienes luego de percatarse de la situación de invasión planeada por los tierreros, comenzaron a generar acciones legales para recuperar los terrenos. Para la época, los habitantes del sector aún pagaban cuotas a quienes les habían vendido ilegalmente los espacios, ya que no contaban con los recursos para hacer una compra de contado. En el momento en que llegaron los dueños de las tierras, los habitantes no tenían más patrimonio o recursos que los que habían podido construir en los lotes adquiridos, por lo cual la negativa ante una primera solicitud de desalojo de los espacios fue rotunda y generalizada (Novoa, R. Comunicación personal, 19 de junio de 2018).



Figura 4. Barrio La Cumbre. Quebrada El Infierno (2018)

Fuente: Andersson Lizarazo

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

Como respuesta a la negativa de los habitantes, se propició la instauración de demandas por la ocupación del espacio, lo que dio paso a la realización de inspecciones por parte de la policía para establecer las condiciones del terreno y tomar acciones al respecto. Al ver la situación, varios habitantes les hicieron ofertas de compra a los dueños del lugar, sin que ello generara resultados en un principio. De forma paralela, dado el crimen organizado que hacía presencia en la ciudad, era habitual que integrantes de grupos guerrilleros recorrieran la zona, sólo deambulando por el lugar o brindando algún tipo de apoyo a los habitantes.

Bueno, cuando pasa lo de Gustavo Reyes, el M-19 atracaba carros llenos de leche en los barrios, robaban y llamaban a la gente. ¿A quién no le va a gustar eso? A todo el mundo le gusta, usted va y roba y me llama a mí: tome de lo que estoy robando, hagan fila y ahí, "Cuidadito, que esto es un atraco porque mire que estoy robando leche, estoy robando arroz" y tome, tome, tome. ¿A quién no le va a gustar? Eso no se debe hacer porque eso es delincuencia, es una guerrilla organizada, pero bueno. (Novoa, R. Comunicación personal, 19 de junio de 2018)

...otra cosa era que a veces amanecía minado esto de guerrilleros, gente de botas y camuflados y de pasamontañas y fusiles. Tocaba más bien no mirar la gente; uno no sabía si por mirarlos de pronto, bueno... Otras veces uno los veía por esa loma con ollas. ¿De dónde la cogieron? No se sabe, simplemente había leche por ahí pa' todo el mundo y la gente aprovechaba. Eso cogían, creo que era los tanques, y repartían en ollas y en canecas; a mí en dos ocasiones me regalaron, me trajeron acá leche unos muchachos y uno pues aprovechaba a la final, para los niños y eso, y para uno mismo (Ramírez, M. Comunicación personal, 18 de junio de 2018).

Algunos habitantes, al no tener recursos para contratar abogados que los representaran, establecieron contacto con integrantes del M-19 por medio de estudiantes universitarios que conocían la situación de la zona, lo anterior, con el fin de ser asesorados, pues sabían que aparte de la lucha armada, generaban apoyo en el marco de lo político a las comunidades (Novoa, R. Comunicación personal, 19 de junio de 2018). Frente a la solicitud, los mismos estudiantes generaron acompañamiento, estableciendo que el primer paso, antes de pensar en otras acciones, consistía en acogerse a la normativa y los procedimientos legales, todo en el marco del derecho a la vivienda, por lo cual se procedió a interponer querellas por parte de varios habitantes, lo cual hizo contrapeso a las demandas interpuestas por el abogado que representaba a la familia Reyes, pero que sin embargo no era suficiente ante las evidencias legales existentes.

Ante la situación, se acudió al Instituto de Crédito Territorial, donde se realizó un proceso investigativo de venta de los terrenos. Allí se encontró un desprendible de escritura que no era verídico, en el que se registraba la venta de una parte del terreno a Salvador Benítez. El desprendible había servido de soporte a los

tierreros para demostrar su titularidad y así mismo, poder realizar la venta de los lotes. De esa forma se configuró una situación en la que, por una parte, los compradores de los lotes dejaban de ser vistos como invasores, ya que se habían comprobado las particularidades del proceso de venta, y así mismo, se reconocía que los propietarios legales del terreno tenían derecho sobre el mismo, por cuanto nunca lo habían vendido o entregado a otra persona.

Si bien dicha situación arrojó una serie de claridades, no brindó una solución, pues cada una de las partes contaba con argumentos para la posesión del espacio, de manera que se incrementó la confrontación. Por parte de los habitantes del espacio, y aun con asesoría de estudiantes universitarios, comenzaron a surgir modos de apropiación del lugar, por medio de actividades comunitarias en el espacio público y con mayor organización cuando se sabía que iban a haber inspecciones por parte de investigadores o policías como parte de procesos legales solicitados por los dueños del terreno.

Por otra parte, sobre los habitantes recaían demandas por ocupación de hecho, argumentando que se instalaron en un terreno que no les pertenecía. Se demandaba a los habitantes, quienes argüían que habían sido compradores de buena fe. En medio de dicha disputa, el punto de encuentro entre las dos partes fue la venta de los terrenos a quienes se encontraban viviendo en ellos, de manera que, por medio de préstamos, venta de pertenencias y diferentes estrategias, varios de los habitantes lograron realizar la compra a dueño legal:

El finado antes de morir hizo un promedio de 50 escrituras, y se muere el hombre y más de la mitad del barrio no tiene escritura. Ya ahorita no se habla de invasores, ya ahorita no se habla de compradores de buena fe ahorita se habla es: - tengo una posesión en este terreno y usted tiene deber por ley de hacerme la escritura. Y ¿Quién es usted? Pues el Estado. Entonces, le dice el Estado - ¿Yo porque le voy a hacer escritura?, si nosotros no estamos autorizados. Dice: -porque tengo Codensa, porque tengo acueducto, tengo internet, tengo esto y esto... (Novoa, R. Comunicación personal, 19 de junio de 2018)

28 familias fueron las primeras en poblar el barrio La Cumbre para el inicio de los años ochenta. En la actualidad son cerca de 200, las cuales llegaron de manera paulatina. El proceso ocurrió de la misma forma en el barrio Naciones Unidas y en todo el sector en general, estas dinámicas, sin embargo, acontecieron en la medida en que la localidad y el mismo sector experimentaba cambios profundos en relación con las formas cotidianas de sociabilidad en lo público, de crecimiento demográfico, de presencia de microtráfico y crimen organizado; así como de toda una serie de elementos que configuraron un punto de quiebre para la localidad. Algunos se abordan en el siguiente apartado y otros en el capítulo final.

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

Jerusalén

Para la época en que el sector de Naciones Unidas contaba con una serie de elementos ganados y construidos mancomunadamente por parte de las primeras personas que habitaron el lugar; en el sector de Jerusalén apenas se comenzaban a delimitar los lotes que serían vendidos a aquellos sujetos que llegaron como primeros habitantes, y que hasta ahora comenzarían a pensarse dichas acciones. Junto con ello, la llegada de una segunda oleada diferenciada pobladores fue algo más evidente en Naciones Unidas, pues se veía una clara ruptura entre la forma en que llegaron los fundadores del barrio y entre quienes comenzaron a asentarse en los espacios aledaños luego de comprarle a tierreros. En Jerusalén por su parte, la segunda llegada de pobladores no supuso un contraste significativo, ni en el modo de llegada, de asentamiento o relacionamiento con el lugar.

La primera mitad de la década de los años ochenta consistió en un proceso acelerado de llegada de habitantes de diferentes lugares del país, construcción de viviendas, adquisición de servicios públicos, creación de pautas sociales de comportamiento, y de cuidado colectivo del territorio ante las amenazas permanentes de pérdida del lugar. En la medida en que se iba constituyendo el sector, se conseguía suplir situaciones adversas y aumentar la calidad de vida, sin embargo, aún eran evidentes las carencias existentes, que requerían de inversión gubernamental, pues la calidad del préstamo de servicios, condiciones de sanidad de las viviendas, condiciones de infraestructura de varios espacios, además de la carencia de instituciones educativas, de salud, entre otros, era algo sentido por la comunidad, la cual contaba cada vez con más habitantes.

Aproximadamente para el año 1985, el lugar abarcaba tal extensión territorial, que se definieron 9 sectores en los cuales estaría dividido, y se le dio Jerusalén, como nombre general que los agrupaba. Para dicho momento, aún llegaban habitantes al lugar, los cuales solían comprar viviendas construidas, o que contaban con las bases y estructuras principales; así mismo contaban y con algunos servicios públicos informales. Tales viviendas habían sido propiedad de sujetos que compraron varios lotes al comienzo del proceso de poblamiento y que posteriormente construyeron para la venta.

De esa forma, el proceso de asentamiento de los segundos habitantes no les exigió a estos las mismas labores de construcción de vivienda, establecimiento de condiciones básicas para la vida, así como tampoco, el confrontar a la policía y a los diferentes representantes legales que buscaban el desalojo de los espacios (dicha situación no había desaparecido, pero ocurría con menor intensidad), pues eran temas que habían abordado los primeros habitantes. Sin embargo,

compartían con esos primeros pobladores las carencias propias del sector para la época, las cuales, a pesar de las acciones adelantadas en años anteriores, aún permanecían, y que, a raíz de la convivencia entre un número tan alto de personas, llegaban a sus límites, generando dificultades en la vida cotidiana, ante la carencia de recursos y la falta de procesos para reglamentarlos.

Entre los habitantes más recientes, y quienes estaban allí desde hace varios años, no se generaron rupturas o confortamientos a raíz de la llegada, pues compartían unas condiciones similares de asentamiento. Una herramienta conceptual que aporta en dicho análisis es brindada por la teoría de la proximidad, retomada por Abramo (2003), quien precisa el modo en que existen tres conceptos de proximidad que son útiles para abordar las proximidades en territorios como las favelas, y en nuestro caso, el Jerusalén de los años 80. Dichas formas de proximidad son la topológica (centrada en la proximidad física dentro de una topografía y localización, en la que se encuentran sujetos para la realización de actividades económicas e inmobiliarias), la clasificatoria (los habitantes adquieren proximidad por el hecho de pertenecer a un territorio vulnerable particular, de manera que no depende tanto la proximidad física, como la similitud de sus condiciones) y la organizada (fundamentada en relaciones institucionalizadas por redes y jerarquías).

Si bien se hace evidente que, dada la proximidad física, habría una aplicación de la proximidad topológica, es importante resaltar que lo que permite que la forma de relacionamiento se dé en el marco del reconocimiento mutuo, evitando la existencia de confrontaciones en el encuentro, responde más a la proximidad clasificatoria, en la medida en que todos se reconocen como parte de un espacio compartido con una serie de características, carencias y elementos que dan paso a que los quienes viven fuera del lugar, creen unas representaciones sobre sus habitantes. Esas representaciones son asumidas de forma colectiva a raíz de una historia compartida, fortaleciendo las dinámicas de proximidad y siendo elementos fundamentales en los procesos de sociabilidad.

Dicha situación permitió reconocer la naciente necesidad de fortalecer las formas de trabajo colectivo y movilización social, que hasta el momento habían contado con un carácter muy esporádico, pues respondían a las necesidades más inmediatas por medio de soluciones contingentes y efímeras, la organización social surgía y variaba según la coyuntura. Se requería así, de ejercicios de trabajo comunitario organizado que hicieran visible la dimensión de las carencias presentes en la zona, y así mismo de los habitantes que las enfrentaban.

Al contar con 9 sectores establecidos, la conformación de Juntas de Acción Comunal (JAC) fue una primera acción comunitaria a realizar en Jerusalén, pues

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

si bien, había problemáticas compartidas, cada uno de los espacios adquiría dinámicas levemente particulares, y así mismo, contaba con un número significativo de integrantes. El surgimiento de las JAC permitió dar inicio a labores de organización para la regulación cotidiana de los diferentes territorios, pues la presencia de las autoridades gubernamentales era muy escasa.

Así mismo, las JAC fueron un impulso para el nacimiento de diversas propuestas de acción social en línea con problemáticas y situaciones adversas que afectaban a grupos sociales concretos, surgiendo así grupos de madres comunitarias, comités de vivienda, comités de transporte y de cocinola, entre otros. Dichos procesos de organización (las JAC junto con las otras formas asociativas) permitieron la constitución de plataformas amplias de representatividad, así como la identificación de los problemas comunes más significativos, para posteriormente dar paso a la generación de propuestas para hacer frente a los mismos (Cardona, 2016).

El accionar de las juntas y los diferentes comités, consistía en el trabajo articulado para establecer encuentros con representantes de las diferentes empresas de servicios y representantes del gobierno, ya fuera por medio de acuerdos, diálogos, movilizaciones o protestas. Los modos de organización social que se habían establecido permitían que el nivel de representación con que contaban los líderes de los procesos generara impacto en los espacios en los que hacían presencia, logrando avances en la formalización y el préstamo de servicios públicos para Jerusalén, los cuales para su concreción, en ocasiones requerían de acciones adelantadas por la misma comunidad en relación con la recolección de recursos para avanzar en la instalación de las redes de acueducto y energía eléctrica, así como la mano de obra para avanzar en la instalación (Cardona, 2016; Gómez, 2014).

Para 1989, los avances en materia de legalización de los servicios era uno de los logros más claros y relevantes de los procesos comunitarios adelantados, en donde el trabajo mancomunado de las 9 Juntas de Acción Comunal y las diversas organizaciones sociales evidenciaban las posibilidades del trabajo colectivo, en donde si bien, las formas de relacionamiento en los entornos cotidianos eventualmente se caracterizaban por muestras de agresión y conflictividad vecinal en torno a las mismas condiciones de vida y la ocupación del territorio (lo cual se exacerbaba ante las carencias en torno a temas como las escrituras de las viviendas y el fenómeno de inseguridad que había cobrado dimensiones críticas), también era posible identificar el establecimiento de procesos fuertes de organización social para avanzar en el mejoramiento de la calidad de vida (Gómez, 2014).

En línea con lo anterior, es posible identificar el modo en que la llegada de los segundos habitantes, al marcar un crecimiento demográfico en la zona,

evidencia que las dinámicas de ocupación del territorio estaban cerca a su límite, generando retos en torno a las formas de relacionamiento, y constituyendo el eje posibilitador para los procesos organizativos. Así mismo, la consecución, luego de varios años de gestión, de la legalización de servicios públicos, dio paso para el reconocimiento de nuevas situaciones sobre las cuales se podían generar acciones, y así mismo, posibilitó que años después, desde diferentes instancias se reconociera la necesidad de comenzar a dotar la zona con equipamientos para la atención en salud, educación, entre otros.

Finalmente, permitió el avance en nuevos ejercicios de organización comunitaria, en donde se comenzaron a reconocer necesidades existentes a lo largo de la localidad, de manera que, a partir de salir del contexto concreto de Jerusalén, se generan nuevas solidaridades y modalidades de movilización, las cuales se examinan en el último apartado del presente capítulo.



Figura 5. Jerusalén visto desde Sierra Morena, 2011.

Fuente: Hernando Bedoya, tomada de <http://nuestraciudadbolivar.blogspot.com/>

En un panorama en el que se consolidaban cada vez más los procesos organizativos del territorio, en la medida en que aumentaba el número de nuevos habitantes, y a la vez permanecían diversas carencias y problemáticas sociales y económicas, hizo presencia un factor adicional, cuya relevancia impactó directamente tanto en el modo de vida de los habitantes, como en el relacionamiento y en la constitución tanto de Jerusalén como de la localidad. Dicho fenómeno respondió a la llegada de estructuras de crimen organizado, así como a acciones propias de la delincuencia común, las cuales eran réplicas o continuidades de las existentes a lo largo del país y la ciudad.

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

La llegada de dichos fenómenos ocurrió de forma paulatina. En un primer momento, ante la ausencia del Estado en el sector, se identificó como un espacio en el que se contaba con un nivel relativo de libertad, no sólo para actuar sino para asentarse, lo cual además se empalmó con la recurrente llegada de habitantes a la zona. Así mismo, al ser uno de los límites de la ciudad, constituyó una ubicación estratégica en relación con la llegada de cargamentos de otras partes del país. El modo en el que las estructuras de narcotráfico aseguraron su permanencia en el lugar respondió a la coaptación dentro de su funcionamiento, de sujetos que habitaban la localidad y el sector, quienes, ante las dificultades económicas presentes en el entorno, encoentraron en la vinculación a agrupaciones centradas en el expendio de estupefacientes una posibilidad de supervivencia.

Las prácticas de expendio y consumo encarnaban (aún hoy lo hacen) una serie de factores adversos para la seguridad y convivencia en el lugar, de manera que para la segunda mitad de la década de los años ochenta, la apropiación y delimitación de espacios geográficos por parte de agrupaciones delincuenciales dieron paso a la constitución de “barreras invisibles” que daban forma al espacio que les pertenecía y sobre el cual imponían sus normas, así como los ejercicios de extorción como método de financiamiento adicional, las dinámicas de sicariato para saldar cuentas pendientes, los robos comunes y la inseguridad en todos los sectores de Jerusalén, se convertían en elementos y prácticas propios del paisaje, y se sumaban a las condiciones adversas de vida que caracterizaban al lugar.

Partiendo de las evidencias de inseguridad, arguyendo la necesidad de acciones que regularan las problemáticas de criminalidad presentes en el sector, los grupos armados llevaron a cabo procesos de exterminio selectivo. Así, con el fin de crear un ambiente de miedo y disciplinarización en la población, se establecieron en Jerusalén y asesinaron a todo aquel que constituyera, desde su punto de vista, un problema, o una potencial amenaza a la buena convivencia del lugar. Dicho proceso, denominado por sus perpetradores como “limpieza social”, constituyó otro elemento característico del entorno, el cual se realizaba de forma indiscriminada en horarios y zonas específicas, identificadas por los mismos perpetradores como focos de inseguridad, y dio paso a que quienes estuvieran allí en dichos horarios, y así mismo, quienes tuvieran comportamientos aparentemente sospechosos, fueran merecedores, independientemente de su edad, de ser “limpiados” del lugar:

En ese tiempo era muy normal; eso aquí entre viernes y lunes amanecían treinta personas muertas y era muy normal. Antes mataban acá por cinco mil pesos, que era (mucho) plata en ese tiempo, por eso se mataban. Murió mucha gente buena, también hubo grupos delincuenciales que venían a hacer limpieza y mataban (Gilberto, comunicación personal, 24 de julio de 2018).

...Lo que sí recuerdo es que cuando este barrio se pobló, la gente empezó a construir y todo eso, y ahí comenzaron las limpiezas, las limpiezas sociales. Entonces era la guerrilla, las FARC, no tanto el ELN en ese tiempo; pero sí, ellos eran los encargados de hacer la limpieza. Cualquier día amanecieron un poco de jóvenes muertos por toda Ciudad Bolívar y por todo el barrio Jerusalén, y las mamás, las familias, llorando... en fin: que era que estaba tarde en la noche, que era que pertenecía a no sé qué bandas, que era que robaba, que era que no sé qué (N. Agudelo, comunicación personal, 24 de julio de 2018).

Un recuerdo que tengo es que cuando mis hijos eran unos adolescentes, póngales 12, 13, 14 años, yo mantenía muy encerrada con ellos, pero sí escuchaba a los vecinos: "Es que vino la camioneta negra y eso es que están haciendo limpieza y que van a acabar con los chicos". Incluso llegaban notas a las casas, las echaban debajo de las puertas. Decían "que los niños juiciosos se acuestan temprano y los que no ellos los acostaban", cosas así y a uno como mamá le temblaba todo; y sí, escuchábamos que habían matado tantos muchachos en un parque, en la laguna, o bajando hacia el expreso bogotano. Yo sentí mucho miedo por mis hijos, mucho, mucho miedo (A. Rubio, comunicación personal, 25 de julio de 2018).

Con su máximo nivel de intensidad para finales de los años ochenta e inicio de los noventa, la criminalidad a la que se enfrentaban los habitantes de la zona configuró de un modo particular tanto a Jerusalén como a Ciudad Bolívar, y así mismo definieron la imagen y representación que sobre el lugar se construía desde otros sectores de la ciudad, dando paso a dinámicas de segregación y estigmatización sobre una población considerada violenta a raíz de sus diferentes carencias. Así mismo, las condiciones de inseguridad se sumaron a la lista de asuntos por abordar por parte de las organizaciones sociales que exigían permanentemente la intervención gubernamental para garantizar un entorno digno para la vida, y que incluían en sus demandas garantías para la vida en un entorno hostil en el que veían amenazada su supervivencia.

Como elementos complementarios al acercamiento realizado a los procesos de asentamiento de los primeros habitantes y la llegada de los segundos a Naciones Unidas y Jerusalén, ha sido posible abordar temas que amplían la posibilidad de comprensión de lo acontecido. Lo anterior, a partir de ahondar en una serie de fenómenos y hechos que, al conjugarse, dieron paso a modos

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

concretos de constitución de los territorios y formas de relacionamiento de sus habitantes. Antes de avanzar en un ejercicio de análisis que retome los elementos abordados hasta el momento, es posible profundizar en dos puntos constitutivos del proceso y las configuraciones expuestas, a saber: los asentamientos informales y las luchas sociales.

Los asentamientos informales

Como se mencionó anteriormente, los fenómenos informales de asentamiento en ciudades principales son un rasgo compartido a lo largo de Latinoamérica. Éstos han determinado los modos de expansión y las construcciones sociales y culturales que caracterizan a las urbes. En el caso de Colombia, la urbanización pirata constituye un elemento fundamental por tener en cuenta para comprender la lógica según la cual se habitan las periferias de las ciudades. Así mismo, constituyen un marco a partir del cual es posible aproximarse a una comprensión de las dinámicas de poblamiento de Ciudad Bolívar, no tanto en su origen y consolidación, pues son temas ya trabajados aquí, sino a partir de reconocer que, si bien asentarse en espacios que no están destinados para ello no es un fenómeno propio de la localidad, sí cuenta con una serie de elementos que hacen que las prácticas mencionadas hayan acontecido de modos particulares en relación con otras experiencias del continente.

Un asentamiento informal es aquel que no cumple con la normativa existente para regular las formas de utilización del suelo urbano, en la que se establecen los requisitos para que un lugar sea residencial y habitable. De esta forma, los espacios que no cuenten con los elementos mínimos, y así mismo guarden una distancia considerable de los espacios urbanos constituidos, no se consideran en el marco legal como asentamientos formales, y así mismo, no cuentan con la garantía para que el Estado supla los elementos propios que deben caracterizar a un lugar habitado. Dichos espacios cambian de denominación según el lugar en el que se encuentren. “En la mayoría de las ciudades latinoamericanas el calificativo para describir este tipo de hábitat popular corresponde a términos de creación regional, “vecindad”, “casa chorizo”, “villa miseria”, “favela”, “barrios subnormales”, entre otros”(Mosquera & Ahumada, 2005, p. 14).

En el marco de dicho panorama, es posible definir dos modalidades por medio de las cuales se establecen los asentamientos informales: la primera, a partir de ingresar en modos de comercio informal del suelo, en los que surgen los tierreros, o urbanizadores piratas, como protagonistas de la venta de terrenos en el marco de la ilegalidad. Por otra parte, se encuentra la ocupación de hecho, que ocurre sin necesidad de mediadores o compra alguna, sino a partir de agrupaciones que se apropian y habitan directamente espacios disponibles.

Esta última, que da paso a espacios denominados “invasiones”, puede acontecer, ya sea porque una comunidad organizada llega de forma planificada a ocupar un lugar, o porque ocurre un ejercicio paulatino de habitabilidad, en el cual crece progresivamente el número de habitantes del lugar (Mosquera & Ahumada, 2005). Tanto los procesos de invasión como de compra a tierreros ocurren en espacios con las mismas características que, en general, no están cerca de entornos urbanos consolidados, y junto con ello, no han sido pensados ni preparados para la habitabilidad humana. Es posible, incluso, que en un entorno en el que ocurren compras de terrenos ilegales se den posteriormente invasiones, o viceversa.

Un aspecto compartido por ambas modalidades de asentamiento consiste en la identificación, en el espacio que se va a ocupar, de potencialidades que permitan la constitución de un entorno habitable; es decir, si bien los asentamientos suelen ocurrir en lugares sin infraestructura de ningún tipo, tienen la posibilidad de ser construidos y, así mismo, hay modos de acceder a servicios en el futuro. De esa manera, previo al ejercicio de asentamiento, se reconoce la posibilidad con que cuenta un espacio para constituirse en un lugar habitable. Allí radican las diferencias en los procesos de ocupación en los diversos territorios de Latinoamérica, pues cada contexto concreto establece una serie de condiciones y prácticas que antecedieron la definición de un espacio como un barrio o una localidad.

En el caso de Ciudad Bolívar, como espacio central del presente libro, es posible precisar el modo en que las prácticas de extracción y minería, cuando el lugar aún no se encontraba poblado, permitieron reconocer en el sector la probabilidad de iniciar labores de habitabilidad, por medio de la llegada de diversos trabajadores (que con el paso del tiempo serían principalmente migrantes), luego de aportar en la construcción de vías a lo largo de las laderas para transportar los materiales extraídos (Cardeño, Jiménez & Avendaño, 2003).

Los procesos de explotación del suelo dieron paso a que sus condiciones estructurales sufrieran cambios que, en un primer momento, redujeron el valor de la tierra al haber sido explotada y, posteriormente, facilitaban la construcción de vivienda, por lo cual los propietarios de los espacios –que habían centrado hasta entonces su atención en las canteras– abrieron la posibilidad de fraccionar y vender la tierra en el lugar. Esto tuvo gran acogida, producto de la confluencia de una serie de condiciones sociales y económicas que antecedieron el primer fenómeno de urbanización del lugar:

La convergencia de fuertes demandas de vivienda en grupos de bajos ingresos, escasez en la oferta del Estado y agentes privados en materia de vivienda popular, bajos salarios, alto índice de desempleo y crecientes precios del suelo en las planicies

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

de la sabana, sirvió de caldo de cultivo para la urbanización ilegal en Ciudad Bolívar, e impulsó de cierta manera un movimiento de masas con el objetivo de hacerse a un lote (Cardeño, Jiménez & Avendaño, 2003, p. 9).

La venta de terrenos ilegales por parte de los dueños de las canteras generó la llegada de urbanizadores piratas y tierreros que, sin tener relaciones previas con los espacios, aprovecharon la alta demanda con la que contaban los lotes, y generaron estrategias para su venta a lo largo de la localidad. El fraccionamiento de lotes consiste principalmente en la apropiación de rentas de un suelo sobre el cual no tuvieron que realizar ningún tipo de inversión, por lo cual las ganancias son totales (Coupé, 1993). Uno de los riesgos que afrontan los vendedores informales son las acciones legales que se puedan instaurar en su contra. Por otra parte, la dinámica informal de venta y ocupación trae consigo una serie de conflictos que se exacerban cuando aparecen nuevos vendedores y crece la población.

Al instalarse en la informalidad, los modos de compra y venta de terrenos en urbanizaciones no acontecen en el marco de regulaciones o formas jurídicas de justicia, ya que tanto vendedores como compradores, al concretar la venta/compra se ubican en una suerte de vacío en el que la legalidad no opera, pues el proceso se sale de cualquier normativa formal. Esto da paso a que cualquier problema o contrariedad que pueda surgir cause la imposición de quien cuente con el poder, el cual suele manifestarse por medio de la fuerza y la violencia.

En este marco, en el que tampoco hay regulaciones claras frente a la venta y pago de espacios, se generan dinámicas de agresión en las que situaciones como la venta del mismo espacio en repetidas oportunidades, la demora en pagos, el engaño por medio de escrituras falsas a incautos que no tienen conocimiento sobre el aspecto ilegal del negocio, dan paso a confrontaciones originadas desde diferentes grupos, ya sea de tierreros, de habitantes, o de los dueños legales de los espacios, quienes por medio de fuerzas gubernamentales, como la policía, hacen presencia en los espacios (Cardona, 2016; Gómez, 2014).

Este tipo de confrontaciones se posibilitaban, entre otros motivos, por la presencia de los vendedores en los espacios a lo largo del tiempo, pues muchos de los negocios se hacían a crédito, ya que, aunque se vendía a precios bajos, quienes compraban los lugares no contaban con los recursos suficientes para realizar el pago de contado, lo que generaba acuerdos particulares dependiendo de los términos establecidos por el vendedor; esto llevaba a que los tierreros fueran a los lugares (en los casos en los que no vivieran allí) con una frecuencia específica para cobrar las cuotas establecidas.

El modo en que se establecen los compradores de los terrenos varía en relación con las condiciones del espacio, las motivaciones de la compra y, en general, las expectativas generadas en relación con el crecimiento y desarrollo de la zona. François Coupe (1993) brinda una posible clasificación para los modos en que se puede consolidar un asentamiento informal, los cuales varían en algunos aspectos según el contexto particular:

- Unos pobladores construyen una vivienda provisional para ocupar el lote y, generalmente con los recursos que dejan de destinar al alquiler, inician un proceso de autoconstrucción, en forma inmediata o una vez hecha la dotación de servicios públicos.
- Otros se trasladan al lote cuando la vivienda construida tiene ciertas condiciones de habitabilidad, aunque no esté totalmente terminada o permanezca en obra negra.
- Algunos, más escasos, desarrollan el proceso de construcción rápidamente, pero sólo ocupan la vivienda cuando el asentamiento obtiene la dotación de servicios públicos y comunitarios (Coupé, 1993, p. 13).

Como ha sido posible ilustrar, en el caso de Ciudad Bolívar y los sectores de Naciones Unidas y Jerusalén predomina el primer tipo de asentamiento, pues la compra de lotes solía constituir una solución directa a problemas de vivienda (esto cuenta con excepciones, como el caso de los primeros habitantes de Naciones Unidas, quienes compraron los espacios de forma directa a los dueños y se trasladaron al lugar ante el riesgo de que fuera vendido por tierreros), por lo cual la construcción inmediata de viviendas en materiales provisionales era una práctica habitual; esto también se hizo ante el riesgo de que el terreno se vendiera de nuevo.

La compra de lotes, producto de la división de espacios por parte de los tierreros, constituyó en muchos casos la única posibilidad para contar con un espacio propio para la vivienda, pues la compra directa dejaba de lado una serie de trámites, certificados y condiciones requeridos en un proceso formal de compra, como la demostración de ingresos y garantías de pago, entre otros (Cardeño, Jiménez & Avendaño, 2003). Esto, claramente, como consecuencia de no contar con las condiciones habituales de una vivienda y así mismo afrontar el riesgo frecuente de desalojo. De esta manera, el único medio para acceder a un lugar propio era acudiendo a prácticas que no estuvieran reguladas por las lógicas económicas e hipotecarias formales; allí descansaba el éxito de los procesos de urbanización informal, pues brindaban la posibilidad de adquirir un lugar propio a quienes que no podrían conseguirlo por otros medios.

La consolidación histórica de barrios a lo largo de la ciudad, que comenzaron como asentamientos informales y con el paso del tiempo fueron contando con

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

una serie de posibilidades y circunstancias que los constituyeron como espacios habitables, ha llevado a tomar medidas en relación con un sinnúmero de comunidades constituidas que no podrían ser reubicadas en espacios formales o planificados para la vivienda. En línea con ello, es importante hacer claridad en que muchos de estos espacios se consideran habitables en la medida en que tienen los medios para acceder a servicios como el agua y la luz, y así mismo se han convertido en comunidades organizadas que regulan las dinámicas de interacción; sin embargo, generalmente cuentan con muchas carencias que no pueden resolverse de forma autónoma o a partir de la presencia esporádica del Estado, sino que requieren su inclusión tanto en el marco legal como en el de las representaciones sociales, y son vistos como lugares que integran la ciudad de modo formal.

En el momento en que, por parte del Estado, se evidencia la existencia de espacios que surgieron en el marco de la ilegalidad, pero que cuentan con algunos servicios públicos (ya sea de forma legal o ilegal) y que así mismo tienen un número considerable de pobladores y se encuentran constituidos desde hace varios años, se generan acciones encaminadas a la formalización de los mismos. Dicho proceso consiste esencialmente en el reconocimiento legal de la zona como un lugar permitido para el asentamiento urbano, pues cuenta con condiciones mínimas y, debido a la expansión de la ciudad, se halla dentro del perímetro urbano.

Sin embargo, estas dinámicas de legalización de los espacios suponen un inconveniente en la medida en que, al no venir acompañadas con acciones y políticas que, en el marco del derecho a la vivienda y a la ciudad, constituyan soluciones reales a las dificultades existentes para el acceso al suelo por parte de varios sectores de la población, aportarán al fortalecimiento del asentamiento informal, en el cual se venden terrenos con la promesa de que eventualmente el Gobierno generará acciones de legalización que permitirán la tenencia de los espacios.

Junto con ello, la formalización de espacios viene acompañada por el ingreso progresivo de las viviendas en lógicas de pago por servicios y una serie de impuestos y requerimientos que en el futuro les serán cobrados, a raíz de la constitución como lugares formales, lo cual significa una dificultad para los propietarios, pues si bien el que sus hogares sean reconocidos formalmente aporta en relación con la calidad de servicios en general, afecta en la medida en que son espacios considerados de igual manera que aquellos que surgieron a partir de procesos de planificación y, por lo tanto, no cuentan con las mismas carencias: "Parece algo irónico la incapacidad de los pobres para pagar por los servicios urbanos, cuando se encuentran en capacidad de pagarle al dueño del terreno o urbanizador pirata el derecho por la tenencia de esa tierra" (Cardeño, Jiménez & Avendaño, 2003, p. 15).

Un último aspecto, de carácter fundamental para la comprensión de las dinámicas informales de asentamiento, consiste en la ausencia estatal en el inicio del proceso de asentamiento. Ya sea por omisión, o falta de recursos y capacidad para responder al crecimiento demográfico y de asentamientos, la falta de un acompañamiento por parte de la institucionalidad genera afectaciones frente a una vida digna y el derecho a la ciudad.

Frente a la vida en la ciudad, se genera una serie de representaciones en torno a lo que es habitar un contexto urbano, aquellos elementos que sobrepasan los medios básicos para la subsistencia e incluyen la posibilidad de acceder a formas específicas de socialización y calidad de vida en relación con la realización personal, cultural, económica y social; esto, de manera tácita, va creando la idea de aquello a lo que se tiene derecho por vivir en la ciudad. Así las cosas, el derecho a la ciudad configura expectativas sobre cómo debe ser la vida en metrópolis como Bogotá, y en ese sentido constituye el marco en el que se ubican las acciones de la población para mejorar sus condiciones de vida, aquella meta compartida frente a lo que se debe tener como mínimo para vivir en la ciudad, y así mismo, aquello que pueden exigirle al Estado. De la misma manera, permite un acercamiento a las formas de sociabilidad, toda vez que los modos de relacionamiento también encuentran refugio en la idea existente sobre aquello que debe ser la ciudad, sobre lo que se quiere como persona al estar en ella, y el derecho fundamental de conformarla.

Junto con ello, ideas sobre las relaciones sociales que se quieren tener, la interacción con la naturaleza, valores de convivencia y estéticos, así como un estilo de vida en general, entran a conformar esa serie de demandas que se crean implícitamente entre los habitantes (Harvey, 2013). Esto hace que el derecho a la ciudad cobre un carácter compartido que se va modificando de manera permanente, respondiendo a las expectativas e ideas que surgen colectivamente en torno a la vida en la ciudad, permitiendo que el derecho no se limite a habitar lo urbano bajo unas condiciones, sino que contemple la posibilidad de transformación de dichas condiciones y el entorno general.

Como se mencionó al inicio del libro, durante la primera parte del siglo XX las ciudades latinoamericanas experimentaron un crecimiento demográfico significativo por proceso migratorios caracterizados por la llegada de población rural a la ciudad (Romero, 1976, en Torres, 2014), fruto de la industrialización en la que las grandes urbes significaban una posibilidad directa de progreso, alejándose de las formas tradicionales de producción y prefiriendo modos modernos de trabajo y subsistencia.

Los años sesenta en Colombia estuvieron marcados por mejoras en el servicio de salud y educación en los sectores urbanos, lo cual fortaleció la migración (Torres,

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

2014; Martínez, 2003). Dicha situación llevó a la llegada de grupos e individuos que buscaban desarrollo y progreso; sin embargo, la permisividad por parte del Estado frente a la llegada masiva y frecuente de migrantes dio paso a que surgiera y se acrecentara una segregación espacial en la que, al no poder asegurar vivienda y un derecho a la ciudad, las lógicas de mercado fungieran como ente organizador del espacio, posibilitando que las élites impulsaran la separación de quienes llegaban, ubicándolos en los espacios más alejados. De esta manera, los migrantes constituyeron un grupo poblacional que conformaba el entorno urbano, pero era ajeno al derecho propio de habitar la ciudad (Jaramillo, 1999).

Así mismo, la ausencia estatal como garante de las promesas que guarda la vida en la ciudad en el marco de lógicas neoliberales da paso a que los habitantes deban recurrir a su propia fuerza de trabajo para satisfacer sus necesidades-expectativas, y les den prioridad a aquellas fundamentales para la vida.

Luchas sociales

Uno de los elementos más relevantes en el marco de la reconstrucción que se ha venido realizando es el referente a las acciones colectivas emprendidas en los diferentes sectores, las cuales, en línea con la sobrevivencia y la tenencia de condiciones básicas para vivir, han surgido sin una gran planificación inicial, hasta constituirse en modos de organización social complejos, y se han llegado a reconocer como luchas populares. Más allá de las dinámicas esporádicas por la búsqueda de servicios y la constitución de juntas de acción comunal, el surgimiento de organizaciones sociales diversas y las manifestaciones y movilizaciones sociales realizadas han aportado a la definición de las localidades del sur de Bogotá. La relación entre los barrios de Ciudad Bolívar y las luchas sociales es un vínculo que no se podría pasar por alto en un ejercicio que busca contemplar todos los aspectos que han dado paso a consolidarlos.

Como se ha venido dilucidando, la construcción de barrios ha sido eje de la organización popular en Bogotá. Así lo afirma García (2013); según este autor, los barrios populares se han constituido como materialización de la lucha por el acceso a la ciudad, de habitantes que llegaron a un híbrido de urbanidad y ruralidad, desprovistos de los beneficios sociales y económicos con los que, desde el ideal del desarrollo urbanístico e industrial, se cuenta en la ciudad. Es posible mencionar, con una mirada centrada en los fenómenos de construcción barrial en América Latina, que este tipo de habitantes, caracterizados como nuevos pobladores, “encontraron en el asociacionismo, la autogestión y la protesta mecanismos útiles para la consecución de recursos y la solución de sus problemas más apremiantes” (García, 2013, p. 123), esto se visibiliza como la construcción de lugares de solidaridad ante la pobreza compartida:

Bogotá ha sido escenario de la emergencia de múltiples experiencias asociativas protagonizadas por los pobladores y pobladoras populares; enfrentados a precarias condiciones, se asocian para ganar mayor capacidad de solución a sus necesidades, de interlocución con el Estado y de impulso de iniciativas propias (Torres, 2006, p. 4).

Como parte del proceso de edificación inicial de los barrios, se constituyeron formas organizativas en torno a la exigencia y formalización de aspectos infraestructurales como servicios públicos, vías, construcción de colegios y centros de salud. Estas formas organizativas, para los años cincuenta, luego del acontecer del Frente Nacional, se institucionalizaron como juntas de acción comunal (JAC) que iniciaron el desarrollo de acciones en alianza con entidades distritales, aunque antes ya existían como experiencias organizativas vecinales no institucionalizadas.

Estas formas de relacionamiento entre las experiencias organizativas comunitarias y las entidades distritales se fueron transformando desde la exigencia de las primeras y la no respuesta de las segundas, lo que desencadenó en la exigencia popular, centrada en la infraestructura, como vías, acueducto, redes eléctricas, sistemas de transporte y demás servicios públicos (Torres, 2006), así como por educación y salud. Esta institucionalización dio lugar al desencuentro entre necesidades, exigencias y respuestas por parte de la coalición entre las JAC y las entidades distritales, pues como expresa Torres (s.f.):

...los dirigentes locales, en su afán de mantener las ventajas de su posición, se fueron convirtiendo en "pragmáticos" consecutores de ayudas (auxilios, donaciones, partidas) más que en promotores de la organización barrial. En la medida en que el barrio consolida su infraestructura física, la JAC pierde peso y los afiliados tienden a desentenderse de su funcionamiento.

La relación que se establece entre los comités que surgieron en los barrios para la consecución de condiciones dignas de vida y las juntas de acción comunal es un aspecto trabajado por Noriko Hataya, quien al analizar el proceso de consolidación de diferentes asentamientos en Bogotá logra establecer el modo en que el paso de comités a la JAC es una transición acostumbrada en las luchas por la consecución de recursos y participación del Estado en los territorios. Sin embargo, evidencia el modo en que estos procesos entran en crisis a partir del surgimiento de confrontaciones internas por divisiones de carácter político o de simple criterio, con lo cual se pierde legitimidad frente a los sujetos que representan. Esto evidencia el modo en que, a medida que pasa el tiempo, las JAC crecen y mejoran sus condiciones, pero así mismo deben enfrentarse a complejidades relativas a la toma de decisiones y definición de liderazgos, además de la baja relevancia que cobran una vez consiguen sus objetivos más inmediatos (Sáenz, 2010).

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

Para los años setenta, se dio lugar a otras formas organizativas más orientadas a filiaciones de corte cultural, universitario de izquierda principalmente y religioso, donde, también aparecían otros sujetos como actores principales de la organización popular: las mujeres y jóvenes. Estas organizaciones se caracterizaron por abanderar en sus acciones, una autonomía frente a las lógicas clientelistas del Estado y con ello, un lugar de acción situado desde lo alternativo y lo popular (Torres, 2006)

En esta relación entre una nascente lógica clientelista atravesada por la política bipartidista, los liderazgos comunitarios tuvieron que mediar su accionar entre los recursos y auxilios estatales, las formas de gestión comunitarias y la vindicación de necesidades relacionadas con la vivienda, el transporte, la educación y la salud; y lugares nascentes como la legalización de los barrios y los temas de escrituración de viviendas y lotes (Forero & Molano, 2014, p. 119). Aparecen, entonces, diversos lugares organizativos:

... la comunidad jesuita desarrolló intensos procesos de organización comunitaria a partir de la Fundación Social y el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep). La Fundación Social inició su presencia en el barrio Jerusalén-Bellavista en noviembre de 1987, y promovió la escuela de líderes Simón Rodríguez y la organización Asociación de Madres Comunitarias de Colombia (Amcolombia), el Colectivo Celodije, cuya sede, construida en el barrio Jerusalén desde 1987, sirvió de centro de reunión y formación de cientos de líderes comunales y juveniles de la localidad (Forero & Molano, 2014, p. 128).

Con respecto al lugar de nuevos sujetos como actores de la lucha comunitaria, aparece el lugar de lo femenino; Gracia (2013) realiza un estudio de corte narrativo en el que visibiliza el lugar de las mujeres en los procesos de poblamiento y urbanización, y resalta el papel activo e importante que tuvieron en la acción de organizaciones populares que surgieron en defensa del territorio construido para la vivienda. También surge la participación de las mujeres en la constitución de jardines infantiles. Estos escenarios se originan en la necesidad de brindar atención y cuidado a los hijos de padres trabajadores que, al dejarlos solos en la casa, los exponían a accidentes o diversas situaciones peligrosas. Esto llevó a que, principalmente mujeres, se organizaran en torno a esta necesidad, dando lugar a prácticas para la gestión de espacios, alimentos y tiempos que garantizaron un escenario de cuidado para los menores que normalmente estaban solos o afrontaban diversas necesidades en razón de la pobreza.

Sin embargo, estas iniciativas también fueron cooptadas y viciadas por las lógicas estatales, desde las cuales se empezó a legitimar y cualificar el cuidado infantil, con una institucionalización que titulaba, mas no acompañaba ni

mejoraba condiciones de empleo para las jardineras o madres comunitarias, ni las condiciones del servicio para niños y niñas; con esto, los jardines infantiles comunitarios pasaron a ser hogares infantiles y luego casas vecinales del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) (García, 2013).

Esta institucionalización del cuidado infantil también dio como fruto la división entre los propios sectores de madres comunitarias y jardineras, ante la competencia por las diversas modalidades de cuidado calificado instauradas por la institución. De esta manera, estas mujeres organizadas empezaron a generar acciones de descontento ante la necesidad de “mejoramiento de los programas de atención para la infancia de los barrios populares y el reconocimiento y remuneración justa de su trabajo”; estas acciones se manifestaron desde la protesta en el paro de 1993 (García, 2013, p. 135).

Ese fue un paro cívico local en el que confluyeron diversos sectores populares que representaban la vida y la política comunitaria del sur de Bogotá. Fue vindicado como cívico y local, en cuanto apelaba a “prácticas colectivas reiterativas y sistemáticas de inconformismo y movilización social, presentes en diferentes espacios de la geografía nacional en las dos décadas anteriores” (Forero & Molano, 2014, p. 119). En este sentido, fue la expresión de un descontento generalizado de las localidades del sur, con principal visibilización de Ciudad Bolívar, ante dinámicas de exclusión e imposición de lógicas gubernamentales amparadas principalmente en medidas de omisión ante las carencias y estigmatización como costo de la pobreza.

Así como las asociaciones de madres comunitarias y jardineras existieron, se transformaron y atravesaron procesos de institucionalización, también se dio lugar a grupos que obtuvieron reconocimiento desde lo local y se han mantenido como organizaciones populares con una clara identidad alternativa, como la Asociación de Vecinos Solidarios, la Fundación Centro Cultural de Desarrollo Comunitario, el Instituto Cerros del Sur, la Coordinadora de Comités y Asociaciones de Defensa de los Derechos del Niño y la Corporación La Cometa (Forero & Molano, 2014, p. 119).



Capítulo 3.

Las formas de sociabilidad

Los dos primeros capítulos han avanzado en la construcción de un panorama general en torno al proceso de surgimiento y consolidación de la localidad de Ciudad Bolívar, específicamente de los sectores de Naciones Unidas y Jerusalén, desde la época en que eran espacios deshabitados, sin presencia de asentamientos o conglomerados de sujetos, pasando por la llegada de los primeros grupos de habitantes, así como los elementos constitutivos de ese proceso inicial de poblamiento, para posteriormente ahondar en el arribo de una segunda oleada de pobladores que conformaron un entramado complejo de relaciones (entre ellos y con el territorio) y formas de vida.

Así mismo, con el fin de que fuera posible una comprensión amplia de los procesos de asentamiento, se abordaron temas relevantes que incidieron en la conformación de los territorios, unos de corte contextual y otros temáticos. En lo que se refiere a los contextuales, se trabajó la forma en que la violencia que ha hecho presencia desde los años cuarenta en Colombia guarda relación con la migración de sujetos a la ciudad; así como el modo en que la industrialización de las ciudades y la instalación de una idea de desarrollo en línea con el crecimiento económico, configuraron los procesos de asentamiento en las urbes por parte de individuos que no reconocían en los entornos rurales las condiciones para el cumplimiento de una serie de metas.

Un último elemento contextual fue el papel que desempeñaron el crimen organizado y la delincuencia común en la configuración del país y de Bogotá en los años en que se conformaron y consolidaron los sectores trabajados. En lo que se refiere a los temáticos, se hizo centralidad en los asentamientos informales, aquellos espacios constitutivos de las periferias de las ciudades latinoamericanas, como respuesta a las carencias sociales en relación con la tenencia de vivienda. Junto con ello, se retomaron elementos analíticos generales en relación con las luchas populares, como marco que permite acercarse a las dinámicas de organización y movilización acontecidas en Ciudad Bolívar.

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

El recorrido realizado contiene los elementos necesarios para un entendimiento de la forma en que surgen los espacios y se asientan los habitantes, en donde, a partir de situar los acontecimientos en un entorno que guarda relaciones complejas con un contexto distrital y nacional, es posible que afloren diversos análisis que pueden variar según los intereses y referentes con que se cuente. En el caso del presente libro, y en línea con lo mencionado en la introducción, el análisis estará centrado en las formas de sociabilidad y relacionamiento que se instauraron en Naciones Unidas y Jerusalén, a partir de las herramientas que Norbert Elias elabora para el estudio de las relaciones que surgen entre agrupaciones de establecidos y marginados en diversas comunidades.

El acercamiento a los modos de relacionamiento en dichos sectores establece un marco explicativo de la manera en que se constituyó la localidad como es conocida actualmente, ya que las rupturas sociales que caracterizan la convivencia en los espacios para la década de los ochenta (tema frente al que no se ha ahondado hasta el momento) cuentan con dinámicas de reproducción en el tiempo que permanecen en la actualidad, en línea con condiciones de vida y llegada de población.

El desarrollo del tema se encuentra compuesto por tres apartados, en un primer momento se precisan los elementos conceptuales que permiten que la mirada elisiana tenga cabida en el análisis. Posteriormente, se reflexiona en torno a los modos de relacionamiento identificados en el proceso de poblamiento de Ciudad Bolívar, haciendo énfasis en la interacción y la ruptura existentes entre los habitantes llegados en el inicio de la década de los setenta y quienes arribaron en los ochenta (con centralidad en el caso de Naciones Unidas); así como en los procesos de sociabilidad entre las conglomeraciones que se asentaron a lo largo de los ochenta (con centralidad en el caso de Jerusalén). En un tercer momento, se realiza una serie de precisiones en línea con la cohesión social y su papel en la constitución de comunidades.

Establecidos y marginados

La reconstrucción de procesos históricos de largo plazo, en los que el individuo se entiende como agente constructor de la sociedad a partir del establecimiento de modos específicos de organización social, generando configuraciones concretas en las mismas, constituye un punto característico de la corriente sociológica trabajada por Norbert Elias (Elias, 1993; Elias & Dunning, 1992). Es en dicho marco en el que es posible dar paso a desarrollos investigativos y analíticos en los cuales el sujeto sea entendido a la luz de las relaciones de afectación y elaboración mutua que establece con las sociedades, es decir, el reconocimiento de que son las relaciones entre sujetos las que componen las realidades sociales, las cuales a su vez son transformadas de modo recurrente.

Si bien el trabajo de Elías no suele centrarse en reflexiones metodológicas, los estudios realizados cuentan con la posibilidad de constituirse en referentes para el análisis de fenómenos sociales que cuenten con la misma forma de interacción social. Dentro de dichos trabajos, el estudio *Establecidos y marginados, una investigación sociológica sobre problemas comunitarios* (Elias & Scotson, 2016) brinda elementos para acercarse a un proceso como el ocurrido en Ciudad Bolívar. Al tener como tema central las dinámicas de exclusión y estigmatización, es también un insumo para el análisis de diversas modalidades de relacionamiento.

Junto con ello, adoptar los marcos elisianos, y la idea de figuración, permite abordar una extensión de sujetos interrelacionados, dependientes entre sí en varias dimensiones, dejando de lado la necesidad de elegir para el estudio al sujeto o a la sociedad únicamente, y reconocer las relaciones que establecen los sujetos con el territorio que construyen (Wacquant, 1977).

El libro *Establecidos y marginados* es el resultado de un estudio realizado por Norbert Elias y John Scotson a finales de los cincuenta, en una comunidad inglesa denominada Wiston Parva. Al acercarse al lugar para indagar frente a las formas de violencia y delincuencia juvenil en la comunidad, se encontró un fenómeno social más amplio y relevante para los investigadores: una división existente entre los integrantes que la componían, en donde un grupo de personas establecido desde hacía varios años, generaba dinámicas de exclusión y marginalización sobre un grupo asentado de forma más reciente (Elias & Scotson, 2016).

Dichos procesos de marginalización descansaban en la creencia que tenía el primer grupo de habitantes de contar con un mayor valor humano. El poder relativo que les daba la permanencia previa durante varios años en el lugar constituía el primer elemento que resaltaba en las dinámicas de relacionamiento, y por medio del cual se imponían en términos discursivos. Así mismo, a través del alejamiento y el rechazo al contacto social innecesario con los nuevos habitantes, se establecían barreras que daban forma a procesos de segregación de aquellos que consideraban inferiores y no aptos para la socialización y la convivencia:

Por consiguiente, en esta pequeña comunidad se encontraba lo que parecía ser una regularidad universal de cualquier configuración entre establecidos y marginados: el grupo establecido atribuía a sus miembros características humanas superiores, excluía a todos los miembros del otro grupo de cualquier tipo de contacto no laboral con sus miembros... (Elias & Scotson, 2016, p. 29).

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

Al considerar la situación estudiada como una configuración universal, se hace posible un reconocimiento de la relación entre establecidos y marginados como un marco comprensivo para diversos contextos, que en otros lugares y en otras épocas generen interacción a partir del asentamiento en un espacio de diferentes grupos de pobladores, guardando, evidentemente, las particularidades de cada entorno, sin buscar un ejercicio de extrapolación, pero sí partiendo de los antecedentes que aporta el estudio y acogiendo una base teórica y epistemológica que permita dar paso a un proceso de investigación fundamentado.

Al igual que en Wiston Parva, para el caso de Naciones Unidas y Jerusalén, tomar una configuración universal para estudiar comunidades reducidas exige un ejercicio juicioso de contraste que reconozca las particularidades de relacionamiento en los lugares, sin forzar su cabida en los marcos de análisis, lo cual constituye un reto en la medida en que debe guardarse un equilibrio en donde no se modifique, por medio del discurso académico, una realidad social para que se acoja a la perfección un marco explicativo ya elaborado, pero tampoco se deformen los marcos teóricos para responder a los requerimientos de dicha realidad. Reconocer los límites y ampliar las posibilidades de análisis constituiría la salida frente a dicho reto y, así mismo, un aporte a los estudios que encuentren derrotero en los planteamientos de Elias.

Junto con ello, el análisis de unidades particulares de interacción, brinda la posibilidad de ahondar en detalles que no están dados o contemplados en los marcos universales, dando paso al abordaje de nuevas modalidades de interacción que a su vez están insertas en panoramas sociales complejos.

El modelo de una conjuración entre establecidos y marginados que resulta de una investigación sobre una pequeña comunidad como Wiston Parva puede servir como un tipo de "paradigma empírico". Su aplicación como parámetro para otras configuraciones más complejas de este tipo puede hacer posible un mejor entendimiento de las características estructurales que comparten y de las razones por las que, en condiciones distintas, funcionan y se desarrollan bajo líneas diferentes. (Elias & Scotson, 2016, p. 29)

El modo en que Naciones Unidas y Jerusalén se fueron estableciendo a partir de la llegada de sujetos de varias partes del país, supone un entramado social lo suficientemente heterogéneo como para que las formas en que se configuran pautas de comportamiento y formas de interacción constituyan un punto relevante en el que, además, es posible acoger elementos trabajados por Elias. Así mismo, el asentamiento de diversos grupos de pobladores en varias épocas abre la puerta a una reflexión que indague por los niveles de apropiación y

cohesión que los primeros grupos lograron construir y la forma en que esto dio forma a la interacción con los habitantes que llegaron posteriormente.

A partir de la reconstrucción de aspectos históricos sobre la conformación de los sectores trabajados, es posible evidenciar la existencia de diferentes momentos de asentamiento de población, dando paso a la identificación de grupos de primeros y segundos habitantes; sin embargo, las formas de relacionamiento y las proximidades a una relación elisiana entre establecidos y marginados varían considerablemente entre ambos sectores. Se puede encontrar que, en un caso, los habitantes que llegaron en un segundo momento contaban con una serie de rasgos y características que los diferenciaban entre sí; sin embargo, por parte de los primeros habitantes se elaboró una idea fija de ellos, según la cual se tomaron algunos aspectos que totalizaron la imagen de aquellos nuevos habitantes, lo cual facilitó el surgimiento de dinámicas de diferenciación, alejamiento y conflictividad.

En el otro caso, las prácticas de asentamiento entre los primeros y los segundos habitantes no configuraron niveles tan altos de diferenciación, de manera que la figura de exclusión y la distinción entre establecidos y marginados sólo constituiría un marco explicativo parcial para la conflictividad y la agresión entre habitantes que, si bien fueron resultado de la llegada de nuevos individuos, cuentan con rasgos propios que más adelante serán trabajados. La variación entre las formas de relacionamiento para cada uno de los sectores encuentra una posibilidad explicativa al ahondar en las modalidades de cohesión construidas entre los primeros habitantes y cómo ello llevó a establecer límites frente a nuevos individuos.

El análisis de los procesos de sociabilidad acontecidos en Naciones Unidas y Jerusalén, en el marco de los planteamientos de Norbert Elias, debe partir de la claridad de que las diferentes dinámicas de asentamiento (tanto de primeros como de segundos habitantes) ocurridas en los sectores, fueron protagonizadas por individuos que guardaban una fuerte relación de similitud en torno a sus condiciones de origen, económicas, sociales, laborales, y educativas. Es decir, si bien existía diversidad en relación con los lugares de origen (lo cual, de hecho, constituiría otro rasgo compartido) no había rasgos significativos de diferenciación que de entrada brindaran motivos claros para desarrollar procesos de confrontación y exclusión entre habitantes, los cuales acontecieron una vez que la segunda oleada de pobladores llegó a los territorios, situación que constituyó la puerta de entrada para el proceso de análisis y la reconstrucción que aquí se elabora.

Hasta el momento, el libro ha mostrado una reconstrucción que centra la mirada en los procesos de llegada, asentamiento, consecución de servicios y

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

condiciones para la vida, así como dinámicas de delincuencia y criminalidad en los sectores, por medio de la construcción de relatos generales que, a partir del diálogo con los habitantes que llegaron en diferentes momentos a la localidad (tanto a Naciones Unidas y los próximos, como La Cumbre, como al sector de Jerusalén, con los barrios que lo han compuesto históricamente) y la revisión de documentación histórica sobre Ciudad Bolívar y su crecimiento histórico.

De forma paralela a los procesos abordados en los anteriores capítulos, se configuraban en los espacios modos complejos de relacionamiento entre los habitantes, los cuales, además de definir la forma en que los diversos barrios que componían los sectores fueron creciendo y consolidándose a lo largo del tiempo, también establecieron la forma en que se constituiría Ciudad Bolívar como localidad. La indagación por los modos de relacionamiento fue el punto de inicio del libro. Al dar cuenta de las modalidades de sociabilidad presentes en los sectores de Naciones Unidas y Jerusalén, en el marco de su surgimiento histórico, se busca aportar al desarrollo de la misma.

En el marco de la revisión histórica realizada, se evidenciaron elementos que permiten establecer la existencia de dos modos en los que acontece la configuración entre primeros y segundos habitantes, las cuales varían en relación con los tiempos y espacios en que ocurrieron, y que, sin embargo, guardan una fuerte relación por medio de fenómenos compartidos. El primer modo en el que se identifica tal configuración, se evidencia con más claridad en el sector de Naciones Unidas, y consiste en una ruptura significativa en las relaciones y en el modo en que estaba constituido el territorio y toda su cotidianidad con la llegada de habitantes luego de que aquellos que ingresaron primero, en los años setenta, estuvieran establecidos en la zona desde cerca de diez años antes.

Los primeros años

A modo de recapitulación que sitúe al texto en el proceso de consolidación de Naciones Unidas, es posible mencionar cómo sus fundadores, de la mano con las primeras familias que habitaron el lugar, llevaron a cabo a lo largo de los años setenta un proceso paulatino de construcción del barrio, el cual, en sus inicios, no contaba con más que una amplia zona verde delimitada, que había sido adquirida por la familia Chaparro a los dueños de la Hacienda La María, la familia Reyes Patria, propietaria de un espacio mucho más amplio. Por medio del uso de fuerza física y trabajo colectivo para la construcción de las casas, se realizó un cambio en el uso del suelo, y la zona en la que los animales eventualmente iban a pastar se transformó, tal como muchos otros de la parte baja de la localidad, en un espacio residencial.

Por medio del trabajo mancomunado para la construcción de las casas, y algunos espacios comunes, la generación de estrategias para la consecución de servicios como el agua y la luz, la edificación de lugares como la escuela, el depósito para el cocinol, entre otros, Naciones Unidas se constituyó en un sector en permanente crecimiento, cuyas condiciones le permitían la habitabilidad humana y lo incluía en el mapa de los barrios construidos por sus pobladores en Ciudad Bolívar. Así, en los años ochenta se convirtió en un espacio que, debido a su bajo número de habitantes, tenía la posibilidad de recibir diversos individuos y agrupaciones que buscaban asentarse en la ciudad.

Si bien en los primeros años de la década de los setenta se dio en el barrio la aparición de vendedores ilegales de tierras; la presencia de los dueños legítimos de los diferentes espacios contuvo la situación por un tiempo, de manera que los habitantes del lugar en general habían decidido ocuparlo ante la posibilidad de perder el terreno por cuenta de los invasores, o comprándoles a los primeros residentes; en general, existía la idea de establecer un lugar para vivir lejos de las dinámicas de urbanización que se encontraban en auge en varios barrios de Bogotá y otras ciudades.

Así las cosas, luego de establecer condiciones mínimas de vida, los procesos de interacción entre los integrantes de la comunidad se caracterizaban por fuertes lazos de solidaridad y cuidado mutuo, de manera que se constituyeron redes de apoyo y crecimiento colectivo. En línea con ello, se establecieron para la época espacios y momentos de encuentro e interacción, como la iglesia cercana, las celebraciones de fiestas religiosas, las prácticas deportivas, y finalizando los setenta, formas estructuradas de organización como la junta de acción comunal y el comité de usuarios de cocinol, entre otros. Junto con dichas prácticas, el encuentro en las labores de siembra y cosecha de alimentos, el cuidado de animales y los trueques habían dado forma a unos modos concretos y tácitos de organización.

Las normas de comportamiento, de lo que era permitido y aceptado, se habían ido construyendo de forma paralela a todo el proceso de surgimiento, en donde más que de una reglamentación de las conductas se partía de las costumbres adquiridas en el marco de la negociación permanente y el cuidado de lo común. De esa forma, la ausencia de instituciones como la policía, que hacía presencia esporádica en el sector, no constituía dificultad alguna, pues las problemáticas de inseguridad o confrontaciones entre habitantes no eran usuales.

De tierreros y ocupaciones

Para los años ochenta, el barrio había avanzado en la construcción de una escuela más amplia y la consolidación de formas de organización estructuradas y con

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

impacto, de manera que los servicios que alguna vez habían sido informales, fueron legalizándose, por lo menos para el sector en el que vivían las familias que constituían al barrio. Un ejemplo de ello fue la consecución del servicio de gas, pues luego de que la comunidad, por medio del comité de usuarios, manifestara los riesgos de utilizar cocinol para la preparación de alimentos, logró primero la dotación con cilindros de gas y, posteriormente, la instalación de redes y conexiones para que el servicio llegara directamente a las viviendas.

En el marco de dicho momento de consolidación, y luego de aproximadamente una década de convivencia, en la que eventualmente habían llegado nuevos habitantes, inició el segundo proceso de población de la zona, en el cual se amplió el lugar habitado y comenzaron a surgir asentamientos y barrios aledaños: "En ese tiempo empezó a llegar mucha gente, se creó el barrio Cordillera, llegaba gente de invasión, desplazada" (Y. Chaparro, comunicación personal, 16 de junio de 2018). El primer contacto que se solía tener con las personas que llegaban se centraba en el establecimiento de los límites del sector Chaparro, que constituía la mitad de Naciones Unidas. "Antiguamente se decía si había conflicto: "Qué pena, si alguien se mete en mi sector, le pego un tiro". Mi papá andaba armado" (Y. Chaparro, comunicación personal, 16 de junio de 2018).

En dicha dinámica de poblamiento, aumentaron inusualmente en los alrededores del barrio los procesos de venta informal de espacios por parte de los tierreros, sin ninguna forma de control o regulación: "...uno se acostaba y al otro día amanecía era con cambuches, la gente con tela asfáltica hacía un rancho, y se apropiaban!" (N. Chaparro, comunicación personal, 16 de junio de 2018).

Así aconteció en Naciones Unidas y en sus barrios aledaños. Hay historias como la que se relata en el primer capítulo, en la que los pobladores llegan a espacios que aún no están construidos, pero en los que, a partir del trabajo colectivo, también logran condiciones básicas de vida. Ahora, si bien en los entornos cercanos se generó una suerte de réplica de las formas en que se construyó el barrio Naciones Unidas, también en los lugares que ya estaban habitados para la época y desde hace varios años se dio paso a la invasión y utilización de terrenos, ya que varias de las casas de Naciones Unidas contaban con amplias zonas verdes anexas que, al no tener nada construido, eran vendidas por tierreros y tomadas por diferentes personas.

Así se dio paso a una relación de tensiones y confrontaciones entre los dueños legales de los territorios y quienes se asentaban de manera informal, ya fuera a partir de la compra a estafadores o por medio de la ocupación de hecho. Dicha situación constituyó un primer punto de intensidad en las formas de interacción

entre primeros y segundos habitantes, dado que existía una clara postura de rechazo por parte de los antiguos pobladores, quienes, si bien reconocían las carencias y necesidades de las personas que llegaban al barrio, también defendían aquel espacio que habían construido para la vida de la comunidad (N. Chaparro, comunicación personal, 16 de junio de 2018).

Como medida frente a la situación, se comenzaron a vender algunos fragmentos del lugar a sujetos que ya los habían ocupado ilegalmente, y se les brindó la posibilidad de tener una escritura que evidenciara la propiedad. Al aumentar el número de ventas en el terreno, el encargado fue acusado de ser vendedor ilegal, lo que dio paso a la instauración de demandas que hicieron que el Instituto de Crédito Territorial enviara topógrafos para que legalizaran los predios vendidos y también aquellos que habían sido invadidos (Y. Chaparro, comunicación personal, 16 de junio de 2018). Fue así como muchos de los espacios empezaron a legalizarse, lo cual amplió el número de habitantes formales y la posibilidad de recibir nuevos sujetos.

Dicha dinámica generó impactos considerables en ambas partes: para los propietarios del sector, significó la pérdida de espacios que habían sido vendidos por tierreros sin su aprobación ni conocimiento; para los habitantes más recientes, la medida fue un reconocimiento a la compra de buena fe que habían hecho a tierreros, sin conocer la modalidad de negocio. Dicha relación tuvo brotes de violencia y agresión, pues en medio de la disputa se encontraba el patrimonio de individuos que resultaba perdido o en riesgo:

Aquí fue terrible porque cuando empezó ese tiempo hubo mucha muerte debido a esa situación; llegaban precisamente a pelear porque los espacios tenían dueños, y entonces a sacarlos, o sea desplazamiento. El tema fue bastante duro... Allí había un terreno hacia la represa, era de una familia, esa familia la desaparecieron y de eso se apropió una gente (N. Chaparro, comunicación personal, 16 de junio de 2018).

Las confrontaciones en torno a la posesión del territorio marcaron el rumbo inicial del panorama que se fue estableciendo y agudizando en el sector; en dicho sentido, su reconocimiento es fundamental en cualquier esfuerzo que busque ahondar en los elementos que elaboran históricamente los modos de encuentro entre sujetos; sin embargo, no constituye en sí un tema de estudio o análisis profundo en línea con lo aquí planteado, pues las dinámicas de confrontación y violencia, en línea con la venta ilegal de lotes y espacios, cuenta con marcos explicativos sencillos que no guardan relación directa con una configuración de establecidos y marginados, la cual va más allá de las explicaciones evidentes en los procesos de relacionamiento y orden social. De esta manera, es la imagen que se creó por parte de los primeros habitantes, sobre la segunda oleada de

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

pobladores (y que determinó la relación que se establecía con los mismos), el tema por abordar como eje central, constitutivo para el devenir histórico del sector y la localidad.

El otro como amenaza

En el marco de las manifestaciones de violencia acontecidas en el país, en 1980 fue posible identificar el modo en que el narcotráfico, la aparición de organizaciones criminales y grupos armados, se convertían en algo habitual en el país y la ciudad. Junto con dicha situación, ocurría un aumento en el número de población desplazada, de la cual una cantidad significativa llegaba a Bogotá, y encontraba en las periferias posibilidades de instauración. De esa manera, la segunda llegada de habitantes a Naciones Unidas ocurrió en una coyuntura en la que el desplazamiento, la delincuencia común y actores armados de diferente tipo comenzaron a componer el sector, creando la idea de que los nuevos habitantes como grupo constituido encarnaban las dinámicas violentas que acontecían en el país, lo que generó una serie de afectaciones para el modo de vida que solía llevar en el sector.

Como se ha mencionado previamente, el proceso de relacionamiento entre primeros y segundos habitantes en el sector de Naciones Unidas constituye una muestra del tipo de rupturas y transformaciones que tuvo un territorio, que aún en proceso de crecimiento y consolidación afronta dinámicas inusitadas de sobrepoblamiento sin un orden claro o a partir de la organización colectiva. La llegada permanente de individuos, grupos y familias que se asentaban en espacios determinados, sin estudios previos del lugar, sin responder a parámetros de planeación de los barrios, ni a una revisión de la calidad del territorio y el suelo, además de no contar con presencia del Estado que regulara la zona en ningún sentido, estableció un entorno de informalidad en todo sentido.

La aparición de segundos habitantes estuvo caracterizada, entre otros temas, porque el número de individuos que ingresaron a la zona superaba el de quienes la habitaron en un primer momento. De manera que si al inicio se asentaron únicamente quienes crearon el barrio Naciones Unidas, para los años ochenta comenzó el surgimiento de varios barrios cerca, rodeándolo y haciendo que el número de personas que convivían se constituyera en un reto ante la carencia de modos formales de organización social. Así mismo, la variedad de grupos e individuos que llegaba era mucho más amplia, y si bien era posible identificar que se mantenía el patrón de migración hacia la ciudad en búsqueda del progreso en algunos casos, factores como el desplazamiento y la llegada de estructuras criminales y delincuencia eran puntos que resaltaban como diferenciales (Ramírez, M. Comunicación personal, 18 de junio de 2018).

La presencia del narcotráfico, específicamente la venta de estupefacientes, supuso una alteración en las dinámicas, pues dado el carácter informal del sector se facilitó el establecimiento de puntos de expendio, situación que dio paso a una serie de desencadenantes en relación con el control del territorio para monopolizar el negocio, por lo que se acudió a mecanismos violentos. Así mismo, los ajustes de cuentas por demoras en pagos de productos e inconsistencias generales solían ser fuente de agresiones, lo cual constituyó un entorno de hostilidad en el que, por medio de la fuerza se imponían delimitaciones territoriales y modos de comportamiento.

La llegada de población desplazada por el conflicto y la violencia sociopolítica que hacía presencia en el país fue otro elemento característico de la conformación de los nuevos espacios, pues las acciones de guerra que se asentaron en diversos municipios dieron paso a amenazas y ambientes de riesgo para la vida, lo que hizo que muchos llegaran a la ciudad sin más que algunos ahorros y en busca de espacios para sobrevivir; así encontraron en la periferia la respuesta a sus carencias y necesidades. La llegada de habitantes con situaciones adversas que caracterizaban su cotidianidad, en línea con dificultades económicas que tenían repercusión en varias dimensiones de sus vidas, perfiló el panorama socioeconómico de la zona, la cual, al verse cada vez más urbanizada, notaba con mayor impacto las necesidades que experimentaba.

En general, existían problemas económicos y aun sociales que compartían todos los habitantes. En un primer momento no resultaban un aspecto determinante en la vida de los primeros pobladores, pues se generaban acciones permanentes para la consecución de apoyo e intervención gubernamental por medio de la organización social, y así mismo en términos económicos, la constitución híbrida del lugar, en donde aún contaban con posibilidades de subsistencia propias del sector rural, amortiguaba las situaciones que podían existir frente a carencias de dinero. Sin embargo, la llegada de nuevos habitantes aumentó las necesidades, ya que las ganancias frente a condiciones básicas de vida que se tenían hasta el momento respondían a la medida para los individuos asentados en el lugar, y el aumento de la demanda en relación con servicios y bienes generó una crisis que dio paso a robos, negocios informales y vinculación a los modos de criminalidad por parte tanto de los nuevos como de los antiguos residentes.

Aquí llegó gente desplazada de otros departamentos por necesidades, pero también hubo gente que venía con su doble intención, que era simplemente a agarrar terrenos, aprovechándose de las necesidades de personas que realmente lo requerían. Yo llegué aquí prácticamente de seis años de edad; para mí fue muy duro porque los compañeros, los jóvenes, con las pocas personas que vivíamos aquí cuando éramos pequeños, se relacionaron con la gente que fue llegando, que los involucraron en

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

las drogas, en la delincuencia... los enredaron en eso. Infortunadamente muchos de los que quedan viven fuera de la ley, y a otros ya los han matado (N. Chaparro, comunicación personal, 16 de junio de 2018).

En el marco de dicha situación, se evidencia que en la interacción entre primeros y segundos habitantes, entre establecidos y marginados, los patrones de diferenciación y alejamiento frente a aquellos que llegaron al sector no consistieron en un rechazo violento o explícito por medio de los propietarios iniciales de los espacios en línea con la pérdida de tierras, sino que el trasfondo de la situación estaba compuesto por un rechazo a las modificaciones del sector, alejándolo de las formas organizativas existentes, la vinculación a una forma de vida rural, la profundización de condiciones adversas de vida en general y, en especial, la constitución del sector como un área violenta e insegura, incluso para sus propios habitantes.

De esta forma, si Norbert Elias identificó que en Wiston Parva se daban algunas dinámicas de alejamiento entre establecidos y marginados a partir de ejercicios de exclusión explícita por medio de la agresión y la indiferencia que ocasionaban que los segundos habitantes reconocieran en los primeros una fuente de autoridad merecedora de respeto, en Naciones Unidas el factor que primó y determinó las actitudes frente a los segundos habitantes fue el miedo, que llevó a procesos de alejamiento para salvaguardar la integridad en una atmósfera en que la criminalidad y la delincuencia estaban permeando los espacios sociales, y ya habían comenzado a conformar habitantes antiguos.

El recuerdo de las primeras épocas del sector permitió diferenciar las dinámicas que se habían ido estableciendo, y que llevaron a que no hubiera una distinción meticulosa frente al grupo de nuevos habitantes. Sin importar las particularidades, estos individuos eran entendidos como responsables de las modificaciones acontecidas, y así mismo se incluían en un grupo homogéneo de sujetos que constituían una amenaza para los modos tradicionales de organización, para los lazos sociales que se habían construido y los ejercicios de crecimiento del lugar, del cual ellos se apropiaban poco a poco sin haber sido partícipes de su construcción y consolidación.

El cambio fue total, y yo siempre lo he dicho. Mire, la integración de la comunidad que había cuando nosotros llegamos en el setenta era tan buena, que se hacían las fiestas en diciembre, las novenas, se unían los barrios y se hacían procesiones que cubrían los barrios Naciones Unidas, El Tesoro, Vista Hermosa, Lucero Bajo, ¿sí?, y uno aquí las casas podía dejarlas abiertas, nunca había problema, nunca, porque no había delincuencia, ni ladrones, ni nada de esas vainas, fue muy bonito (N. Chaparro, comunicación personal, 16 de junio de 2018).

La existencia de puntos de expendio de estupefacientes, el asentamiento de consumidores en el sector y la adscripción de habitantes del lugar a los grupos criminales que coordinaban los diversos procesos de narcotráfico, junto con actividades propias de la delincuencia común, como robos y extorsiones, fueron estableciendo dos modos de organización que hacían presencia en el lugar. En un primer momento, en el marco de la ilegalidad, se construían formas concretas de disposición y establecimiento de la autoridad; por otra parte, se mantenían procesos formales de organización social, por medio de la junta de acción comunal y diferentes comités que aún se encontraban a cargo de los habitantes que habían fundado el sector.

Dicha situación establecía la existencia de manifestaciones de poder como elemento característico de la relación entablada. Por una parte, se expresaba en la ilegalidad; y por otra, en los modos formales de organización, cada uno representado por un grupo de habitantes. De esta forma, las estructuras de organización comunitarias cerraban sus puertas a nuevos habitantes, dada la imagen que se había construido sobre los mismos, constituyendo así un mecanismo para mantener las dinámicas de construcción comunitaria desarrolladas durante los años setenta. Del mismo modo, los procesos de criminalidad eran propios de algunos de los individuos que habían llegado al sector poco tiempo atrás, instaurando nuevas formas de vida en torno a la ilegalidad y la violencia.

Como elemento que agudizó la situación de miedo y rechazo existente frente a nuevos habitantes, producto de las condiciones instauradas en la zona, llegó al sector un fenómeno de exterminación que hacía presencia en toda la localidad y que constituyó otro poder temporal que ejercían grupos armados ilegales, y se denominó coloquialmente “limpieza social”.

Hubo mucha, mucha violencia; llegaron depravados; a uno en los buses le tocaba estar prevenida de quién se hacía detrás. Fue terrible la forma en qué llegó la gente. Uno después escuchaba que acababan de robar tal sitio, que la gente venía a robar; pero uno decía ¿cómo así?, y eran los mismos con los que uno había crecido que los metieron en ese mundo criminal. Y así empezaron a hacer las famosas limpiezas sociales: llegaba uno por las mañanas al paradero, que era allí en Vista Hermosa, y habían cogido a los muchachos, los rapaban, los amarraban totalmente desnudos a un poste frente a la comunidad para que vieran que eran ladrones. Ya después uno les decía a los hijos que no estuvieran en la calle después de las seis de la tarde porque para los años ochenta había cortes de luz en Bogotá y a cualquiera que cogieran afuera lo trataban como delincuente (N. Chaparro, comunicación personal, 16 de junio de 2018).

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

De esta forma, los años ochenta constituyen un giro radical en las formas de relacionamiento en el sector de Naciones Unidas, en donde los primeros habitantes establecidos, a partir de una imagen homogénea de los segundos habitantes como fuente de violencia e inseguridad, generaron el alejamiento con la idea de salvaguardar tanto su integridad como los logros alcanzados en la última década frente a la construcción del barrio y los ejercicios de organización social y comunitaria para afrontar las vicisitudes.

Se realiza, además, un ejercicio de homogeneización, en donde al igual que en el estudio de Elias, se adopta un enfoque figuracional en el que un grupo toma la imagen del otro a partir de los rasgos más relevantes de alguno de los integrantes, lo cual da paso a dinámicas de estigmatización grupal (Alcalde, 2011). Así mismo, el panorama descrito marcó la continuidad y agudización tanto de llegada recurrente de nuevos habitantes como de la violencia producto de acciones criminales organizadas en el territorio, además de la existencia de delincuencia común a raíz de carencias socioeconómicas.

Cohesión y mantenimiento del poder

El ejercicio de alejamiento y diferenciación frente a los individuos que llegaron desde el año 1980 a Naciones Unidas constituye un fenómeno que, además de ser una salvaguarda de la vida ante la violencia, responde a elementos propios de la asociación que, como grupo, los primeros habitantes habían creado a partir de experiencias compartidas. La llegada de nuevos habitantes a las zonas que se habían constituido colectivamente dio paso a que la cohesión² construida por los primeros pobladores saliera a flote. Esto generó una serie de manifestaciones que fortalecieron la identidad grupal que había tomado forma en la medida en que surgía el sector.

De esta manera, el rechazo a los nuevos habitantes no sólo respondió al miedo por la creciente inseguridad, sino que tuvo en su centro una impugnación moral frente a la llegada de extraños que atentaban contra la experiencia compartida por los primeros habitantes, y en oposición a una serie de pautas, valores, costumbres y marcos de valoración que se habían configurado de manera tácita y que daban forma a un modo de vida aceptado en el sector. De esta manera, lo que se veía amenazado era la propia identidad que se había creado

² La cohesión social cuenta con diversas perspectivas desde las que puede ser entendida. Valenzuela (2008) establece dos: la primera como aquella organización y voluntad colectiva de individuos hacia un compromiso cívico que soporta a la sociedad civil; la segunda, como una distribución equitativa de recursos a partir de acuerdos institucionales. La percepción que se retoma aquí es la primera, en donde la cohesión es una muestra del modo en que un grupo elabora normas y regulaciones que determinan las actitudes y comportamientos aceptados en redes de cooperación conformadas entre extraños (Valenzuela, 2008).

como grupo, en función de la cual se había logrado la consecución de logros y crecimiento colectivo.

Contar con una identidad propia y unos patrones de diferenciación en relación con modos de organización contextualizados supuso un elemento que permitió generar acciones de diferenciación a partir de una idea de superioridad, tanto por la estima que tenía el grupo de sí, como por la idea de inferioridad que se creó en torno a los nuevos habitantes, dada su falta de organización y evidente desapropiación del territorio que llegaban a habitar. Estos elementos, si bien no se articulan en el discurso de los habitantes en línea con los conceptos de cohesión e identidad, sí pasan por un proceso de desestimación del otro y de sus modos asociativos.

Si se dejan de lado los elementos compartidos con los nuevos habitantes, en relación con dinámicas de marginación y carencias económicas y sociales (producto de un evidente abandono estatal), se le da fuerza al desconocimiento del otro como un eventual aliado en procesos de reivindicación, y se le caracteriza como un ente ajeno y, de entrada, potencialmente problemático, susceptible de levantar sospecha y requerir cuidado frecuente. Se evidencia así la forma en que se le da más fuerza a un pasado compartido que a las posibilidades venideras, pues al tener una memoria común con respecto a la superación de situaciones adversas, se establece una barrera entre sujetos que no se ven como posibles aliados, sino como intrusos y potenciales amenazas.

En línea con el mantenimiento de los modos tradicionales de organización y el establecimiento de una imagen preponderante frente a los nuevos habitantes, y gracias al alto nivel de cohesión, los fundadores del sector conservan su presencia en las posiciones de toma de decisiones y poder, como los principales comités y la junta de acción comunal. Mecanismos creados por los primeros habitantes, y heredados a descendientes que fueron partícipes del mismo proceso, de manera que, así como los primeros compradores de los terrenos de Naciones Unidas dirigieron los espacios de toma de decisiones, sus familiares, como sus hijos, son quienes en la actualidad hacen presencia en dichos campos y propugnan por un mantenimiento en el tiempo de pautas y elementos propios de la época de consolidación:

En este momento asumí el cargo de presidenta de la junta (de acción comunal). Este es el segundo periodo, pero primero inicié como secretaria de junta y de ahí a la segunda ya me lancé de presidenta. Tenía apoyo, pues porque sigo raíces, también porque quien inició las primeras juntas de acción comunal y actividades de padres de familia en el colegio fue mi papá. También mi mamá andaba en la junta, y antiguamente, cuando existía lo del cocinol, ayudaba a dirigir el comité de usuarios (Y. Chaparro, comunicación personal, 16 de junio de 2018).

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

Es posible evidenciar el modo en que, si bien el sector se ha ido conformando por dinámicas de violencia e inseguridad, las acciones generadas por los primeros habitantes en torno a las posiciones de poder constituyen el mecanismo que permite establecer a lo largo del tiempo aquellas pautas y formas de organización características de las primeras épocas de Naciones Unidas, en donde la idea de superioridad que descansa en las modalidades de cohesión social permanecen como mecanismo de diferenciación entre aquellos primeros establecidos y quienes llegaron posteriormente a la zona, y así mismo se sitúa como marco explicativo frente a la realidad actual del sector.

Hacia otras formas de relacionamiento

Se mencionó anteriormente la forma en que la revisión histórica realizada en los primeros capítulos brindó elementos que permiten establecer la existencia de dos modos en los que acontece la configuración entre primeros y segundos habitantes, los cuales varían en relación con los tiempos y espacios en que ocurrieron y, sin embargo, guardan una fuerte relación por medio de fenómenos compartidos. Hasta este punto ha sido posible ahondar en las dinámicas de ruptura entre primeros y segundos habitantes acontecidas en el sector de Naciones Unidas, las cuales se manifestaron por medio de procesos de diferenciación y alejamiento en función de tradiciones y formas de cohesión social, en las cuales los segundos habitantes fueron considerados como amenazas para la continuidad de la organización social y construcción colectiva del sector en la última década por parte de los primeros habitantes.

La segunda modalidad en la que acontece la configuración abordada se sitúa especialmente en el sector de Jerusalén. Ésta no tiene como eje dinámicas de alejamiento y exclusión de los segundos pobladores que llegan al lugar, de manera que las rupturas y distanciamientos entre pobladores, que en Naciones Unidas se explican a partir de los altos niveles de cohesión que habían logrado establecer los primeros habitantes con el paso del tiempo, no se repiten en Jerusalén. De hecho, el ejercicio de relacionamiento identificado se basa en el reconocimiento mutuo, por lo cual los procesos de conflictividad y agresión no partieron de ver a los nuevos habitantes como una amenaza frente a lo logrado.

La situación que da paso a dinámicas de conflictividad entre individuos, se relaciona con los procesos amplios y recurrentes de llegada de habitantes, los cuales incidieron directamente en la densidad demográfica del lugar, dando paso a una situación en la que se llevaron al límite una serie de problemas que tomaron forma en procesos de conflictividad y agresión. De manera que la llegada de segundos habitantes para la segunda mitad de los años ochenta, si bien no es vista como una amenaza frente a los procesos, sí constituye una barrera para el acceso a una buena calidad de vida, a raíz del aumento de carencias y dificultades en el sector.

Tierreros y organización social

Retomando los elementos abordados en páginas anteriores, es posible recapitular de forma general el modo en que Jerusalén, como sector, tuvo su surgimiento en la Hacienda Casa Blanca, que fue fraccionada por tierreros, quienes, en asociación con las cuidadoras del lugar, iniciaron en los años ochenta la venta a bajo costo de lotes delimitados que promocionaban como aptos para la vida y con una ubicación cercana al lugar en el que, en los próximos años, se realizaría una intervención gubernamental de transformación urbana. Dados los precios bajos, la compra de espacios ocurrió de forma inmediata y con un crecimiento significativo, de manera que incluso personas de otras partes del país llegaban directamente para hacerse a alguno de los lotes, los cuales se ofrecían en diferentes precios y medidas.

La venta, sin embargo, se realizaba en el marco de la informalidad, lo cual llevaba en un primer momento a la ausencia total de servicios públicos y condiciones mínimas para la vida humana y, así mismo, daba paso a que luego de que una parte del sector se encontrara ocupada, se iniciaran acciones legales por parte de los dueños formales del lugar, por lo que eventualmente se enfrentaban a agresiones, destrucción de viviendas y expulsión de los hogares por parte de la policía, pues habían comprado espacios que no se encontraban en venta de manera oficial y habían sido entregados por los tierreros, que no eran sus dueños y no brindaban escrituras oficiales sobre los lotes.

En el marco de dicha situación, por medio del trabajo mancomunado de la población se adquirieron servicios como los de luz y agua de manera informal, creando redes y conexiones ilegales en puntos en los cuales dichos servicios ya se encontraban en funcionamiento. Así mismo, generaban acciones colectivas para hacer frente a los procesos de desalojo que se solían realizar. De esta forma, con el paso del tiempo se logró avanzar en la consolidación de espacios aptos para la vida, aunque con una serie de carencias profundas que aún requerían de atención.

Para mediados de los años ochenta, aconteció una segunda gran llegada de individuos al lugar, los cuales no debían enfrentar las mismas necesidades de los primeros, pero se sumaron a la inconformidad sentida frente a la ausencia gubernamental en un entorno en el que cada vez aumentaba más el número de habitantes y solamente se contaba con servicios informales artesanales. En el marco de dicha situación, el sector se dividió con fines político-administrativos, lo que dio paso a una mejor identificación de los espacios y permitió la consolidación de una junta de acción comunal por cada uno de los nueve sectores que conformaron Jerusalén.

En la medida en que la organización social avanzaba, el sector en general contaba con mejoras, tanto en el préstamo de servicios como en la apropiación

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

de los habitantes, quienes, al ver los avances, dejaban de creer en la posibilidad de ser despojados de sus hogares y continuaban aportando al mejoramiento de las edificaciones y los espacios comunes. Junto con ello, en línea con la realidad de violencia que atravesaba el país, el sector afrontaba fenómenos de criminalidad y delincuencia que llegaron de forma paulatina a lo largo de la década y que para el momento en que aparecieron los segundos habitantes alcanzaron su mayor expresión e intensidad.

Fortalecimiento social

Un elemento que define la distancia existente en las dinámicas de conformación y relacionamiento de los sectores estudiados es el que respecta a las épocas en que cada uno surgió y se consolidó, ya que cuando los primeros habitantes daban forma a Naciones Unidas, en los años setenta, el sector de Jerusalén aún se encontraba establecido como parte de la Hacienda Casa Blanca. No sería sino hasta los ochenta, momento en el que llegaron los segundos habitantes al sector de Naciones Unidas, que en Jerusalén comenzarían a generarse los primeros procesos de habitabilidad del espacio. Esto dio paso a que el encuentro entre primeros y segundos habitantes se diera en épocas distintas, lo cual respondió a diferentes realidades sociales que acontecían en el país y que determinaron los procesos de ciudades como Bogotá; así mismo, llevó a que el tiempo que transcurrió entre la llegada de unos y otros variara considerablemente en cada espacio.

Si en el caso de Naciones Unidas los primeros habitantes vivieron en el sector durante un aproximado de diez años, antes de que llegara un nuevo grupo de individuos, en el caso de Jerusalén este tiempo se redujo a la mitad, de manera que los primeros habitantes del lugar se asentaron allí en los años ochenta y la segunda oleada significativa de pobladores hizo presencia en 1985. Sin embargo, el cambio en Jerusalén no fue del todo evidente en el momento de llegada, pues desde que surgió el lugar, el arribo esporádico de nuevas familias y habitantes constituía un elemento cotidiano, de manera que ver a nuevas personas integrando el lugar no generaba ningún tipo de extrañeza o rechazo.

Otro elemento por precisar, frente al riesgo de asimilar la consolidación de ambos sectores, consiste en que, dada la extensión del sector de Jerusalén, la cual es mayor que la de Naciones Unidas, las familias que llegaron en un primer momento conformaron una cantidad significativa de habitantes, lo que dio paso a que, frente a la inexistencia de servicios y condiciones de vida que los afectaban a todos, rápidamente se consiguieran elementos que permitieran la vida en el entorno. Así mismo, habían establecido formas de organización para el cuidado mutuo. Lo anterior, sin embargo, se desarrollaba en un ambiente hostil, pues la criminalidad y la delincuencia surgían a la vez que lo hacía el

sector, de manera que existieron situaciones de inseguridad que se sumaban a las carencias socioeconómicas del lugar.

Fue la llegada de los segundos habitantes, al constituir un aumento significativo en los pobladores del sector, la que llevó a la consolidación de procesos sociales en busca del mejoramiento de las condiciones de vida. De esta forma se evidenció una distancia entre el proceso de recepción y el impacto de los segundos habitantes para el caso de Naciones Unidas y Jerusalén, en donde las acciones de relacionamiento en el primer lugar estuvieron caracterizadas por un rechazo y alejamiento a partir de la incidencia que tenían los nuevos pobladores en las construcciones sociales elaboradas a lo largo del tiempo. En el caso de Jerusalén, no se dieron tales muestras de rechazo, lo que contribuyó a la continuidad de procesos de migración que fortalecieron el trabajo colectivo y, así mismo, impulsaron los ejercicios de transformación.

Los límites del territorio

Una vez asentados los segundos habitantes, aproximadamente desde 1985, y luego del avance en los procesos de organización social, la migración aumentó, pues aún existían lugares que podían ser habitados sin exigir un gasto económico que rebasara las posibilidades de sujetos que no tenían dinero para comprar en otros sectores, pero que llegaban a acuerdos para pagar viviendas en el lugar. Así mismo, mucha de la población desplazada que llegaba a Bogotá encontraba en Jerusalén un espacio disponible para el asentamiento y el inicio de una nueva vida.

La llegada de nuevos habitantes había sido frecuente desde el surgimiento del sector, por lo cual la presencia de nuevas familias no era vista en un primer momento como un riesgo o afectación, pues en la medida en que la mayoría de los pobladores habían experimentado el mismo proceso de llegada, generaban lazos empáticos, incluyendo a los nuevos integrantes en los ejercicios de organización, sin dejar de lado la prevención ante el riesgo de la llegada de nuevas formas de delincuencia y criminalidad, pues la venta de estupefacientes, los asesinatos selectivos, los robos y extorsiones habían permeado el lugar. Esto obligaba a los habitantes a generar estrategias y actitudes de prevención permanente e impartición de justicia en los casos que fuera posible.

Recuerdo mucho un caso. Yo tenía los niños muy pequeñitos y escuché que decían “cójalo, cójalo”. Resulta que eran dos señores que se habían metido a un rancho a robar. Recuerdo como si fuera ayer que uno tenía entre un costalito una estufita de gas de dos puestos, una plancha y ollas de una cocina humilde. La comunidad lo correteó y lo amarró a un poste y le pegó; nadie podía opinar ni decir nada; tocaba quedarse callado, ver eso y quedarse callado (A. Rubio, comunicación personal, 25 de julio de 2018).

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

De esa forma se creaba un ambiente de hostilidad, en el que el carácter defensivo que asumían las personas legitimaba la agresión como respuesta frente a las discrepancias y conflictos que pudieran surgir en el marco de los encuentros con el otro. En el momento en que las dinámicas cotidianas se situaban en escenarios en los que se hacían evidentes las carencias sociales del lugar, se daba paso a actitudes de defensa y prevención, que en ocasiones generaban ambientes de agresión y desestimación del otro.

Con la llegada de los segundos habitantes la interacción llegó a sus límites. El crecimiento demográfico sin restricción llevó a que los espacios habitables contaran con un número de individuos que sobrepasaba las posibilidades de cubrir las necesidades básicas de todos, pues aún se encontraba en marcha la consecución de servicios oficiales. En dicho panorama, es importante hacer precisión en que no todas las formas de relacionamiento tenían de modo constitutivo procesos de violencia y agresiones entre habitantes, pues existían acciones colectivas que aún buscaban la garantía de condiciones básicas de vida, y de eventos y espacios de encuentro en torno al desarrollo de actividades culturales y de integración para la consecución de recursos; sin embargo, la confrontación entre habitantes cobró una dimensión relevante y un papel protagónico en el relacionamiento.

La conflictividad evidenciada para la época, a partir del rastreo de querellas interpuestas entre habitantes del sector, brinda una perspectiva sobre el tipo de enfrentamientos que se experimentaban. Un punto que resalta por no responder directamente con el fenómeno de crecimiento poblacional, y por guardar similitud con la situación acontecida en Naciones Unidas, es el referente a la estafa, en el que las confrontaciones acontecidas en línea con la venta de las mismas tierras a diversas personas por parte del mismo vendedor, la venta de espacios ajenos, el no pago de dineros acordados, entre otros, solían ser abordados por medio de peleas y agresiones con diferentes tipos de armas.

De esa manera, el proceso de venta y compra de terrenos constituyó un primer eje de conflictividad y violencia en la zona. Junto con ello, la existencia de pugnas y agresiones acontecidas en los encuentros habituales entre habitantes, en aquellos entornos en los que, alejados de prácticas de compra y venta de terrenos, se ponían en evidencia las condiciones adversas de vida, como en las filas para recoger el agua, o en situaciones en las que la prestación de los servicios no bastaba para todos y se volvía muy limitado, pues en ocasiones la misma agua no llegaba en la cantidad esperada. Así mismo, en época de lluvias el agua tenía bastante suciedad, de manera que muchos apelaban a estrategias para monopolizar el recurso, lo que generaba enfrentamientos (Gómez, 2014).

La densidad poblacional, además de hacer escasos los recursos, ponía a prueba y llevaba al límite la ocupación de espacios, pues la construcción de viviendas respondía más a posibilidades estratégicas en relación con cercanía a las fuentes de servicios (agua, luz, vías), que a un ejercicio planificado de urbanización que tuviera en cuenta límites entre casas, y que así mismo pensara en las implicaciones futuras de construir espacios que no contemplaban la instalación de redes de alcantarillado y de otros servicios. Dicha situación en la que la construcción de espacios no contaba con una regulación clara, causó profundos conflictos, en los que la perturbación constituyó uno de los motores centrales para la agresión y el inicio de pleitos legales entre habitantes (imágenes 1-3).

De esa forma las afectaciones sentidas en algunas viviendas, no sólo en cuanto a la salubridad en torno a factores como el ruido y el polvo, sino en relación con daños estructurales, mal manejo de residuos, impedimento para utilización de puertas y ventanas, producto de procesos de construcción o modificación de otras casas aledañas, fue mostrando la urgencia de regular los procesos de habitabilidad, los cuales ocurrían de forma paralela a estafas en las que la venta a varias personas de un mismo lote, y la comercialización de espacios frente a los que no se tenía propiedad, profundizaban rupturas en el reconocimiento mutuo y el cuidado colectivo.

Dichos factores, el hurto y el daño en bien ajeno, eran situaciones frecuentes que comenzaban a caracterizar el entramado social del sector de Jerusalén. Allí, el contraste entre procesos de organización y movilización social para el mejoramiento de las condiciones de vida y dinámicas de confrontación permanente entre habitantes a raíz de carencias y dificultades, que se complementaban con situaciones de inseguridad por presencia del crimen organizado y formas esporádicas de delincuencia común, fueron dando forma a un territorio abstracto que siguió creciendo y formalizándose en medio de potencialidades y carencias que han acompañado a sus habitantes por más de 30 años.

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

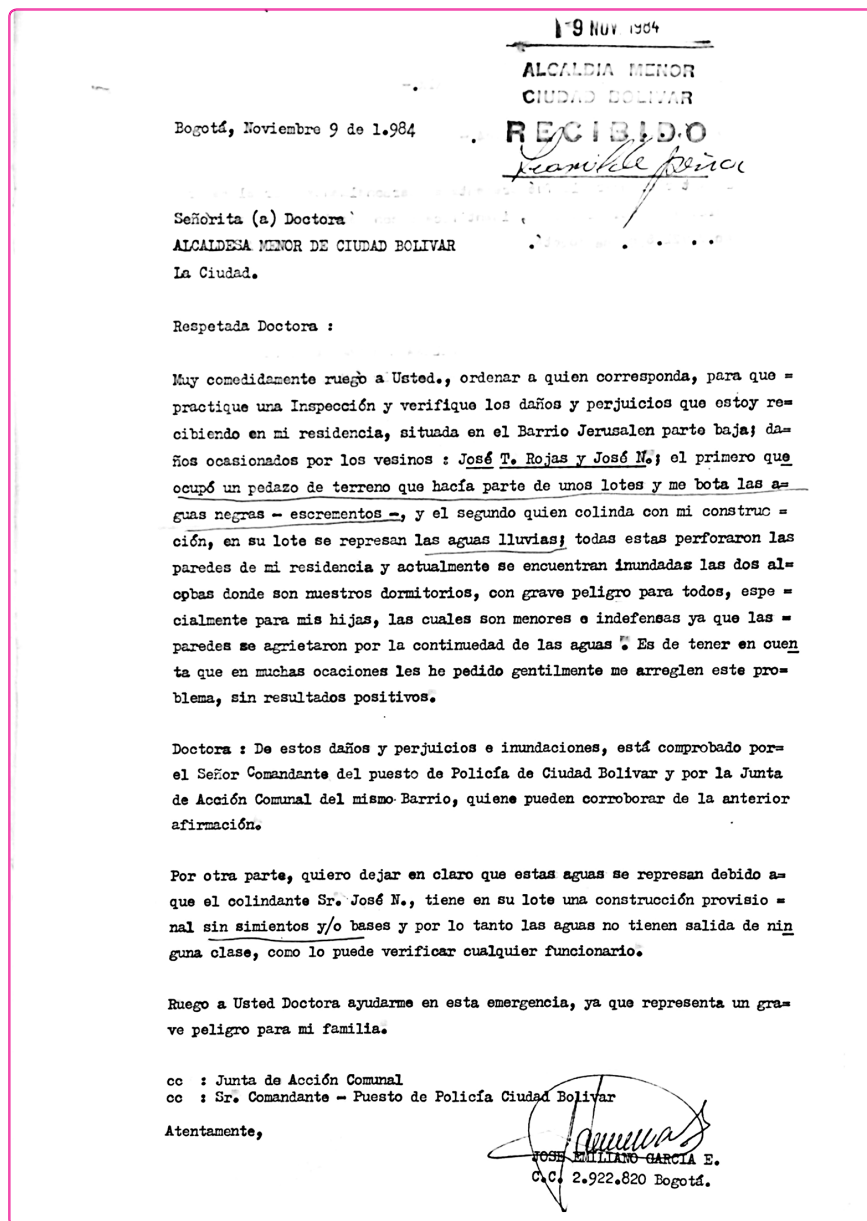


Figura 6. Querella interpuesta por perturbación, año 1984.

Fuente: base de datos Archivo de Bogotá. Denuncia 120

Bogotá, Octubre 30 de 1986 ¹⁸⁶

Señor
ALCALDE MENOR DE LA ZONA 19 CIUDAD BOLIVAR
E. S. D.

Señor Juez:

Yo, la firmante de la presente, IRENE GAMEZ, identificada con la cédula de ciudadanía No. 20'558.157 de Fusagasugá, Cundinamarca, residente en ésta jurisdicción, barrio Jerusalén sector La Laguna, me dirijo a usted para prestar denuncia por el delito de daño en cosa ajena; contra la señora NELIDA N. y demás socios de una comunidad religiosa.

Son motivo de mi denuncia los siguientes: Tengo mi residencia en dicho lugar y las personas mencionadas poseen un lote vecino al mío en el cual hicieron una excavación de casi 6 (seis) metros de profundidad. Resulta que con dicha excavación se están ocasionando daños a mi lote y propiedad debido a la erosión, al grado que se está cayendo mi casa y todos los lotes que lindan.

Por tal motivo solicito a su despacho, si es necesario con anuencia de testigos, o que se llenen los requisitos que ordena la ley, para que se me paguen los daños y perjuicios que estoy recibiendo.

Solicito a su señoría se me resuelva el problema lo más pronto posible, porque ahora con el invierno entre más se demore, mayores serán los daños y perjuicios.

Agradeciéndole la atención que se digne prestarle a la siguiente, me despido como su atenta servidora y estoy dispuesta a ratificar me con la gravedad del Juramento en lo manifestado en ésta denuncia.

Atentamente,
IRENE GAMEZ.
c.c. 20'558.157 de Fusagasugá.
Irene Gamez

ALCALDE MENOR
CIUDAD BOLIVAR
RECIBIDO
31 Oct. 1986

Figura 7. Querrela interpuesta por perturbación (1986).

Fuente: base de datos Archivo de Bogotá. Denuncia 16307

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

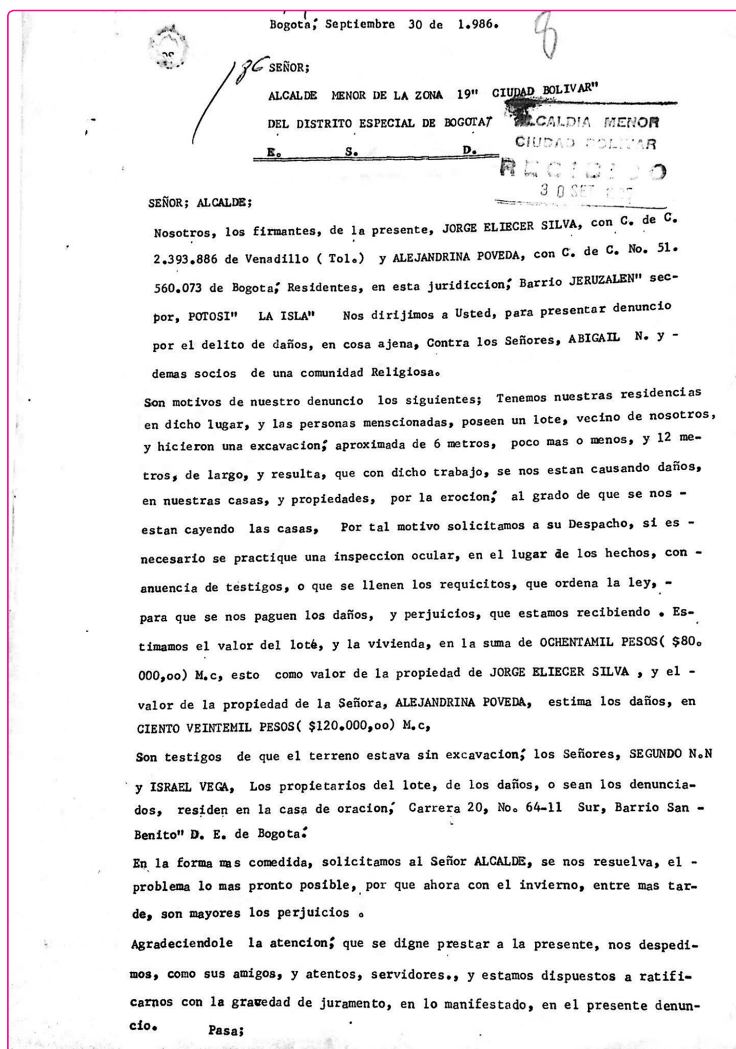


Figura 8. Querrela interpuesta por perturbación (1986).

Fuente: base de datos Archivo de Bogotá. Denuncia 135

Naciones Unidas y Jerusalén, dos casos representativos A modo de conclusión

El recorrido realizado ha brindado una serie de elementos que permiten un acercamiento tanto a las formas de relacionamiento que históricamente acontecieron en dos sectores representativos y en dos épocas claves en la conformación de la localidad Ciudad Bolívar, como a los elementos y dinámicas

que permitieron su surgimiento y consolidación como asentamiento que, luego de iniciar con procesos de industrialización de haciendas herencia de la colonización española, terminaría constituyéndose en una de las localidades más habitadas de la ciudad de Bogotá.

Las formas de relacionamiento, en línea con lo desarrollado hasta el momento, constituyen una posibilidad, no solo en términos reflexivos frente a los modos en que los primeros habitantes de la localidad generaron procesos de cohesión y junto con ello unos patrones de identidad que no reconocían en otros que llegaron posteriormente, como en el caso de Naciones Unidas, sino que también permiten acercarse a la comprensión de toda una serie de fenómenos y aspectos que se entrelazaron y dieron paso a modificaciones radicales en los modos de vida de la localidad y su constitución, evidenciando que el paso de haciendas a sectores con tendencia urbana y altos niveles de densidad poblacional ocurrió en un periodo breve de tiempo que no permitió la existencia de modos formales de planificación en lo que refiere tanto a las dinámicas de construcción física del territorio, como a los procesos de organización social y regulación de las manifestaciones de violencia e inseguridad.

El contraste evidenciado entre los dos sectores trabajados muestra que, si bien no son realidades diametralmente opuestas, no es posible generar afirmaciones homogenizadoras en relación con los procesos de conformación de la localidad, ya que la posibilidad de retomar aspectos particulares y diferenciales en relación con la llegada de sujetos, problemáticas acontecidas y modos de afrontarlas, permite una comprensión amplia del espacio complejo que ha sido desde su surgimiento Ciudad Bolívar, en donde Naciones Unidas y Jerusalén constituyen, acaso, dos casos representativos que a partir de lo aquí trabajado pueden funcionar como marcos de análisis o puntos de partida en procesos que se aproximen a la localidad e incluso a los modos de conformación de periferias a lo largo de Latinoamérica.

La llegada de habitantes, así como las formas particulares de relacionamiento en cada sector, no deben ser vistas como procesos únicos y privativos de los lugares estudiados, sino como formas de convivencia y desarrollo propias de unas épocas concretas y a la luz de unas condiciones particulares, por lo cual, situarlas en el marco de los procesos que acontecen a nivel nacional, resulta fundamental para tener claridad sobre el modo en que las situaciones que acontecen en un entorno más amplio, tienen repercusiones directas en espacios locales y reducidos. En línea con ello, ha sido posible, además, establecer que si bien en los sectores estudiados, las dinámicas de conformación del espacio y de relacionamiento entre habitantes guardan diferencias significativas, también comparten elementos que fueron determinantes en su surgimiento histórico,

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

a saber, los procesos de venta y tenencia de los terrenos, así como la violencia fruto de la delincuencia y la criminalidad.

Ambos aspectos constituyen elementos transversales tanto en términos espaciales, como temporales en la localidad, siendo ejes de las dinámicas de relacionamiento, y dinamizadores de los cambios experimentados en los territorios. Frente al manejo de los terrenos para la vivienda, el papel de los tierreros cobra un protagonismo central, siendo estos, aquellos que en el marco de la informalidad, dieron paso a la consolidación de la localidad como espacio para la residencia, haciendo visible la posibilidad de habitar extensiones de tierra y prados que no contaban con elementos mínimos para la vida, pero que aun así fueron comercializados y habitados.

Las prácticas de venta informal, trajeron consigo acciones en torno al engaño, la estafa y conflictividad, implicando afectaciones para aquellos que compraron lotes y espacios a quienes no eran sus dueños, y junto con ello, para los mismos dueños que vieron como sus propiedades habían sido negociadas por sujetos ajenos a ellos. Los procesos que surgieron en torno a tal situación aún hacen presencia en la localidad, en donde a algunos propietarios actuales aún no se les hace entrega de la escritura de sus viviendas, pues no son reconocidos como los dueños legales, esto, ante la existencia de herederos de los propietarios originales:

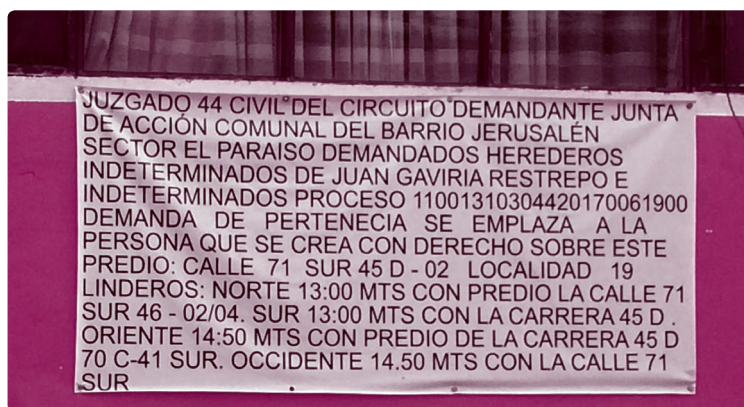


Figura 9. Cartel de emplazamiento en el sector de Jerusalén, barrio Paraíso (2018)

Fuente: Andersson Lizarazo

Por otra parte, la llegada del crimen organizado y la delincuencia común, si bien no es un fenómeno que haya ocurrido únicamente en Ciudad Bolívar, sí constituyó un hecho que incidió directamente en el modo en que se configuró la

localidad, ya que, ante una serie de necesidades y carencias que afrontaban los habitantes, para muchos la adscripción a prácticas de criminalidad significó una posibilidad de sobrevivencia, y así mismo, otros tantos tuvieron contacto con consumo de sustancias psicoactivas que generaron dependencia. Tal panorama permitió que el microtráfico se asentara a lo largo de la localidad por medio del control de territorios específicos, lo cual significó un quiebre en la forma en que se constituía la localidad.

A partir de los hallazgos obtenidos, se ha podido precisar la forma en que los procesos de relacionamiento y sociabilidad constituyen un marco desde el cual es posible aproximarse a los elementos constitutivos de un entorno específico. En los casos trabajados, se establecieron los factores determinantes en la consolidación de los sectores y los fenómenos que les fueron dando forma de un modo concreto. La permanencia de los mismos patrones de relacionamiento a lo largo del tiempo evidencia la persistencia de una serie de factores adversos en la localidad y que hacen que hechos de confrontación, producto del abordaje de conflictos desde la violencia, y cotidianidades atravesadas por fenómenos de criminalidad y estigmatización (en línea con lo registrado en el apartado “Una instantánea de Ciudad Bolívar”, en el primer capítulo) configuren aún el panorama de esta localidad.

En el marco de la condición actual de la localidad, lo aquí desarrollado evidencia que la ruptura que acontece entre los grupos de habitantes, más allá de sus complejidades, orígenes y prácticas, constituye una afectación colectiva, en cuanto más allá del rechazo y la agresión, se impone la imposibilidad de avanzar en procesos de integración y reconocimiento, lo que hace difícil establecer las carencias que se comparten y, así mismo, dar paso a acciones que permitan solucionarlas a partir de lo colectivo y el reconocimiento del otro.

Ahondando en dichas dinámicas de cohesión, y retomando las modalidades informales de acceso al suelo urbano (Abramo, 2003), exploradas en el primer capítulo, en donde se pudo establecer el modo en que Naciones Unidas en un primer momento tuvo acceso al suelo por medio de una lógica de mercado en la que se daban las condiciones para el encuentro de oferta y demanda en el marco de lo informal; y que, por su parte, Jerusalén contó con una lógica de necesidad en la que el acceso al suelo estaba motivada primordialmente por la carencia de recursos que impedía el acceso al mercado formal de vivienda, es posible identificar una correspondencia entre las lógicas utilizadas en cada sector y las muestras de sociabilidad que tuvieron lugar posteriormente, en donde Naciones Unidas, fruto de su diferenciación en el acceso al suelo urbano, contó con una barrera más amplia en el proceso de encuentro con los segundos habitantes que se fueron configurando como población marginada.

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

Por su parte, los primeros y segundos habitantes de Jerusalén, al compartir unas lógicas de acceso al suelo urbano, que además estaba atravesada por la necesidad, tuvieron una mayor facilidad para generar lazos de solidaridad y vecindad, antes del incremento demográfico en el lugar.

Las dinámicas informales de asentamiento, mantenidas durante largo tiempo, responden a una ausencia del Estado, que en términos institucionales no generó presencia para contener o generar estrategias de habitabilidad de las zonas. No fue sino hasta contar con recursos internacionales por parte del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que se dio paso a procesos de mejoramiento de los barrios vulnerables; sin embargo, dichos planes de mejoramiento se enmarcaban en lógicas desarrollistas en las que el progreso de los espacios se asimilaba a un crecimiento de infraestructura que valorizara los espacios, dejando de lado el desarrollo social y humano que diera prioridad a condiciones de vida, reconocimiento de particularidades culturales, conflictos internos, crimen, narcotráfico e inseguridad. De esta manera, las acciones tendieron a profundizar la segregación y la inequidad.

Esto se ubica en el marco de las lógicas de centro periferia, en la que los países de centro crean un modelo de urbanismo y crecimiento que repiten a lo largo del globo, creando a la vez necesidades y formas de suplirlas, y reproduciendo esquemas de diferenciación en las mismas ciudades.

Las reflexiones hechas hasta este punto, en línea con una reconstrucción histórica del proceso de surgimiento de consolidación, buscan brindar un panorama de constitución lo suficientemente amplio como para realizar ejercicios de análisis que avancen en la reconstrucción de las representaciones sociales que se han creado sobre la localidad de Ciudad Bolívar por parte de quienes la ven desde afuera y, así mismo, por parte de quienes la habitan y generan procesos de autocomprensión basados en la estigmatización que afrontan en la cotidianidad.

Reconocer el recorrido histórico de la localidad a partir de lo acontecido en Naciones Unidas y Jerusalén permite, además, reconocer el modo en que la conflictividad vecinal que acontece de formas particulares en cada espacio ha constituido una barrera en torno a las posibilidades de acciones conjuntas por parte de los habitantes, en las que, por medio de la movilización social, avancen en la exigencia de condiciones de vida digna y generen procesos de transformación de realidades sedimentadas a partir de procesos de exclusión y desconocimiento.

Bibliografía

- Abramo, P. (2003). La teoría económica de la favela: cuatro notas sobre la localización residencial de los pobres y el mercado inmobiliario informal. *Revista Ciudad y Territorios: estudios territoriales*, 35, pp. 136-137. España.
- Águilas negras amenazan a líderes sociales en Ciudad Bolívar. (14 de agosto de 2018). *Contagio Radio*. Recuperado de <https://www.contagioradio.com/aguilas-negras-amenaza-ciudad-bolivar-articulo-55699/>.
- Alcalde, R. (2011). De los outsiders de Norbert Elias y de otros extraños en el campo de la sociología de las migraciones. *Papers*, 96(2), pp. 375-387.
- Archila, M. (2003). *Idas y venidas, vueltas y revueltas: protestas sociales en Colombia, 1958-1990*. Bogotá, D.C: Instituto Colombiano de Antropología e Historia Centro de Investigación y Educación Popular.
- Archila, M. & Pardo, M. (eds.). (2001). *Movimientos sociales, Estado y democracia en Colombia*.
- Ayala, C. (1996). *Resistencia y oposición al establecimiento del Frente Nacional. Los orígenes de la Alianza Nacional Popular (Anapo), Colombia 1953-1964*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Blanco, J. (1988). *Entre Lucero y Los Alpes, una Bella Vista y un muerto que se niega a morir*.
- Bohórquez, Y., Castro M., Ramírez, F. & Sierra, H. (2015). La migración no obligatoria y sus efectos en el ordenamiento territorial local: el caso de Bogotá D.C. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Botero, M. H. & Suárez Espinosa, C. (2010). *Bogotá y la descentralización intraterritorial: crónica de una historia inconclusa*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10336/3354>.
- Cabrera, G. (1985). *Ciudad Bolívar, oasis de miseria*. Bogotá, Colombia: Ediciones Aurora.
- Campo, M. (2012). Bogotá en la década de 1970, el Piduzob como referente teórico de la planeación acción. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

- Cardeño, F., Jiménez, L. & Avendaño, J. (2003). El componente histórico como factor explicativo de la configuración espacial de la delincuencia en Bogotá –casos Ciudad Bolívar y los Mártires–. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Cardona, J. (2016). *Asentamientos en la periferia; memoria y organización política en el barrio Jerusalén (localidad de Ciudad Bolívar)*. Maestría en Educación-Comunicación. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Castañeda, W. (2014). Migración interna y mercado laboral en Bogotá: 1986-2011. Un estudio de la incidencia del estatus migratorio en las posibilidades de acceso al empleo y al sector informal. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2015). Limpieza social. Una violencia mal nombrada. Bogotá: CNMH-Iepri.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2015). Una nación desplazada. Informe nacional del desplazamiento forzado en Colombia. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Coupé, F. (1993). *Las urbanizaciones piratas en Medellín: el caso de la familia Cock*. Medellín, Colombia: Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios de Hábitat Popular (Cehpa).
- El cocinol es el combustible de la tragedia. (23 de noviembre de 1993). *El Tiempo*. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-268712>
- El Jazmín, el barrio de los inmigrantes venezolanos en Ciudad Bolívar. (14 de marzo de 2018a). *El Tiempo*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/bogota/venezolanos-en-ciudad-bolivar-el-reto-de-controlar-fronteras-193668>.
- Elias, N. & Dunning, E. (2016). *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Elias, N. & Scotson, J. (2016). *Establecidos y marginados. Una investigación sobre problemas comunitarios*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Elías, N. (1990b). *La sociedad de los individuos: ensayos* (1.ª ed.). Barcelona: Península.
- Elías, N. (1993). *La sociedad cortesana*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Elías, N. (1994). *Teoría del símbolo: un ensayo de antropología cultural*. Barcelona: Península.
- Elías, N. (1998a). *Figuraciones en proceso* (1.ª ed.). Colombia: Fundación Social, Universidad Nacional de Colombia, Universidad Industrial de Santander.
- Elías, N. (1998b). *La civilización de los padres*. Colombia: Grupo Editorial Norma.
- Elías, N. (2006). *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.
- Elias, N. (2015). *Sobre el tiempo*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Elías, N. & Dunning. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Escobar, C. (1990). Estudio de caso; problemática de las organizaciones populares de Ciudad Bolívar. En *Viviren Bogotá*. Bogotá: Ediciones Foro Nacional por Colombia.
- Forero, J. & Molano, F. (2015). El paro cívico de octubre de 1993 en Ciudad Bolívar (Bogotá): la formación de un campo de protesta urbana. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 42(1), pp. 115-143.
- Fundación Ideas para la Paz (FIP). (2013). *Crimen organizado, intensidad y focalización de la violencia homicida en Bogotá. Una mirada de largo plazo*. Bogotá, Colombia.
- García, L. (2013). *El barrio popular en Bogotá en las voces de sus protagonistas. Madres comunitarias y jardineras: 1980-2011, Usme y Ciudad Bolívar*. Folio 38, segundo semestre, pp. 121-140. Bogotá, Colombia: Universidad Pedagógica Nacional.
- Gilbert, A. & Garcés, M. T. (2008). *Bogotá: progreso, gobernabilidad y pobreza*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Gómez, N. (2014). Partir de lo que somos. Ciudad Bolívar: tierra, agua y luchas. Bogotá, Colombia: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Grande, P. (2013). Aportes de Norbert Elias, Erving Goffman y Pierre Bourdieu al estudio de las redes personales. *Andamios*, 10(22), pp. 237-258.
- Guzmán, G., Fals, O. & Umaña, E. (2006). La violencia en Colombia, tomo 1. Bogotá. Taurus Historia.
- Hernández, O. (2014). *¿Bacrim en la ciudad de Bogotá? Mito, confusión o realidad. Un acercamiento histórico y criminal a los grupos armados ilegales que hacen presencia en la capital*. Bogotá, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana.
- Jácome, A. (1993). Miradas sobre Ciudad Bolívar: Análisis cualitativo de su representación social. *Revista Colombiana de Psicología*, 2. Bogotá, Colombia.
- Jaramillo, S. (1999). El papel del mercado del suelo en la configuración de algunos rasgos socioespaciales de las ciudades latinoamericanas. Investigaciones y ensayos. *Territorios*, 2, pp. 107-129. Colombia.
- Jiménez, A. (2009). Una radiografía de la violencia en Bogotá en los años ochenta y noventa. *Revista Ciudad Pazando*, 2(1). Bogotá.
- Kessler, G. & Dimarco, S. (2013). Jóvenes, policía y estigmatización territorial en la periferia de Buenos Aires. *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, 11(2).
- Kessler, Gabriel. (2012). Las consecuencias de la estigmatización territorial: Reflexiones a partir de un caso particular. *Espacios en Blanco. Serie Indagaciones*, 22(1), pp. 165-197. Recuperado el 21 de agosto de 2018 de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1515-94852012000100007&lng=es&tlng=es.
- Martínez, C. (2003). Las migraciones internas en Colombia. Análisis territorial y demográfico según los censos de 1973 y 1993. Universitat Autònoma de Barcelona. Barcelona, España.

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

- Melo, A. (2000). Los desafíos de la economía popular solidaria. Recuperado de http://base.socioeco.org/docs/desafios_de_la_economia_solidaria.pdf.
- Misas, G. (coord.). (2009). Políticas públicas y memoria 1940-2008. Seguridad, competitividad, movilidad y educación en Bogotá. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, Universidad Nacional.
- Mosquera, R. & Ahumada, A. (2005). Aspectos de los asentamientos irregulares en América Latina. En *Revista de Arquitectura*, 5. Bogotá: Universidad Católica de Colombia.
- Pecgaso. (1997). Reseña histórica del barrio Lucero del Sur sector medio. Bogotá, Colombia: Departamento Administrativo de Acción Comunal.
- Perea R., C. M. & Rincón M., A. (eds.). (2014). Robar, pero no matar. Crimen, homicidio y violencia en Bogotá. En *Ciudades en la encrucijada: violencia y poder criminal en Río de Janeiro, Medellín, Bogotá y Ciudad Juárez*. Medellín Bogotá: Corporación Región Universidad Nacional de Colombia.
- Pérez, B. & Montoya, C. (2013). Las bacrim después de 2013 ¿Pronóstico reservado? Bogotá, Colombia: Fundación Paz y Reconciliación.
- Prada L., J. & Quintero T., S. P. (1993). Ciudad Bolívar: su comunicación e historia de vida. Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- Presencia de grupos ilegales en Ciudad Bolívar abre debate en Bogotá. (18 de julio de 2018). *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/noticias/bogota/presencia-de-grupos-ilegales-en-ciudad-bolivar-abre-debate-en-bogota-articulo-801045>.
- Quiñones, Y. (2008). El Joya: mito, delincuencia y vida cotidiana. Barrio Quiroga (Bogotá) 1950-1990. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Ramírez, C. (2014). Impactos socioespaciales del desplazamiento forzado en Bogotá, Ciudad Bolívar 1997-2007. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez G., S. (2016). Inmoralidad pública. Institucionalidad y crimen en Bogotá, 1988-1994. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (Iepri).
- Rubio S., R. (2003). No hay paraísos sino los perdidos: historia de una red clientelista en Bogotá. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia e Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- Sáenz, H. (2010). Reseña del libro "La ilusión de la participación comunitaria. Lucha y negociación en los barrios populares de Bogotá 1992-2003". *Territorios*, 23, pp.161-165.
- Sánchez, G. (1988). Rehabilitación y violencia bajo el Frente Nacional. *Revista Análisis Político*. Bogotá.

- Secretaría Distrital de la Mujer (SDM). (2016). *Diagnóstico local, condiciones de las mujeres y su situación en materia de derechos*. Bogotá.
- Secretaría Distrital de Planeación (SDP). (2017). Informe de la localidad de Ciudad Bolívar. Caracterización de sectores sociales LGTBI. Encuesta Multipropósito 2014 y Bienal de Culturas 2015. Bogotá.
- Secretaría Distrital de Planeación (SDP). (2014). Bogotá, ciudad de estadísticas, proyecciones de población por localidades para Bogotá 2016.2020. Boletín 69. Bogotá.
- Segovia M., G. (1994). La violencia en Santafé de Bogotá. Bogotá: Ecoe Ediciones.
- Serna D., A., Gómez N., D. (2010). *Cuando la historia es recuerdo y olvido un estudio sobre la memoria, el conflicto y la vida urbana en Bogotá*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Suárez, A. (2009). *La transformación de Bogotá, desde sus haciendas hasta sus barrios. La hacienda El Chicó, parte de la evolución*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Suárez, H. (1990). Vivir en Bogotá. Bogotá: Ediciones Foro Nacional por Colombia.
- Subred Integrada de Servicios de Salud Sur ESE. (2017). Documento de análisis de condiciones, calidad de vida, salud y enfermedad. Bogotá.
- Torres T., C. A. (2009). Ciudad informal colombiana: barrios contruidos por la gente. Universidad Nacional de Colombia, Grupo de Investigación, P. U. en H., Vivienda e Informalidad. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, Facultad de Artes.
- Torres, A. (2006). Organizaciones populares, construcción de identidad y acción política. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 4(2). Manizales, Colombia.
- Torres, A. (s.f.). Barrios Populares e Identidades Colectivas. Bogotá. Barrio Taller. Recuperado de www.barriotaller.org.co/publicaciones/barrios_populares.rtf
- Valenzuela, E. (2008). Desorganización, solidaridad y movilidad. En: *Vínculos, creencias e ilusiones: la cohesión social de los latinoamericanos*. Santiago, Chile: Uqbar.
- Wacquant, L. (1977). Elias en el gueto negro. *Amsterdam Sociologisch Tijdschrift*, 24, pp. 340-348.
- Wacquant, L., Slater, T. & Borges, V. (2014). Estigmatización territorial en acción. *Revista Invi*, 82(29). Universidad de Chile. Santiago, Chile.



Apéndice

Ficha de la investigación

Tema de la investigación:

Conflictos vecinales, historias barriales, sociabilidad.

Proyecto de investigación: C117-20-018 de 2018

Grupo de investigación:

Grupo de Investigación Nexos – UNIMINUTO – VRBS.

Título: Establecidos y marginados. Una historia de los conflictos internos de los habitantes en los barrios Jerusalén-Naciones Unidas en Ciudad Bolívar. 1956-2000.

Investigadores:

Andersson Hernando Lizarazo Guerrero
John Freddy Sánchez Mojica

Objetivos

Objetivo general:

Establecer las dinámicas de conflictividad y las tensiones sociales entre los pobladores establecidos y los pobladores marginados de los barrios Jerusalén y Naciones Unidas, Ciudad Bolívar, Bogotá, entre 1970 y 1990.

Objetivos específicos:

- Describir los elementos de cohesión, y su papel en la configuración de identidad, que surgieron en la cotidianidad para el grupo de establecidos en los barrios Jerusalén y Naciones Unidas entre los años setenta y ochenta.
- Identificar las características sociales de los pobladores marginados que comenzaron a asentarse en las zonas aledañas a los grupos de establecidos a partir de los años ochenta del siglo XX en los sectores de Jerusalén y Naciones Unidas, Ciudad Bolívar.

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

- Mostrar las barreras sociales que comenzaron a construirse desde los establecidos hacia los marginados, a medida que el nuevo grupo de migrantes arribó a los barrios de Jerusalén y Naciones Unidas, Ciudad Bolívar, entre los años ochenta del siglo XX para determinar con ello la naturaleza de los conflictos vecinales, así como las características del proceso de marginalización por parte del primer grupo con relación al segundo.

Metodología:

1. Variables, categorías o ejes que se tienen en cuenta en los objetivos

El desarrollo metodológico buscó contrastar las dos categorías que resultaron fundamentales para el desarrollo de la investigación, a saber, las relaciones procesuales entre establecidos y marginados, con las reconstrucciones de los hechos que acontecieron en el trasegar histórico de los barrios Jerusalén y Naciones Unidas.

Ambos conceptos se derivan de una categoría mayor: la experiencia social que constituye el elemento fundamental en el desarrollo identitario de los grupos. Esta experiencia social que se teje y consolida en la identidad, funciona como un elemento de cohesión en los grupos; de igual forma, solo puede ser entendida en términos históricos, puesto que es a través del tiempo que los integrantes de cada grupo desarrollan un capital social que se puede contraponer con facilidad a la llegada paulatina de otros individuos.

Con esta comparación teórico-empírica no solo se pretendió dar respuesta a un hecho eminentemente local, sino fundamentar la teoría sociológica misma en particular en las relaciones sistémico procesuales que integran largos periodos de construcción identitaria. A su vez, para efectos del abordaje de los objetivos propuestos, el análisis de la experiencia social de estos grupos diferenciados (Establecidos y Marginados), se abordaron elementos como las prácticas concretas de cohesión social (acciones coordinadas de movilización y elementos de identificación entre establecidos); barreras sociales entendidas como formas concretas de conflictividad y tensión social (como querellas y contravenciones entendidas como reportes de conflictos vecinales); y parámetros de sociabilidad en los que se inscriben las relaciones entre estos grupos.

2. Instrumentos que se emplearon para el levantamiento de la información y su posterior análisis.

El primer instrumento metodológico para la recopilación de información fue la matriz de retención documental desarrollada específicamente para las fuentes textuales. Por una parte, se elaboró una utilizada para la revisión de obras especializadas; otra más, respondió a la revisión de la documentación relacionada en los anaqueles querellas y contravenciones consignadas en el Archivo de Bogotá.

En segundo lugar, y para la recopilación de los testimonios de los habitantes de los barrios, se tomó como principal instrumento la entrevista abierta y no

estructurada: que busca a través del dialogo libre recuperar los indicios que nos muestren las dinámicas de poblamiento del barrio, la evolución de las formas de interacción social y la consolidación de patrones identitarios al interior de los grupos que nos interesan.

3. Fases que se siguieron para el desarrollo de la investigación

En un primer momento, se debió consultar las principales obras especializadas con relación a la localidad de Ciudad Bolívar para poder detallar las formas de socialización en los primeros asentamientos, así como las pautas de cohesión social que permitieron cierto tipo de movilización. En este punto, las crónicas barriales constituyeron un importante acervo documental que retrata la historia de consolidación de estos barrios, así como el impacto con la llegada de nuevos pobladores, por esta razón fueron una de las principales fuentes de contexto.

Posteriormente se realizó un barrido general de la prensa entre 1955 y 1970. En este proceso se buscó reconstruir en términos generales los problemas a los que los primeros pobladores tuvieron que hacer frente mientras ganaban experiencias comunes en la movilización social. También se identificaron algunas de las acciones que emprendieron para lograr mejores condiciones de vida.

Con la misma fuente, pero en el periodo histórico que va desde 1980 a 1990, se buscó identificar algunas de las prácticas de marginalización presentes en los comportamientos de las comunidades establecidas con relación a los pobladores marginados que paulatinamente se asentaron en las zonas alledañas a los centros cohesionados. En particular, se consultaron las querellas y contravenciones consignadas en el Archivo de Bogotá que en ese periodo fueron interpuestas por los habitantes de Jerusalén y Naciones Unidas ante conflictos vecinales producto de las tensiones generadas entre los pobladores establecidos y marginados.

Dado que es necesario establecer de primera mano las formas de interacción social entre los grupos, la recopilación de testimonios de los habitantes que fueron partícipes del proceso de movilización así como también de los procesos de consolidación de grupos establecidos se hace fundamental: con ello se buscó entender qué vínculos de sentido pudieron estar detrás de estos pobladores para desencadenar procesos de marginalización entre grupos con características muy similares en el sur de la ciudad de Bogotá.

Acudimos a los principales líderes en estos barrios para saber, en la medida de lo posible, su postura frente a los procesos y registrar la perspectiva en la cual se dieron los fenómenos de marginalización descritos arriba. También se revisaron los testimonios recopilados previamente por otros investigadores.

Hallazgos y contribuciones:

Como hallazgos generales es posible en un primer momento entrar a precisar la forma en que, si bien se evidencia que en Ciudad Bolívar acontecieron procesos de población de algunos lugares desde los años 50's, es desde los 60's que

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

comienzan a llegar habitantes a las zonas estudiadas, a saber, Naciones Unidas y Jerusalén, a partir de la compra de partes de la hacienda “La María” y “Casa Blanca” que ocupaban gran extensión de la localidad, pero también por compra a tierreros que vendían lugares que no eran de su propiedad a sujetos incautos, y así mismo, personas que llegaban y se apropiaban de los terrenos. Dichos pobladores llegaban en búsqueda de obtener una propiedad para poder vivir, en donde no tuvieran que pagar arriendo ni rendir cuentas de ningún tipo; otros más llegaban porque veían en la ciudad una posibilidad de progreso, otros porque tenían un terreno y querían cuidarlo antes de que fuera invadido, y finalmente aquellos que venían huyendo de la violencia.

El hallazgo sobre dicha fecha comienza a perfilar la forma en que se adelanta el proceso de investigación, el cual establece en su proyecto que se realizará un análisis de los habitantes que llegan a la zona desde 1954.

Por otra parte, en lo que refiere a las formas de relacionamiento, la revisión de querellas permite acercarse a un panorama en donde se identificaron las modalidades más recurrentes de conflictividad vecinal presentes en los sectores, a saber, hurto, amparo a la posesión, daño en bien ajeno, estafa, lesiones personales, ocupación de hecho y perturbación. Cuando se avance en el proceso de escritura se realizará una descripción y análisis sobre el tema y su relación con las dinámicas de población.

Se evidenció, además, la manera en que los procesos de construcción colectiva de los barrios (las casas, sus baños, sus cocinas), la consecución de servicios públicos, el retorno nostálgico a procesos de agricultura y las celebraciones de fachas importantes fueron los principales elementos que construyeron una identidad colectiva entre los primeros habitantes de los sectores.

Un elemento relevante que surgió en la realización de las entrevistas, consiste en la posibilidad de comprender que el proceso de poblamiento de los sectores trabajados no respondió principalmente a ejercicios de desplazamiento forzado a raíz de la violencia, elemento que si bien hace presencia en la historia de los territorios, tiene menor intensidad que procesos de traslado hacia la ciudad para tener mejores condiciones de vida, e inclusive, desde otros barrios, para tener propiedades.

En línea con las conclusiones obtenidas en el libro, se traen las siguientes reflexiones del capítulo final:

Las formas de relacionamiento, en línea con lo desarrollado en la investigación, constituyen una posibilidad, no solo en términos reflexivos frente a los modos en que los primeros habitantes de la localidad generaron procesos de cohesión y junto con ello unos patrones de identidad que no reconocían en otros que llegaron posteriormente, como en el caso de Naciones Unidas, sino que también permiten acercarse a la comprensión de toda una serie de fenómenos y aspectos que se entrelazaron y dieron paso a modificaciones radicales en los modos de vida de la localidad y su constitución, evidenciando que el paso de haciendas a

sectores con tendencia urbana y altos niveles de densidad poblacional ocurrió en un periodo breve de tiempo que no permitió la existencia de modos formales de planificación en lo que refiere tanto a las dinámicas de construcción física del territorio, como a los procesos de organización social y regulación de dinámicas de violencia e inseguridad.

El contraste evidenciado entre los dos sectores trabajados muestra que, si bien no son realidades diametralmente opuestas, no es posible generar afirmaciones homogenizadoras en relación con los procesos de conformación de la localidad, ya que la posibilidad de retomar aspectos particulares y diferenciales en relación con la llegada de sujetos, problemáticas acontecidas y modos de afrontarlas, permite una comprensión amplia del espacio complejo que ha sido desde su surgimiento Ciudad Bolívar, en donde Naciones Unidas y Jerusalén constituyen, acaso, dos casos representativos que a partir de lo aquí trabajado pueden funcionar como marcos de análisis o puntos de partida en procesos que se aproximen a la localidad e incluso a los modos de conformación de periferias a lo largo de Latinoamérica.

La llegada de habitantes, así como las formas particulares de relacionamiento en cada sector, no deben ser vistas como procesos únicos y privativos de los lugares estudiados, sino como formas de convivencia y desarrollo propias de unas épocas concretas y a la luz de unas condiciones particulares, por lo cual, situarlas en el marco de los procesos que acontecen a nivel nacional, resulta fundamental para tener claridad sobre el modo en que las situaciones que acontecen en un entorno más amplio, tienen repercusiones directas en espacios locales y reducidos. En línea con ello, ha sido posible, además, establecer que si bien en los sectores estudiados, las dinámicas de conformación del espacio y de relacionamiento entre habitantes guardan diferencias significativas, también comparten elementos que fueron determinantes en su surgimiento histórico, a saber, los procesos de venta y tenencia de los terrenos, así como la violencia fruto de la delincuencia y la criminalidad.

Ambos aspectos constituyen elementos transversales tanto en términos espaciales, como temporales en la localidad, siendo ejes de las dinámicas de relacionamiento, y dinamizadores de los cambios experimentados en los territorios. Frente al manejo de los terrenos para la vivienda, el papel de los tierreros cobra un protagonismo central, siendo estos, aquellos que, en el marco de la informalidad, dieron paso a la consolidación de la localidad como espacio para la residencia, haciendo visible la posibilidad de habitar extensiones de tierra y prados que no contaban con elementos mínimos para la vida, pero que aun así fueron comercializados y habitados.

Las dinámicas de venta informal, trajeron consigo acciones en torno al engaño, la estafa y conflictividad, implicando afectaciones para aquellos que compraron lotes y espacios a quienes no eran sus dueños, y junto con ello, para los mismos dueños que vieron como sus propiedades habían sido negociadas por sujetos

Asentarse en Ciudad Bolívar:

Una historia de sociabilidad y solidaridad en la construcción de la ciudad popular

ajenos a ellos. Los procesos que surgieron en torno a tal situación aún hacen presencia en la localidad, en donde a algunos propietarios actuales aún no se les hace entrega de la escritura de sus viviendas, pues no son reconocidos como los dueños legales, esto, ante la existencia de herederos de los propietarios originales.

Por otra parte, la llegada de crimen organizado y delincuencia común, si bien no es un fenómeno que haya ocurrido únicamente en Ciudad Bolívar, sí constituyó un hecho que incidió directamente en el modo en que se configuró la localidad, ya que, ante una serie de necesidades y carencias que enfrentaban los habitantes, para muchos la adscripción a dinámicas de criminalidad significó una posibilidad de sobrevivencia, y así mismo, otros tantos tuvieron contacto con dinámicas de consumo de sustancias psicoactivas que generando procesos de dependencia. Tal panorama permitió que procesos de microtráfico se asentaran a lo largo de la localidad por medio del control de territorios específicos, significando un quiebre en la forma en que se constituía la localidad.

Se ha podido precisar la forma en que los procesos de relacionamiento y sociabilidad, a partir de los hallazgos obtenidos, constituyen un marco desde el cual es posible aproximarse a las diferentes dinámicas y elementos constitutivos de un entorno específico. En los casos trabajados, se establecieron los factores determinantes en la consolidación de los sectores y los fenómenos que les fueron dando forma de un modo concreto. La permanencia de los mismos patrones de relacionamiento a lo largo del tiempo, evidencia la persistencia de una serie de factores adversos que hacen presencia en la localidad y que hacen que dinámicas de confrontación, producto del abordaje de conflictos desde la violencia, y cotidianidades atravesadas por fenómenos de criminalidad y estigmatización, (en línea con lo registrado en el apartado “Una instantánea de Ciudad Bolívar”, situado en el segundo capítulo) configuren aún el panorama de Ciudad Bolívar.

Las reflexiones adelantadas hasta este punto, en línea con una reconstrucción histórica del proceso de surgimiento de consolidación, buscan brindar un panorama de constitución lo suficientemente amplio, como para poder realizar ejercicios de análisis que avancen en la reconstrucción de las representaciones sociales que se han creado sobre la localidad de Ciudad Bolívar, por parte de quienes la ven desde afuera, y así mismo, por parte de quienes la habitan y generan procesos de auto comprensión basados en dinámicas de estigmatización que enfrentan en la cotidianidad.

Reconocer el recorrido histórico de la localidad a partir de lo acontecido en Naciones Unidas y Jerusalén, permite además reconocer el modo en que las dinámicas de conflictividad vecinal que acontecen de formas particulares en cada espacio, han constituido una barrera en torno a las posibilidades de acciones conjuntas por parte de los habitantes, en las que, por medio de la movilización social, avancen en la exigencia de condiciones dignas de vida y generen procesos de transformación de realidades sedimentadas a partir de procesos de exclusión y desconocimiento.